



PLUTARCO

# ISIS Y OSIRIS

Los misterios de la iniciación

A pesar de tener apariencias variadas y utilizar palabras diferentes, las religiones manifiestan una única verdad, común a todos los hombres. Tal es la concepción religiosa del neopitagórico Plutarco que con su *De Iside et Osiride* ha rescatado para la posteridad los secretos de los Misterios iniciáticos de Isis y Osiris. Gran viajero, conoció Italia, Grecia y Egipto donde frecuentó las Escuelas de Misterios.

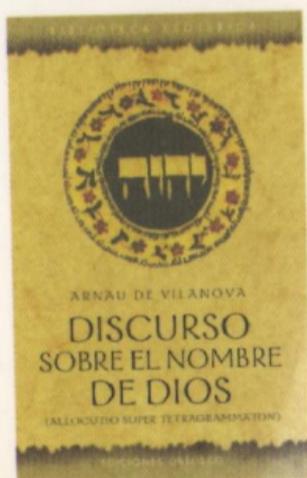
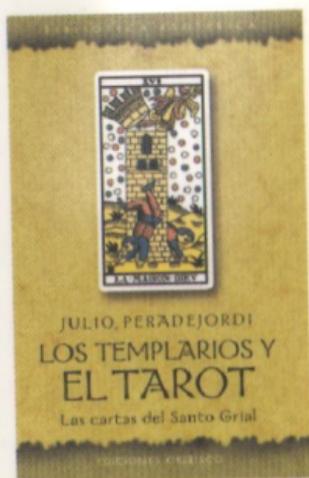
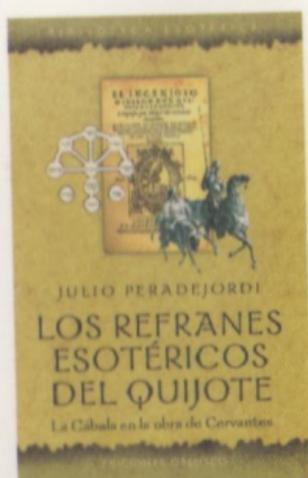
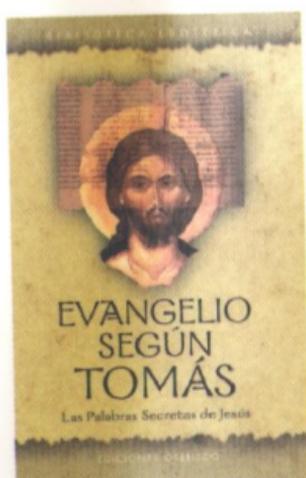
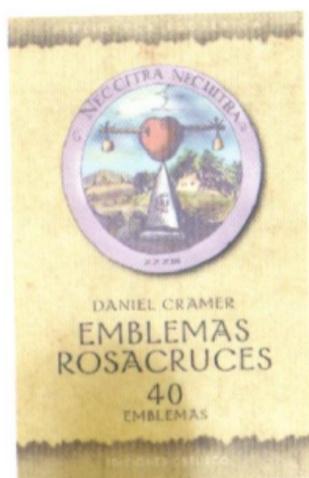
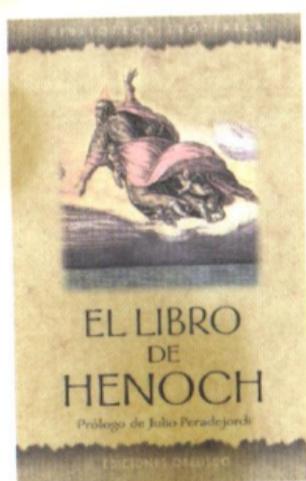
Imprescindible para comprender el espíritu egipcio, esta obra se ha convertido en uno de los textos básicos del esoterismo occidental.

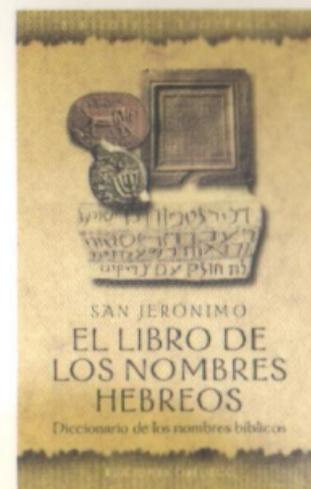
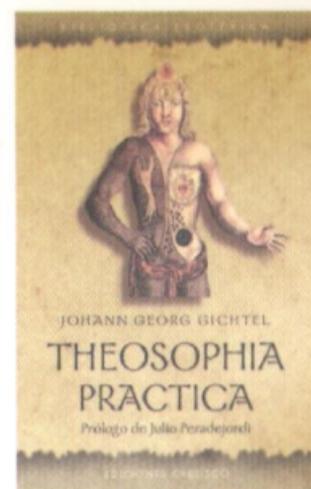
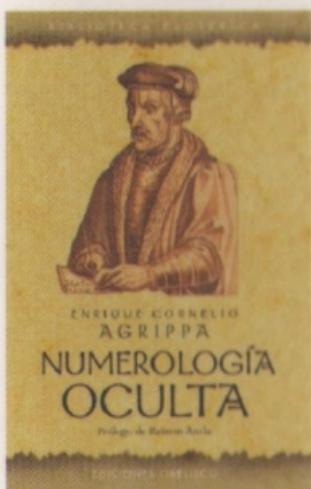
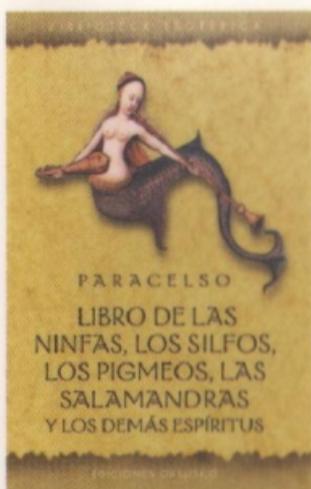
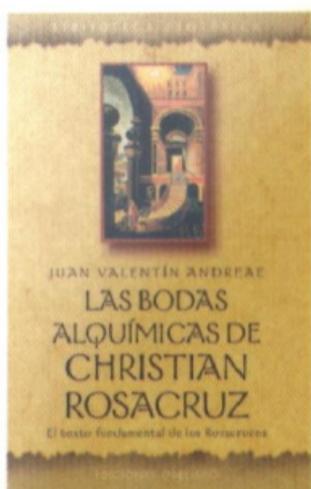
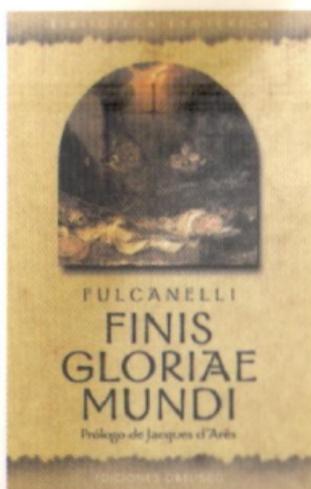
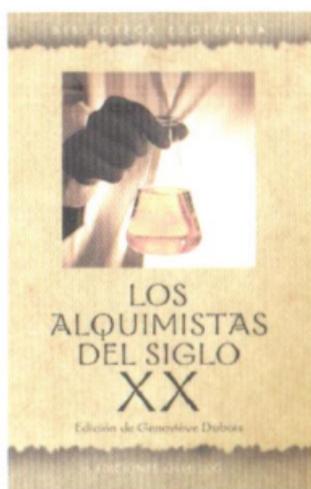
Importado por:  
Distribuciones Mediterráneo SAC  
RUC: 20537069831  
Boulevard 162, of. 504.  
Santiago de Surco, Lima -Perú  
(511)436 1530-(511)436 1413

84-9777-256-3



9 788497 772563





## ISIS Y OSIRIS

PLUTARCO

# ISIS Y OSIRIS



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición) y gustosamente le complaceremos.

Colección Biblioteca Esotérica

Isis y Osiris

*Plutarco*

1ª edición: enero de 1997

2ª edición: marzo de 2006

Título original: *De Iside et Osiride*

Traducción: *Mario Meunier*

Maquetación: *Marta Rovira*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 1996, Ediciones Obelisco

(Reservados todos los derechos para la lengua española)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3ª planta 5ª puerta 2ª fase

08005 Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

e-mail: obelisco@edicionesobelisco.com

Paracas, 59

1265 Buenos Aires - Argentina

Depósito Legal: B-7.898-2006

ISBN: 84-9777-256-3

*Printed in Spain*

Impreso en España en los talleres de Romanyà/Valls, S. A.  
de Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

*La divinidad desea  
el descubrimiento de la Verdad.*

PLUTARCO

## PROLEGÓMENOS

*Entre todas las «Obras morales» de Plutarco, el tratado titulado Isis y Osiris<sup>1</sup> por este famoso escritor griego es, sin duda, la que caracteriza claramente el movimiento ideológico representado por su autor, obra que lleva profundamente grabada la huella indeleble de las inquietudes de la época en que vivió y escribió aquel sacerdote de Apolo.*

*Fiel y entusiasta discípulo de Platón, del Platón idealista, religioso y místico, Plutarco, fue también adepto ferviente y convencido del neopitagorismo que, durante el siglo I antes de la era cristiana, a partir de su nacimiento en Alejandría, parece llegó a ser uno de los más notables componentes de la atmósfera intelectual de aquella época ecléctica y mística. El objeto esencial de la curiosa escuela cuya razón teórica y práctica en el sentimiento divino intentó investigar, tanto por la vía religiosa como por la filósófa, consistía, según escribe G. Toussaint, en «formarse sobre la divinidad y los dioses una idea más elevada que aquella que de ellos tenían la creencia popular y la superstición. Al parecer tomó como guía el precepto pitagórico que dice que el deber del hombre estriba en llevar una vida pura y sin mancha antes que ofrecer sacrificios materiales, imitando de este modo a la divinidad;*

---

1. *Sobre Plutarco y su época*, en la Bibliografía que precede a la tesis de B. Latzarus, titulada *Las ideas religiosas de Plutarco*, París, 1920, y en el capítulo titulado «La época de Plutarco», se hallarán los trabajos más notables que pueden referenciar últimamente al lector sobre aquellos curiosos tiempos.

filosofía muy elevada, especie de culto espiritual en espíritu y en verdad que, sin rozar el panteón nacional, permitía tener ideas muy elevadas sobre Dios y ponerse en relación con él, por medio de la pureza de vida y las iniciaciones».

Para Plutarco, al igual que para todas las inteligencias superiores de aquellos tiempos, los mitos religiosos envolvían y ocultaban profundas verdades. Al pasar a través de los oráculos de lo divino al mundo, esas verdades no podían dejar de ser idénticas en todas partes, a pesar de estar cubiertas por diversos velos. Al emanar del Dios-Uno, la Verdad es una, de acuerdo con las creencias de aquella época, y si la inteligencia, que descubre en todo lugar la misma verdad, es una en su pensamiento, el Verbo, o expresión del pensamiento, no puede dejar de revelar y cantar en todo lugar sino la misma verdad. La Providencia implantó esta verdad en todas las almas humanas al infundirles vida; también la concedió a todos los pueblos del mundo haciendo justicia. En virtud de este don y esta revelación, las religiones de todas las naciones, lo mismo que toda su sabiduría, bajo apariencias variadas y palabras más o menos diferentes, manifestaban el mismo conocimiento común a todos los hombres. Ya dijo Heráclito que aquellos que hablan con inteligencia deben afirmarse en lo que es común a todos. Y, ¿qué podía haber de más común a todos los sabios sobre todo, en una época en que atormentaba la necesidad de lo divino, que buscaba con celo universal todo cuanto pudiera nutrir las almas religiosas, que el conocimiento de Dios, la noción más o menos clara de un Ser soberano, la creencia en el triunfo del orden, de la justa medida y de la razón del Bien? ¿No se observaba también que el espíritu humano, al participar de la verdad común a todos, había sido necesariamente llevado a obedecer en todo lugar a las mismas leyes, a expresarse por los mismos símbolos, a servirse de parecidas costumbres y consolarse alimentando las mismas esperanzas? Para explicar mejor esta identidad feudataria del espíritu de nuestra raza, para comprender la razón de este misterioso fenómeno, se pretendía también que «el hombre y

*el universo estaban tejidos con una trama común, y que el alma humana, al replegarse sobre sí misma, hallaba en los lugares más distantes del mundo las mismas fuerzas en acción, sintiéndose penetrada, allá adonde se dirigiese, de la vida continua del Alma Universal». En la imposibilidad de definir la causa de que emanaba esta Alma y denominar a Aquel que se halla por encima de todo hombre, los sabios de aquella época se contentaron con intentar comprender lo que había de unidad en la multitud de formas religiosas que había creado el hombre para exteriorizar su necesidad de adoración. Si las múltiples expresiones de una creencia anónima y común nada les enseñaba sobre la verdad de aquel ser insondable, al menos afirmaban su soberana presencia en el alma de todos los pueblos existentes sobre la Tierra. Por espíritu religioso y para unirse a todo lo divino que contenía el corazón humano, aquellos mismos sabios se aplicaban en la instrucción de todas las formas de sensibilidad religiosa; aprobaban todas aquellas que no se opusiesen a la idea general que tenían de Dios y, en esta divina teoría de cultos distintos, hallaba y adoraba su pensamiento los múltiples rayos de un Sol idéntico. Toda nueva fórmula adorada les revelaba un perfil del misterio, un aspecto de potencia, un rayo de luz. Pero si, según el dicho de Proclo, «era digno del sabio ser hierofante del mundo entero e iniciado en todos los cultos, la suprema sabiduría exigía que no se limitase a la adoración exclusiva de un dios determinado; había que llegar cada vez más lejos pasando el límite preciso de un aspecto, no reverenciando en toda su pureza sino al único Dios que vive más allá de toda forma y que habita en el lugar más elevado al que puede remontarse el pensamiento».*

*Convencido de la unidad esencial de todos los cultos, Plutarco, lo mismo que Herodoto (II-3), creía que todos los tipos divinos, fuere cual fuere su país de origen, sus variadas formas y diferentes nombres, no podían dejar de ser idénticos, puesto que no manifestaban y no podían manifestar más que las aspiraciones y concepciones de la misma alma humana. Por eso, cuando los griegos*

*identificaban sus dioses con los dioses extranjeros, se basaban menos en la apariencia que en la idea que dicha apariencia representaba. Lo mismo sucedía con las iniciaciones. Sustancialmente idéntica, la iniciación era una; en todas partes tenía el mismo objeto, y todos los iniciados, en cualquier sitio que celebrasen sus misterios, aspiraban en principio al mismo objeto, aunque con ritos diversos y la gracia de fórmulas diferentes. No debemos sorprendernos, pues, de que Plutarco, preocupado como todos los de su época por la unidad divina, «viese en todas partes un mismo dios bajo la apariencia de dioses diferentes y un mismo pensamiento bajo los diversos mitos». Tanto la filosofía como la iniciación condujeron hasta Dios al espíritu humano por medio de la razón y el corazón y, Plutarco, para extender esta noción divina, debía verse llevado hacia el estudio de sus modificaciones en las religiones de los pueblos para reconciliarlas, reintegrando estas divergencias aparentes en la unidad de su punto de partida. Como teólogo y como filósofo creía, con Máximo de Tiro, que las más célebres filosofías tomaron de prestado la mejor parte de sus teorías, en cuanto contienen de verdad, de duradero y fecundo, a las tradiciones religiosas de la humanidad. Para él, la sabiduría era un sacerdocio de culto universal, y la explicación religiosa del mundo, por el mismo hecho de haber sido la primera en nacer y por haber satisfecho en el origen de los tiempos la necesidad de conocer y la curiosidad de saber de los hombres del pasado más cercanos a Dios que nosotros, debía ser siempre la explicación más valiosa, más filosófica, en el verdadero sentido de la palabra. Plutarco, lo mismo que sus maestros preferidos, Pitágoras y Platón, se vio atraído por Egipto. Ahora bien, para legitimar su exégesis griega de la religión egipcia, no tenía más que apelar a las tradiciones sagradas recordando todo lo que el Timeo y la República parece deben al pensamiento místico de Egipto. Efectivamente, dejando a un lado algunos rasgos evidentes de neopitagorismo, todo es platónico en la exégesis que nos legó Plutarco del mito de Isis y Osiris. Para él, lo mismo que para Platón, en virtud*

*de análogas leyes que concuadran en todos los planos y conciertan con todos los aspectos del mundo organizado, el mito es real y simbólico al mismo tiempo: real en cuanto puede aplicarse al Sol, a la Luna, a la vegetación, al Nilo; simbólico, puesto que nos revela, en todos los grados del movimiento de la vida, el poder divino en acción, la Inteligencia actuante y la Providencia al servicio del orden. Por su parte, Plutarco, dicen A. y M. Croiset: «Halla en el mito de Isis la concepción dualística de Platón, en la que Dios se opone a la materia». Método aplicable, según él, a todas las religiones, porque todas ellas, en lo que tienen de sano, no son sino formas locales, hereditarias, de una misma creencia universal, diversas maneras de proclamar las mismas verdades. «La sabiduría consiste en que cada uno continúe siendo fiel a las prácticas de sus padres, remontando por la razón hasta las ideas simples que en sí llevan y que la filosofía aclara.»*

*Esta exégesis, aunque fuese originaria de Grecia, se apoyaba en datos puramente egipcios. Todos los egiptólogos están de acuerdo sobre este punto.<sup>2</sup> Para comprobar la estimación que sienten por este tratado, cuán grande es la ayuda que les aporta, nada mejor*

- 
2. «Todos los hechos que preceden —dice C. Sourdille— en *Herodoto y la religión de Egipto*, página 80, después de haber citado algunos párrafos del tratado *Sobre Isis y Osiris*, encuentran confirmación en *documentos auténticos egipcios*»; más adelante, en la pág. 96 añade: «No es dudoso que Plutarco estuviere bien informado, en general, en lo referente a la religión egipcia». Pero ¿cómo se documentó Plutarco? Sabemos, debido a la afirmación clara y simple, *Symposiaca*, V, 5, i, que Plutarco visitó Egipto, que fue a Alejandría. Nos habla de los misterios de Isis y Osiris en *De Iside*, 28, 35, como si estuviera iniciado en ellos. Desde luego leyó, puesto que lo cita, cuanto escribieron los griegos sobre Egipto, desde Hellanicos hasta Manethon. Respecto a la documentación y fuentes de Plutarco, cf. Wellman, *Aegyptica*, Hermes, 1896, t. XXI, pág. 221 y ss.; R. Ritter, *Historia de la filosofía*, trad. de Tissot, t. IV, págs. 406-427; B. Latzarus, *Las ideas religiosas de Plutarco*, págs. 15-17, 35-49; Isidoro Lévy, «Malcandro», en la *Revista Arqueológica*, junio-julio, 1904, pág. 390.

*pudiéramos hacer que citar la opinión de uno de los más notables y eminentes egiptólogos franceses. «Los escribas —dice Eugenio Lefébure— se dirigían a los egipcios, pero no a los egiptólogos, de manera que no han hecho más que esbozar superficialmente las leyendas antiguas cuyo cuadro han dejado incompleto para que nosotros lo reconstituyamos, sin exponerlas, sino suponiéndolas. Por fortuna, la antigüedad griega fue iniciada en estos Misterios de modo más completo a medida que el tiempo transcurría, y Diodoro, Herodoto y, sobre todo Plutarco, nos ofrecen un rico tesoro en cuanto a referencias e informes que no se ha agotado todavía. Para explicar a sus compatriotas de manera clara las creencias y costumbres religiosas de Egipto, han tenido que procurar a los hechos que relatan el enlace y lugar adecuado; al sacarlos a la luz que acompaña a una narración sucesiva, procuran sentido general a las mil indicaciones diseminadas en los manuscritos y papiros, a pesar de las frecuentes inexactitudes de detalle. Sin el precioso recurso que aportan a la ciencia nos sería casi tan difícil hallar la clave de los acontecimientos mitológicos del ciclo osiriano como reconstituir la historia de Cristo sirviéndonos únicamente de las prosas e himnos contenidos en los misales».*

MARIO MEUNIER

## ISIS Y OSIRIS

**I** Es preciso, sin duda, ¡oh Clea!<sup>3</sup> que los espíritus sensatos pidan todos los bienes a los dioses, pero a lo que hay que aplicarse sobre todo es al conocimiento de los dioses, con toda la capacidad humana, rogándoles se dignen concedérselo. La verdad es lo más grande que puede obtener el hombre; la verdad es lo más augusto que puede conceder la divinidad. Dios cede todos los bienes a los hombres para cumplimentar sus necesidades; pero *al comunicarles la inteligencia y sabiduría les permite ser partícipes de los atributos que le son propios y de los que hace constante uso*. No es la plata ni el oro lo que constituye la felicidad divina; lo que establece su poder no es el trueno ni el rayo, sino la ciencia y la sabiduría. Nunca habló Homero mejor acerca de los dioses como cuando dijo: «Los dos tienen un mismo origen y una misma patria; pero Zeus nació primero y su ciencia es más grande».<sup>4</sup> Este poeta nos dio a conocer de este modo que la preeminencia de Zeus es más augusta por fundarse en una ciencia más amplia y sobre una sabiduría más venerable. También yo creo que la felicidad de la existencia eter-

---

3. También fue a Clea, de origen griego y no egipcio, como pretende Luis Ménard, en sus *Estudios sobre los libros herméticos*, pág. XX, a quien dedicó Plutarco su tratado *Sobre las virtudes de las mujeres*. Por este primer opúsculo sabemos que era de elevada cuna y que había leído mucho. En el tratado *Sobre Isis y Osiris*, Plutarco nos dirá, además, que Clea se había iniciado en los Misterios osirianos y que presidía las Tíadas de Delfos.

4. Homero habla en estos versos de Zeus y Poseidón. Cf. *Iliada*, XIII, versos 354-355.

na, que es un don de Dios, consiste en esto: saber que nada de cuanto existe puede escapar a su conocimiento. «Si se le priva-se de la posibilidad de conocer la verdad y de concebirla, su inmortalidad no sería ya *vida* sino duración de tiempo.»

**2** Por ello *desear la verdad es aspirar a la divinidad*, sobre todo la verdad en lo que respecta a los dioses. Este deseo es una especie de admisión a las cosas santas; nos incita a instruirnos sobre ellas y a buscarlas, dirigiéndonos de este modo hacia una actividad más santificadora que toda purificación y toda función sacerdotal, actividad grata, sobre todo, a esa diosa sabia y amiga de la sabiduría, a la que hemos rendido un culto especial. En efecto, el nombre que lleva parece decirnos que el saber y la ciencia no convienen a nadie más que a ella. Isis es palabra griega, tan griega como el nombre de Tifón.<sup>5</sup> Tifón es *cegado* por el humo de la ignorancia y del error, siendo enemigo de dicha divinidad; no procura más que destrozar y empeñar la palabra sagrada. Pero la diosa Isis *sabe reunirla en su integridad, mantenerla en su orden y transmitirla*

---

5. Según Plutarco, que atribuye en este caso etimología extranjera a una palabra egipcia, el nombre de Isis se deriva de ciertos tiempos del verbo griego, *eidenai*, tomados del antiguo verbo *isemi*, «saber»; el nombre de Tifón viene de otro verbo griego, *typhain* que significa «hacer humear», «cegar». Los griegos consideraban a Tifón ya como genio monstruoso del huracán destructor, ya como gigante rebelado, cuyo aliento humeante escapa por el cráter de los volcanes. Cf. Decharme, *Mitología de la Grecia Antigua*, págs. 275-276. En la mitología egipcia, Tifón es el asesino de Osiris, el desierto árido, el viento ardiente que seca y consume toda vegetación, las tinieblas y el principio del mal. Sobre Tifón, cf. Ed. Meyer, *Set-Typhon*. Para E. Grébaud, Isis, divinidad mujer, «simbolizaba la manifestación divina por la luz». Esta diosa luminosa se confundió, con el tiempo, con Má, la Verdad, hija del Sol. Cf. *Recopilación de los trabajos*, t. I, «Sobre los dos ojos del disco solar», págs. 127-131.

a los iniciados que se consagran al culto de su divinidad. En efecto, al obligarles a seguir un régimen constantemente moderado, a abstenerse de manjares abundantes y de los placeres de Afrodita, amortigua en ellos la destemplanza y la sensualidad. Inaccesibles a la molicie, les acostumbra a persistir en las santas prácticas, de una constante devoción, prácticas cuya finalidad es la obtención del conocimiento del Ser primero, soberano, accesible a la inteligencia solamente del Ser que la diosa Isis nos anima a buscar cerca de ella, puesto que vive y reside con ella. Por otra parte, el nombre que ha recibido el templo de la diosa indica claramente que encierra el conocimiento y la ciencia del Ser que existe. En efecto, ese templo se llama *Iseión*,<sup>6</sup> es decir, la casa en la que podemos adquirir la ciencia del Ser, si penetramos piadosa y atentamente en los santuarios consagrados a Isis.

3 Además, numerosas autoridades afirman que Isis es hija de Hermes; otras, no menos numerosas, pretenden que es hija de Prometeo. Unos apoyan su aserto en que Prometeo pasa por ser el inventor de la sabiduría y la previsión; los otros, en que Hermes es considerado como el descubridor de la escritura y la música. Por esa razón también se

---

6. El templo consagrado a Isis se llamaba, en efecto, *Iseión*, y Plutarco deriva esta palabra de la misma raíz que sirve, según él, para formar el nombre de la diosa. Sin embargo, el jeroglífico que forma la palabra Isis sirve para escribir las palabras *morada, residencia, estancia, sede*. Cf. Lefébure, *El mito osiriano*, sec. II, «Osiris», págs. 134-135. Parece que Plutarco no lo ignore, puesto que nos dice que Isis *vive y cohabita* con el Ser primero, afirmando también, en el párrafo 56 de este tratado, que Isis es la *sede y receptáculo* de la generación. El *Iseión* no era sólo templo; estaba rodeado de salas reservadas a los fieles, que servían para sus reuniones, ejercicios espirituales, instrucción: era algo así como la *ecclesia* de los cristianos. Cf. Moret, *Reyes y dioses de Egipto*, pág. 173.

llama en Hermópolis a Isis la primera de las Musas,<sup>7</sup> al mismo tiempo que Justicia. Como ya hemos dicho, para indicar que la sabiduría está en ella y que revela las cosas divinas a aquellos que verdadera y justamente merecen ser llamados hieróforos y hieróstulos.<sup>8</sup> Los primeros son aquellos que conocían las doctrinas sagradas relativas a los dioses, guardándolas limpias de toda superstición e indiscreción, llevándolas en sus almas como un cofrecillo sagrado. Los últimos, para darnos a entender que las doctrinas referentes a los dioses son en parte oscu-

- 
7. Es Hermópolis, ciudad situada en el Alto Egipto. Su dios principal era Thot, o Hermes. Plutarco, en el párrafo 55 de este tratado, nos dice la manera cómo este dios fabricó su lira. «Thot era dios de la Música y del Verbo; en efecto, originó sus dioses menores *emitiendo sonidos de su boca.*» Cf. Maspero, *Biblioteca egipciológica, estudios de arqueología y mitología egipcias*, t. II, págs. 373-374. Los egipcios no separaban la Verdad-Justicia de la Inteligencia suprema. Obrando de acuerdo con la verdad, se conformaba el hombre con la realidad, la justicia suprema, el orden y la ley. Sobre la verdad como principio del orden universal, cf. P. Virey, *La religión del Antiguo Egipto*, págs. 80-90. Este orden, creado por la inteligencia, se manifestaba por el Verbo, se identificaba con Isis-Justicia.
  8. Los hieróforos eran los sacerdotes que llevaban en las pompas de Isis el *ciste* o cesto en el que, según Apuleyo, *Metam.*, lib. XI, «se encerraban los objetos sagrados y que ocultaba a todas las miradas los misterios ocultos de la sublime religión». Los hieróforos se cree que, al mismo tiempo que cuidaban del guardarropa de los dioses, tenían a su cargo vestir y adornar sus estatuas. Sobre el sacerdote egipcio, cf. Otto Walter, *Los sacerdotes y los templos en el Egipto griego*, págs. 75 y ss. Respecto a los parecidos y analogías reales existentes entre la formación, vida y organización del sacerdote egipcio y el sacerdote eleusiano, cf. P. Foucard, *Los Misterios de Eleusis*, págs. 227-230. «Los atenienses, dice, en efecto, Diodoro de Sicilia, I, 29, observan en Eleusis los mismos ritos que los egipcios, porque los eumólpidas derivan de los sacerdotes egipcios, y los heraldos de los pastóforos.» Los pastóforos eran sacerdotes encargados de llevar en las procesiones pequeñas *naos*, en las que encerraban las estatuas divinas. Se les confunde con los hieróforos. Cf. A. Moret, *Historia del culto de las divinidades de Alejandría*, págs. 131-155.

ras y están rodeadas de sombra, y en parte claras y brillantes, revisten las estatuas con un ropaje sagrado que manifiesta estos diferentes aspectos. Por otra parte, vistiendo también con ropas parecidas a los sacerdotes de Isis que fallecen, se quiere indicar que la palabra divina está con ellos, y que «se dirigen a la otra vida sin llevar consigo nada más que esta sola palabra». Lo que hace a los filósofos, Clea, no es, en efecto, la costumbre de criar lengua barba, ni la de cubrirse con un manto raído. Tampoco los vestidos de lino ni la costumbre de afeitarse hace a los sacerdotes de Isis. «El verdadero Isíaco es aquel que habiendo recibido, por la vía legal de la tradición, todo cuanto se enseña y practica relativo a estas divinidades, lo somete al examen de la razón, y se esfuerza, por medio de la filosofía, en profundizar toda la verdad.»

**4** Por el contrario, la mayor parte de los hombres ignora hasta los motivos de esta práctica tan corriente y sencilla, es decir, la razón de que los sacerdotes de Isis se despojen de sus cabellos y lleven ropas de lino.<sup>9</sup> Unos no se preocupan por saber nada referente a ello; otros se contentan con decir que es por respeto a la oveja por lo que los sacerdotes de Isis se abstienen de vestir su lana y alimentarse con su carne.

Añaden que se rasuran la cabeza como señal de luto, y que, si llevan vestiduras de lino, se debe al color de la flor que hace crecer dicha planta, flor de un azul parecido al del éter que

---

9. Herodoto, 37, cita este doble hábito de los sacerdotes egipcios, diciendo: «Como son los más religiosos entre los hombres, llevan vestiduras de lino preocupándose de que estén siempre recién lavadas y planchadas. Se circuncidan por higiene, estimando que vale más ser limpio que hermoso. Cada tres días se afeitan todo el cuerpo, para que ni los piojos ni otras miserias les manchen mientras sirven a los dioses». Trad. de Giguet. En un himno griego a Isis. Ed. E. Abel, pág. 295, de sus «Orphica», v. i., se llama a Isis *linostole* equivalente a «reina de las vestiduras de lino».

rodea al mundo. Pero todos esos usos se explican por una misma razón, que es la única verdadera: porque no está permitido, como dice Platón,<sup>10</sup> *que lo puro roce lo impuro*. El residuo de los alimentos, lo superfluo de las secreciones es inmundo e impuro, y lo que hace crecer las lanas, los pelos, los cabellos y las uñas es el resultado de una secreción.

Sería ridículo que los sacerdotes de Isis, que cuando se purifican, se despojan de sus cabellos conservando todas las partes de su cuerpo igualmente limpias, se cubriesen y vistiesen luego con el vellón de las ovejas.<sup>11</sup> En efecto, cuando nos dice Hesíodo: «Durante las comidas esplendorosas de los dioses nada cortarás con hierro brillante del árbol de cinco ramas separando lo seco de lo lozano»,<sup>12</sup> hemos de ver en estas palabras una enseñanza que nos recomienda permanecer limpios de manchas de esta clase para celebrar las fiestas, y no emplear el tiempo destinado a las ceremonias sagradas a deshacernos y limpiamos de las secreciones superfluas. En cuanto al lino, es una planta que crece en la tierra inmortal; produce fruto comestible, proporciona vestidos sencillos y limpios que cubren de un modo liviano, que van bien en todas las estaciones y que, según dicen, nunca cría gusanos. Pero esta cuestión será objeto de otro tratado.

10. Alusión a la frase de *Fedón*. 67. B., en que se dice: «No podría permitirse al impuro sentir afecto por algo puro». Véase nuestra trad. del *Fedón*, París, Payot, pág. 85.

11. Dice Herodoto, II, 81: «Los egipcios visten una túnica de lino, con franjas alrededor de las piernas; a estas franjas dan el nombre de *calasiris*, y sobre la túnica llevan una capa de lana blanca».

12. Cf. Hesíodo, *Op. y Di.*, v. 740-741. Es una manera emblemática de decir que no hay que cortarse las uñas cuando se está a la mesa, en una solemnidad. Jámblico, *Adhort ad phil.*, 21, nos hace saber que los pitagóricos seguían también el precepto que dice: «No te cortes las uñas durante el sacrificio». Cf. Jámblico, *Vit. Pyth.*, XXI, 100; P. Mazon, *Hesíodo, las obras y los días*, pág. 147.

5 Los sacerdotes de Isis sienten tal horror por todo lo segregado, que llegan a abstenerse no sólo de la mayor parte de las legumbres,<sup>13</sup> y de la carne de los corderos y los cerdos,<sup>14</sup> porque estos alimentos producen muchos residuos superfluos, sino que también se prohíbe, durante la temporada de sus purificaciones, el consumo de sal. Entre las numerosas razones que alegan en favor de dicha prohibición, pretenden que la sal,<sup>15</sup> al

- 
13. Los sacerdotes egipcios amplificaban su poder y sus dones por medio de la elección minuciosa de sus alimentos, y en todas sus prácticas, todos sus regímenes de vida, se proponían tanto la *santidad como la salud*, nos dirá Plutarco más adelante, 79. No sólo se abstendían de la carne de ciertos animales, incluidos los peces, o bebían poco vino, sino que se privaban también de comer algunas legumbres. «En todo Egipto—afirma Herodoto, II, 37—no se siembran habas; si se sirven no se comen ni crudas ni cocidas. Los sacerdotes no pueden soportar su aspecto, por considerar esa legumbre impura.» Según Plinio, *Hist. Nat.*, XXVIII, las manchas casi negras de la flor de las habas eran consideradas como caracteres de luto. Cf. Porfirio, *De Abstin.*, IV, 16; Dioscórides, II, 127. Los pitagóricos se abstendían igualmente de comer habas. Sobre las razones que incitaban a aquellos que hacen voto de continencia a abstenerse de legumbres, cf. Plutarco, *Quest. rom.*, 95, y *Propósitos de mesa*, VIII, 10.
14. «Los egipcios—dice Herodoto, II, 47—consideran el cerdo como animal impuro; por eso, cuando alguien pasa junto a uno de estos animales y lo roza, se le hace bajar al río vestido bañándole con el traje puesto. Por otra parte, los porquerizos egipcios son los únicos entre todo el pueblo que no entran en templo alguno del país. No se les concede hijas para matrimoniar con ellas; nadie se casa con las suyas; se casan entre ellos.» En su glotonería, dice Eliano, *Nat. Anim.*, el cerdo no perdona a sus hijos y los come. También ataca al hombre, no temiendo nutrirse con su carne. Por eso los egipcios lo consideraban como animal abominable.
15. Dice Plutarco que los sacerdotes egipcios, *Propósitos de mesa*, V, 10, que hacen voto de castidad, se abstienen enteramente de la sal, porque creen que tiene la propiedad de despertar y excitar la virtud genésica adormecida. Comen el pan sin sal. En estos mismos *Propósitos*, VIII, 8, afirma Plutarco que los egipcios no comían manjar alguno sazonado con sal marina. Para sus usos se servían, según atestigua Arriano, *De Exped. Alex.*, 4, 5, 7, de sal gema, que se les traía de la Marmónica. Sobre la virtud de la sal, cf. Plutarco, *Cus. Nat.*, III; Eliano, *Nat. Anim.*, IX, 48.

estimular el apetito, obliga a comer y beber excesivamente. La opinión de Aristágoras,<sup>16</sup> quien dice que se considera la sal como impura a causa de que cuando cristaliza priva de la vida a un inmenso número de animales pequeñísimos que aprisiona en su masa, es pura tontería.

Se dice también que el buey Apis<sup>17</sup> apaga su sed en un pozo especial, y que siempre se le aparta del Nilo. No es porque se crea, como dicen algunos, que la presencia del cocodrilo en este río produzca la impureza de sus aguas, porque nada se venera tanto entre los egipcios como el Nilo.<sup>18</sup> Pero estiman que su agua engorda, produciendo una gordura excesiva en el que la bebe, por eso no quieren para el buey Apis, como tam-

- 
16. Aristágoras de Mileto compuso una historia de Egipto en dos libros, y escribió sobre las pirámides. Eliano, *Nat. Anim.*, XI, 10, dice que este historiador explicó los signos que debían designar al buey Apis. Cf. A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. II, pág. 574.
  17. Apis era un toro sagrado que los egipcios consideraban como imagen de Osiris. «Apis —dice Herodoto, III, 38— es negro, pero lleva sobre su frente un cuadrado blanco, sobre el espinazo la imagen de un águila, pelos dobles en la cola, y un escarabajo debajo de la lengua.» Sobre las características de Apis, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, «Referencias sobre los Apis», en el Boletín Arqueológico del Ateneo Francés, 1855.
  18. La veneración que los egipcios sentían por el Nilo era tan grande, que este río bienhechor no sólo era el *muy santo*, el *padre y conservador del país*, sino que se consideraba como *dios*, y, como tal, recibía culto y disponía de sacerdotes. Cf. Champollion-Figeac, *Egipto Antiguo*, págs. 7 y ss. Véase también el bonito «Himno al Nilo», que Maspero tradujo, insertado y comentado en las págs. 40-43 del t. I de su *Historia antigua de los pueblos de Oriente*. Al ignorar su fuente y no explicarse naturalmente sus regulares inundaciones, los egipcios pretendían que eran producto de las *lágrimas de Isis*. Cf. Ch. Palanque, *El Nilo en la época faraónica; su papel y su culto en Egipto*, París, 1903; Pausanias, X, xxxii, 10; Jablonski, *Pantheon Aegypt.*, t. II, págs. 139-176, 214-258.

poco no quieren para sí, tal corpulencia.<sup>19</sup> Lo que desean es que la envoltura de sus almas sea un cuerpo ligero y esbelto, para que el principio divino en ellos existente no se vea comprimido ni ahogado debido a la preponderancia y pesadez del elemento precedero.<sup>20</sup>

6 Los sacerdotes destinados en Heliópolis<sup>21</sup> al servicio del dios nunca llevan vino al templo del Sol. Considerarían inconveniencia beber durante el día bajo la mirada de su señor y rey. Los demás sacerdotes lo beben, pero en poca cantidad.<sup>22</sup> También cuentan con gran número de purificaciones

19. Esta opinión de que el agua del Nilo engorda a los hombres y animales de la misma manera que abona el suelo, fue defendida por varios autores antiguos, entre otros por Diodoro de Sicilia. Séneca, *Quaest. natu.*, IV, 2, afirma también esta propiedad del agua del Nilo, añadiendo la de la salubridad y dulzura poco comunes. Eliano, en su tratado *Sobre la naturaleza de los animales*, XI, cita el mismo uso al hablar del buey Apis, y aduce la misma razón. Se le aparta del agua del Nilo, dice, porque se teme, a causa de la dulzura de sus aguas, que beba mucho y engorde.

20. Horacio, en el libro II de sus *Sátiras*, 2, versos 77-80, al hacer el elogio de la frugalidad, escribe: «Cuando el cuerpo se siente pesado por los excesos de la víspera, comunica su pesadez al alma, pegando, por decirlo así, esta partícula de inteligencia divina que existe en nosotros». Según Diógenes Laercio, Porfirio, Jámblico y Suidas, el régimen de los pitagóricos tendía también a evitar la *superabundancia de carnes*.

21. Heliópolis es una ciudad del Bajo Egipto, situada en la parte este de la rama pelusíaca del Nilo, un poco más abajo de la abertura del delta. Era centro del culto al Sol en Egipto, y sus sacerdotes tenían fama de sabios en ciencia sagrada. Cf. Herodoto, II, 3, 7-9; Estrabón, XVII.

22. Porfirio, *De Abstin.*, IV, 6, observa la misma distinción en lo referente al vino. Entre los sacerdotes, dice, unos no lo beben, otros lo hacen muy moderadamente. Según algunos historiadores, no había vides en Egipto; los egipcios bebían vinos extranjeros o una bebida hecha de cebada fermentada. Otros afirman que no se desconocía el cultivo de las viñas; se cultivaba, con excelentes resultados, en el Egipto Medio y Bajo o Inferior. Cf. Maspero.

durante las cuales está prohibido el uso del vino: son aquellas que duran todo el tiempo en que se consagran al estudio, a aprender y a enseñar las verdades divinas. Los mismos reyes de Egipto, como relata Hecateo,<sup>23</sup> sólo bebían vino en la medida establecida por las santas escrituras, porque eran considerados como sacerdotes. Comenzaron a beberlo a partir de Psammético.<sup>24</sup> Anteriormente no bebieron vino, ni se sirvieron de él en sus libaciones. No es que creyesen que por obrar así atraían el cariño de los dioses, sino que pensaban que el origen de la vida estaba en la sangre de aquellos que en otros tiempos intervinieron en la lucha con los dioses, y, una vez derrotados, mezclaron sus cadáveres con la tierra.<sup>25</sup> Por ello, si la embriaguez producía la insensatez en los hombres, si los volvía furiosos, se debía a que los llenaba de sangre de sus antepasados. Nos dice

- 
23. Hecateo de Mileto es uno de los más antiguos y venerables historiadores y geógrafos griegos; visitó Egipto y muchos otros países, aunque por desgracia todas sus obras se perdieron. Cf. Herodoto, II, 143; V, 36; VI, 137; Diodoro, I, 37, y A. von Gutschmid, *Scriptorum Rerum Aegyptiacarum Series (Philologus)*, t. X). Tal vez se trate de Hecateo de Abdera, del que se habla en el párrafo 9 de este tratado. Sobre Hecateo de Mileto, cf. A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. II, págs. 541-548.
24. Psammético, fundador de la dinastía XXVI, o dinastía saíta, señaló su advenimiento oficial en el año 666. Este rey concedió a los jonios y carianos tierras a lo largo de la rama pelusiaca del Nilo. Cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 571-580.
25. Según la tradición egipcia, aquellos que en otro tiempo entablaron lucha con los dioses fueron los hombres de fines de la Edad de Oro. Ra era su rey y, como este monarca envejecía, los hombres extraviados se rebelaron contra él. Ra, para castigarles, se entregó a una sangrienta carnicería. En ello se vio asistido por la diosa Hathor Sokhit, pero espantado ante la inmensidad de la venganza, Ra quiso ponerle fin. Lo consiguió embriagando a la diosa. Cf. Sourdille, *op. cit.*, pág. 39; Naville, «La destrucción de los hombres por los dioses», en las *Transacciones de la Sociedad de Arqueología Bíblica*, t. IV.

Eudoxio,<sup>26</sup> en el segundo libro de su *Itinerario* que todas estas particularidades son relatadas de este modo por los sacerdotes.

**7** Todos los egipcios no se abstienen de todos los peces del mar; únicamente se prohíben algunos de ellos. Por ejemplo: los habitantes de Oxirrincos no comen nunca los pescados con anzuelo. En efecto, dado que veneran el pez llamado oxirrinco, temen que el anzuelo haya enganchado fortuitamente uno de dichos peces sagrados, perdiendo, por lo tanto, su pureza.<sup>27</sup>

Los de Siena no comen el pagro. Parece que este pez se deja ver en el Nilo cuando está próximo a desbordarse, por lo que se le considera como mensajero portador de la agradable nueva de la crecida. En cuanto a los sacerdotes, se abstienen de toda especie de pescados.<sup>28</sup> En el noveno día del primer mes,<sup>29</sup> mientras

---

26. Eudoxio de Cnida, astrónomo, geógrafo y matemático, vivió hacia el año 366 a. C. Estudió en Atenas y Egipto, viviendo probablemente en Cnida el resto de su vida, donde hizo edificar un observatorio. Pasó dieciséis meses en compañía de los sacerdotes egipcios, viviendo lo mismo que ellos y estudiando sus doctrinas. Escribió, a su vuelta, un tratado *Sobre los dioses*. Plutarco dice: «Su deseo consistía en aproximarse al Sol, conocer su figura, magnitud, aspecto del astro, y ser consumido luego por él, como lo fue Faetón», *Cont. Epic.*, II. Según Diodoro, I, 98, Eudoxio el matemático, adquirió gran fama y gloria introduciendo la astrología en Grecia, importándola de Egipto.

27. Oxirrincos es una ciudad del Alto Egipto. Sus habitantes adoraban a un pez llamado oxirrinco, *hocico puntiagudo*. Sobre el oxirrinco, nacido según se afirmaba, de las heridas de Osiris, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, X, 46.

28. Los sacerdotes egipcios, dice Herodoto, II, 37, no comen pescado. Véase Porfirio, *De Abstin.*, IV, 7. Según Porfirio, *Vit. Pyth.*, XXI, 98, los pitagóricos rara vez comían pescado, absteniéndose por completo de algunos.

29. El primer mes del año egipcio se llamaba *Thot*. Comenzaba durante las primeras apariciones de la estrella de Isis, Sirio, que coincidían exactamente con las primeras crecidas del Nilo. Sobre el año egipcio, cf. Champollion-Figeac, *op. cit.*, págs. 234-241; Chabas, *Calendario de los días fastos y nefastos del año egipcio*.

todos los egipcios comen ante la puerta de entrada de su casa un pescado asado, los sacerdotes no lo prueban; se contentan con hacer que sus pescados sean totalmente consumidos por el fuego ante sus puertas. Dos razones tienen para obrar de esta manera: la primera es eminente y sagrada, puesto que relaciona con las santas doctrinas filosóficas que conciernen a Osiris y Tifón; más adelante hablaremos de ello. La segunda, por el contrario, es manifiesta y corriente: por una parte el pescado no es indispensable como alimento, por otra,<sup>30</sup> nada tiene de exquisito. Eso confirma el testimonio de Homero cuando dice que los feacios, pueblo afeminado, y los habitantes de Itaca, raza insular, no comían pescado, y cuando cuenta que los compañeros de Ulises, incluso hallándose en alta mar y durante largas travesías, no lo comían a no ser debido a extremada necesidad. En una palabra, los egipcios consideran que el mar ha sido formado por el fuego, que se halla fuera de toda definición, que no forma parte del mundo ni es elemento: en él ven algo así como una secreción corrompida y malsana.<sup>31</sup>

**8** Por otra parte, ese pueblo no introdujo, como creen algunos, en sus ceremonias religiosas, principio alguno que no estuviese dentro de la razón, ningún elemento fabuloso o inspirado por la superstición. Sus costumbres y usos se fundan en principios morales, o razones de utilidad, los unos; los otros se justifican con ingeniosos recuerdos históricos o

---

30. Sobre este aspecto véase pregunta 4 del libro IV de los *Propósitos de mesa*, de Plutarco, en el que este autor se pregunta si el mar ofrece manjares más delicados que los producidos por la tierra.

31. Los egipcios, dice Plutarco en sus *Propósitos de mesa*, VIII, 8, sienten horror por el mar, considerándolo como elemento extraño y completamente hostil a la naturaleza del hombre. El principio generador y húmedo era para ellos el Nilo; el agua del mar no era considerada sino como residuo salado, de las mismas categorías que el agua salobre del desierto o de Tifón.

explicaciones deducidas de la naturaleza. Así sucede, por ejemplo, en lo relativo al escrúpulo que sienten por la cebolla. La tradición que dice que Dictys,<sup>32</sup> hijo de leche de Isis, cayó en el río y se ahogó al querer recoger unas cebollas, es la que nos parece más verosímil. Pero si los sacerdotes evitan con santa aversión y extremada repugnancia comer cebolla, es que este bulbo es el único cuya naturaleza hace que crezca y se vigorice durante el decurso de la Luna. No conviene ni a los que quieren practicar la abstinencia ni a los que celebran una fiesta, porque provoca la sed en ellos y les hace llorar cuando la comen.

Los egipcios consideran también al cerdo como animal impuro; lo creen así porque esos animales parece que se aparean con mayor frecuencia durante el cuarto menguante, y porque su leche hace brotar la lepra en los cuerpos de quienes la beben, así como otras terribles dolencias cutáneas.<sup>33</sup> Para explicar el hecho de que una sola vez al año, durante el plenilunio, inmolan los egipcios un cerdo y comen de su carne, dicen que Tifón, persiguiendo a uno de estos animales durante la Luna llena, halló el cofre de madera en el que estaba encerrado el cuerpo de Osiris y hundió su cubierta. Pero muchos son los

---

32. Dictys, hijo del rey que dio posada a Isis cuando iba en busca de Osiris, fue hijo de leche de la diosa. Según Lefébure, *El mito osiriano*, sec. 1, «Los ojos de Horus», pág. 62, Dictys debe ser símbolo del Sol que se pone en el agua.

33. Sobre las enfermedades, la lepra y la sarna que puede ocasionar la carne del cerdo, cf. Plutarco, *Propósitos de mesa*, IV, 4. Según Eliano, *Nat. Anim.*, X, 16, Eudoxio creía que los egipcios no sacrificaban el cerdo porque este animal, pateando las tierras sembradas, hundía el grano en la tierra húmeda, evitando que los pájaros comiesen las semillas. Pero el mismo Eliano dice que en Manethon oyó decir que los que bebían leche de cerda se llenaban de sarpullidos y enfermaban de lepra.

que no aceptan esta explicación; les parece una tradición mal entendida, como tantas otras.<sup>34</sup>

En cuanto a los antiguos egipcios, se dice que eran extraños a la comodidad, al lujo y a los placeres, que en Tebas, en el templo de Isis, se levantaba una columna sobre la que se veían grabadas, según se cuenta, las imprecaciones contra el rey Minis,<sup>35</sup> que fue el primero que hizo abandonar a los egipcios el género de vida frugal que llevaban sin conocer la riqueza ni el dinero. También se cuenta que Tenactis, padre de Bocoris,<sup>36</sup> en una expedición contra los árabes, comió con gusto, un día que sus equipajes tardaban en llegar, los prime-

- 
34. Según otras tradiciones, los egipcios inmolaban un cerdo porque el alma de Osiris habitaba la Luna, y Tifón, en el decimoquinto día de cada mes, durante la luna llena, atacaba a este astro tomando la forma de cerdo negro, intentando devorarlo. Al inmolarse este animal creían ayudar a su desarrollo favoreciendo la constancia de las fases de la Luna, que todos los meses disminuye, decrece, desaparece para renacer y crecer al comienzo del siguiente mes. Cf. E. Lefébure, *El mito osiriano*, sec. 1. «Los ojos de Horus», págs. 46-47; P. Pierret, *Estudios egiptológicos*, pág. 87. La muerte de Osiris caía hacia el 17 del mes, día en que la Luna llena comienza a disminuir.
35. Minis, Menés, o Mini, fue el primer rey de Egipto y fundador legendario de Memphis. Diodoro, I, 45, dice también que se mostraba amigo del lujo y que inventó el arte de servir una comida enseñando a sus súbditos la manera de comer tendido sobre un lecho. Cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 50-58. Para Lefébure, Minis era un rey de carácter colectivo que personificaba en sí el trabajo de las antiguas generaciones. Cf. Lefébure, «El primer rey de Egipto», en *Sphinx*, t. III, pág. 68.
36. Bocoris o Bokeranf fue un rey de la dinastía XXIV. Su padre, Tenactis o Tafnakhiti, era señor feudal del delta. Sobre sus guerras, cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 478-483. Según Diodoro, I, 65 y 94, Tenactis no sólo fue guerrero, sino también legislador. Cf. A. Moret, *De Bocchori rege*. Sobre el obelisco que mandó levantar en el templo de Amón, en Tebas, cf. De Rougé, *Investigaciones sobre los monumentos que podemos atribuir a las seis primeras dinastías de Manethon*, págs. 30-31.

ros alimentos que halló, quedando sumido enseguida en un profundo sueño, sobre un montón de hojas. A partir de aquel día vivió frugalmente; luego, al pronunciar contra Minis algunas imprecaciones, mandó grabar su maldición en una columna.

9 Los reyes eran elegidos entre los sacerdotes o entre los guerreros, porque ambas clases, una por su valor y la otra, en virtud de su sapiencia, gozaban de especial estima y consideración. Cuando el rey proclamado procedía de la clase de los guerreros, entraba, tan pronto había sido elegido, en la de los sacerdotes; entonces se le iniciaba en aquella filosofía en la que tantas cosas estaban ocultas,<sup>37</sup> encerradas en fórmulas o mitos que velaban con oscura apariencia la verdad y la manifestaban por transparencia. Eso es, sin duda, lo que quieren darnos a entender los egipcios erigiendo gran número de esfinges ante sus templos, como para indicar que la sabiduría de su doctrina sagrada es completamente enigmática.<sup>38</sup>

---

37. «No eran los primeros que llegaban —dice también Clemente de Alejandría, *Strom.*, V, 7— a quienes los egipcios iniciaban en sus misterios; no era a los profanos a quienes comunicaban el conocimiento de las cosas divinas, sino únicamente a los que *debían subir al trono*, y a aquellos de entre los sacerdotes reconocidos como más recomendables por educación, instrucción y cuna.»

38. Clemente de Alejandría, *Strom.*, V, 5, 31, da a las esfinges el mismo sentido simbólico que les atribuye Plutarco. En realidad, su función consistía en guardar los templos, los dioses, los muertos, apartando de ellos a sus enemigos. Los egipcios no sólo rendían culto a los animales visibles, sino también a los fantásticos. Les atribuía, dice Sourdille, *op. cit.*, pág. 233. «los estados de conciencia y forma exterior de los seres que tenían a la vista, y preferentemente la forma de animales cuya actividad psicológica, más difícil de penetrar que la del hombre, tenía para él carácter más misterioso». Cf. Maspero, *Estudios de mitología*, t. II, págs. 213-214; t. I, págs. 117-118.

Además, en Sais, sobre el frontón del templo de Athena,<sup>39</sup> que creen es la misma divinidad que Isis, se leía esta inscripción: *Soy todo cuanto ha sido, todo cuanto es y todo cuanto será, y mi velo no ha sido nunca levantado por mortal alguno.*<sup>40</sup> También, según dicen algunos, el nombre propio de Zeus en lengua egipcia es *Amón*,<sup>41</sup> palabra que nosotros los griegos hemos

- 
39. Athena, o Nit, era la divinidad principal de Sais, ciudad del Bajo Egipto. Se le dio por esposa a Osiris, confundiéndola con Isis. Era, como Athena, diosa del tejido y guerrera. En Sais se la invocaba como creadora del mundo y madre de los dioses. Cf. Brugsch, *Relig. y mitol.*, pág. 333 y ss. De Rougé, «Memoria sobre la estatuilla naofora del Museo Gregoriano», en la *Revista Arqueológica*, VIII, 1851; *El culto de Neit en Sais*, París, 1888.
40. También Proclo relata esta inscripción, *In Plat. Tim.*, 30, que añade las siguientes palabras a las de Plutarco: «El fruto que he engendrado ha sido el Sol». En cuanto al lugar de esta inscripción, se lee habitualmente sobre el frontón del templo de Athena. Tal vez haya que traducir como Amyot, sobre la imagen de Pullas, o, si se quiere seguir el texto más de cerca, sobre el pedestal o sobre el zócalo de Athena. Sobre Athena e Isis, identificadas por los egipcios y los griegos con Neit de Sais, cf. Maillet, *El culto de Neit en Sais*, págs. 236-244. Este egiptólogo reconoce el alto valor de esta inscripción «en la que no hay parte alguna que pueda rechazarse como invención de origen griego».
41. *Amoun* o *Amón*, tras haber sido el dios único de Tebas, llegó a ser, con la dinastía XVIII, el dios supremo de Egipto. Cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 247-248, también «Boletín de la religión de Egipto», en la *Revista de la Historia de las Religiones*, 1882, t. V, págs. 99-100. Entonces fue identificado, con el nombre de Amón-Ra, con Ra, el dios único de Heliópolis. «Este dios de los teólogos tebanos —dice Maspero, *op. cit.*, pág. 326— era un ser perfecto dotado de ciencia e inteligencia ciertas, el “uno único, el que existe por esencia, el sólo que vive en sustancia, el único generador en el cielo y en la tierra que no haya sido engendrado, el padre de los padres, la madre de las madres”». Su nombre *Amoun*, el Ammón de los griegos y de los romanos, deriva de la raíz *ammar*, «estar oculto», designa la fuerza de la naturaleza que obra invisible en lo oculto. Cf. Brugsch, *Religión y mitología*, pág. 94. Pero este dios, que trae a la luz las fuerzas latentes de las cosas ocultas, debía ser eclipsado, absorbido por Osiris. Cf. Sourille, *Herodoto y la religión egipcia*, pág. 61. Sobre Ammón oculto, cf. Grebaut, *Himno a Amón-Ra*, pág. 14 y pág. 100, nota 3.

alterado pronunciándolo Ammón. Manetón<sup>42</sup> el Sebenita opina que este vocablo significa «cosa oculta», «acción de ocultar». Hecateo de Abdera<sup>43</sup> añade también que los egipcios se servían de este vocablo para llamar a alguien, ya que esta voz es interpelativa. Así, dirigiéndose al primer Dios, el mismo según ellos que está en el universo, como ser invisible y oculto, le invitan y exhortan, llamándole *Amón*, a mostrarse ante ellos y a descubrirse. Ya veis hasta qué punto llegaba la circunspección de la sabiduría egipcia en lo referente a las cosas divinas.

**10** Eso es lo que testifican los griegos más ilustres: Solón, Tales, Platón, Eudoxio, Pitágoras, y, según algunos, también Licurgo. Fueron a vivir a Egipto y llegaron a gozar intimidad con los sacerdotes. Por eso se dice que Eudoxio escuchó las lecciones de Conufis de Memfis; que Solón prestó oídos a las del saíta Sonchis, y que Pitágoras con-

---

42. Manetón el Sebenita era un sacerdote egipcio que, en el reinado del primer Ptolomeo, escribió en griego una obra sobre la religión y la historia de su país. Sus crónicas en tres libros contenían una relación de las diferentes dinastías. La obra en sí se ha perdido, pero ha sido conservada una preciosa lista de las dinastías gracias a Julio Africano y Eusebio. Los fragmentos de sus obras han sido editados por Unger. Sobre Manetón, cf. Wiedemann, *Aegyptische Geschichte*, 1884, págs. 121-131; Maspero, *Hist. Ant.*, I, págs. 226-228; A. y M. Croiset, *op. cit.*, t. V, pág. 99; y sobre su papel en el sincretismo religioso alejandrino, G. Lafaye, *op. cit.*, págs. 20-21.

43. Hecateo de Abdera, discípulo de Pyrrón y contemporáneo de Ptolomeo, hijo de Lagus, era un filósofo que, entre otras obras, escribió el tratado *Sobre la filosofía de los egipcios*, cf. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, t. II, págs. 151-154; A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. V, págs. 147-148.

versaba con el heliopolitano Eufis.<sup>44</sup> Según parece, este último griego, lleno de admiración por aquellos hombres que también le admiraron a él, intentó imitar su lenguaje simbólico y sus enseñanzas misteriosas, rodeando su doctrina de enigmas. En efecto, ninguna diferencia hay entre los textos jeroglíficos y la mayoría de los preceptos de los pitagóricos, por ejemplo: no comer sobre un carro. No sentarse sobre la fanega. No plantar palmeras. No avivar el fuego del hogar con una espada.<sup>45</sup> Personalmente creo asimismo que los pitagóricos, al llamar a Apolo *la mónada*, a Artemis *la díada*, a Athena *la septenaria* y a Poseidón *el primer*

44. Diodoro de Sicilia, I, 96, dice: «Los sacerdotes egipcios afirman, apoyándose en el testimonio de los libros sagrados, que entre ellos se vio a Orfeo, Museo, Melampos, Dédalo, luego al poeta Homero, Licurgo el espartano, Solón de Atenas, Platón el filósofo. También citan a Pitágoras de Samos, Eudoxio el matemático. Demócrito de Abdera y Oenopidas de Chíos». Respecto a las relaciones entre Egipto y los filósofos griegos anteriores a Sócrates, cf. J. A. Faure, *Egipto y los presocráticos*, París, 1923.

45. Plutarco dice, frag. 33, trad. de Bétolaud: «Nada tan especial de la filosofía pitagórica como el uso de símbolos, tales como los empleados en la celebración de los Misterios. Es una manera de hablar que participa del silencio y el discurso... Lo que en ellos se dice es muy evidente y claro, para quienes están acostumbrados a este lenguaje; para los ignorantes es oscuro y difícil de comprender. El sentido aparente de estos símbolos no es el verdadero, siendo preciso buscar el que parece encierran». En su *Tratado sobre la educación*, XVII, explica Plutarco los dos preceptos siguientes: *no sentarse sobre la fanega*, que quiere decir evitar la ociosidad y pensar ante todo en procurarse el alimento necesario. *No atizar el fuego con una espada*, equivalente a no irritar al hombre furioso a despropósito, cediendo momentáneamente. En cuanto a los otros dos, *no plantar palmeras*, probablemente quiere decir no hacer nada inútil, porque la palmera trasplantada no produce fruto. *No comer yendo en carro* parece-nos significar cada cosa a su tiempo, pues no hay que comer cuando de lo que se trata es de ganar la carrera. No obstante, si traducimos por «asiento» en vez de «carro» la palabra griega *difros*, que tiene doble sentido, este símbolo pudiera muy bien significar: «no comas sentado», es decir, sin trabajar. Véase Plutarco, *Propósitos de mesa*, VIII, 8, y A. Delatte *Estudios sobre la liter. pitag.*, cap. IX.

*cubo*,<sup>46</sup> quisieron imitar lo que hay edificado sobre los templos de Egipto, lo que en ellos se practica, y, ¡por Zeus!, lo que sobre ellos se puede ver grabado. Por ejemplo, los egipcios representan a Osiris, su señor y rey, por medio de un ojo y un cetro. También hay algunos que pretenden que ese nombre significa «que posee muchos ojos», puesto que *os* en lengua egipcia quiere decir «mucho» e *iri* quiere decir «ojo». <sup>47</sup> También figuran el cielo, que nunca puede envejecer puesto que es eterno, representado por un corazón posado sobre un brasero cuya llama conserva el ardor. Había en Tebas un cuadro que representaba a los jueces sin manos y a su presidente con los *ojos* cerrados: era para indicar que la Justicia no debe aceptar regalos ni dejarse seducir. Los guerreros lucían un escarabajo grabado en el sello de sus anillos. Esto se debía a que no existe el escarabajo hembra: todos son machos. Se perpetúan depositando su germen en una especie de materia a la que dan forma de bola, más que como sustancia alimenticia, como lugar reservado a la generación.<sup>48</sup>

---

46. Apolo era la mónada, porque su nombre *excluye la multiplicidad*, «*diá tó apóthen einai ton pollon*». La diada, o número 2, era el primer número par, es decir, femenino. El número 7, o septenario, se llama Athena, por ser el único que no engendra ninguno de los comprendidos en la década, no siendo tampoco engendrado por ninguno de ellos. El primer cubo se atribuía a Poseidón, porque este dios se llamaba *aspháleios*, es decir, «sólido», «inderrribable». Cf. A. Delatte, *Estudios sobre la lit. pit.*, pág. 142 y ss.

47. Diodoro de Sicilia, I, 11, da sobre Osiris la misma etimología que nos proporciona Plutarco. Según otros, el nombre de Osiris debe significar «la potencia de Ra» o la fuerza del Sol que se renueva y desarrolla por periodos. Cf. Lepage-Renouf, «Los nombres de Isis y Osiris», en *Anales de la Sociedad de Arqueología Bíblica*, t. XII, pág. 342; Lefébure, *El mito osiriano*, sec. II. «Osiris, etimologías de los nombres de Isis y Osiris», y T. Devéria, «El nombre de Isis relatado por Plutarco», *Bibl. Egypt.*, t. IV, *Memorias y fragmentos*, t. I, págs. 160-163.

48. Sobre el escarabajo, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, X, 15. Porfirio, *De Abst.*, IV, 9, dice que los egipcios consideraban al escarabajo como imagen viviente del Sol. Era emblema del Sol saliente y del devenir.

**11** Por ello, tantas veces cuantas oigas lo que la mitología egipcia relata sobre los dioses: que anduvieron errantes, que fueron desmembrados, que sufrieron innumerables tormentos parecidos, tendrás que recordar lo que hemos dicho, no creyendo que todo ello hubiera sucedido de la manera que se cuenta. Por ejemplo, los egipcios no dan a Hermes<sup>49</sup> el nombre de perro, pero teniendo en cuenta la buena vigilancia que presta ese animal, su constante guardia, la sagacidad con que, para servirnos de los términos de Platón, sabe distinguir a sus amigos de sus enemigos reconociendo a unos e ignorando a los otros, atribuyen todas esas cualidades al más sagaz de los dioses. Tampoco creen que el Sol haya salido del seno de un loto, como un niño recién nacido, sino que ésa es la manera de representar la salida de ese astro, y dejar entender que la actividad de su llama está alimentada por la humedad. De la misma manera, el más cruel y temido de los

---

49. Hermes es el dios Thot. Era inventor de la escritura y padre de la historia. «Apareció —dice Virey, en *La religión del Antiguo Egipto*, pág. 169— en la leyenda osiriana como aliado de Osiris y Horus. Procura al Sol la victoria contra sus enemigos, las tinieblas, dando a su palabra el poder de hacer la verdad, es decir, la virtud creadora. Finalmente pone paz entre Horus y Set, entre el Sol y las tinieblas, fijando los límites del dominio de cada uno de ellos. En efecto, es el dios medidor y regulador; es marido de Má, la regla y la rectitud; está asociado a la Luna a causa de la regularidad de las fases de este planeta. Como inventor de la escritura es dueño de las palabras divinas, señor de los escritos divinos; es el dios de las letras, las ciencias y la historia. Se le consagraba al cinocéfalo. Si algunas veces se le ha pintado, como a Anubis, en forma de perro, es porque se le consideraba como portero y guardián de los cielos. Este dios presidía el comienzo de los tiempos y de los años, y el primer mes del año egipcio le estaba por ello consagrado.» Sobre Thot, cf. Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, págs. 204-224.

reyes de Persia, Ochos,<sup>50</sup> príncipe que cometió numerosos asesinatos y acabó por degollar al buey Apis haciéndolo servir a sus amigos en una comida, fue motejado por los egipcios con el nombre de *Cuchilla* y aún hoy consta con este nombre en la lista de los reyes. No es que quisiesen manifestar su esencia al denominarle de ese modo, sino que comparan su inhumanidad y desenfreno a un instrumento de carnicería. Así, Clea precisa acoger y aceptar sobre los dioses, lo que de ellos relatan y explican los espíritus que unen el sentido religioso al filosófico. Conservando en la práctica la observancia de las prescripciones relativas a las ceremonias santas, creyendo que nada podría ser más del agrado de los dioses que tener sobre ellos verdaderas opiniones, que ningún sacrificio, ni celo alguno, pudieran superar en deleite, podrás evitar un mal al que hay que temer tanto como al ateísmo: la superstición.

**12** Considera el siguiente relato. Te lo voy a exponer de la manera más breve posible, suprimiendo cuidadosamente todo lo que en él haya de inútil y superfluo. Dícese que Rea<sup>51</sup> tuvo con Cronos<sup>52</sup> comercio secreto, y que el Sol,<sup>53</sup> que lo había descubierto, pronunció esta imprecación contra ella: «Ojalá no pueda dar a luz ni durante el curso del

---

50. Ochos o Artajerjes III, rey de Persia, se apoderó de Egipto reinando de 359 a 333. Los egipcios, dice Maspero, *op. cit.*, pág. 754, «lo comparaban a Tifón por su crueldad, llamándole *asno*, porque este animal estaba consagrado al dios del mal. Llegado a Memfis, ordenó, según se dice, se sacrificase y preparase al buey Apis para servirlo en un banquete que ofrecía a sus amigos, entronizando en el templo de Phtah un asno al que rindió honores divinos. El macho cabrío de Mendes siguió la suerte de Apis; llevaron los libros sagrados a Persia, los muros de las ciudades fueron demolidos a ras de tierra, degollando a los principales partidarios de la realeza indígena».

51. Rea es Nouit, diosa del cielo o del espacio de los cielos.

52. Cronos es Gabou (Sibou), dios de la Tierra.

53. El Sol es Ra, u ojo diurno del rostro celeste.

mes, ni durante el del año». Pero Hermes,<sup>54</sup> enamorado de la diosa, de la que había obtenido también favores, jugó a los dados con la Luna<sup>55</sup> y le arrebató una septuagésima segunda parte de cada uno de sus días de luz. Con la suma de todas aquellas septuagésimas segundas partes, formó cinco días, que añadió a los restantes trescientos sesenta.<sup>56</sup> A esos cinco días los llaman aún los egipcios de nuestros días *epagomenos*, es decir, «adicionales» y durante este período celebran el aniversario del nacimiento de los dioses.<sup>57</sup>

Se dice que Osiris nació el primer día, y que en el momento de nacer se oyó una voz que decía: «El señor de todas las cosas aparece bañado por la luz». Además, también se cuenta que en Tebas cierto Pamylys acudió a buscar agua en el templo de Zeus, oyendo en aquella ocasión una voz que le ordenaba gritase con fuerza: «El gran rey, el bienhechor Osiris acaba de nacer». El pamylys obedeció, y entonces Cronos depositó a

---

54. Hermes es Thot, dios de la razón, de la medida y del verbo.

55. La Luna es el ojo nocturno del rostro celeste. Sobre la explicación de esta genealogía, cf. Sourdille, *op. cit.*, págs. 75-76; Chabas, *El calendario de los días fastos y nefastos*, págs. 101-107; Th. Devéria, *Los papiros de Neb-Qed. Introducción mitológica*, y, finalmente, Maspero, *Estudios de mitología y arqueología egipcias*, t. II, págs. 279-296, 340-393. Hay que observar que fue Hermes, la razón determinante y el verbo creador, quien jugando a los dados con la Luna, es decir, ejerciendo su pensamiento, prevalecía sobre lo indeterminado, permitiendo a Rea, madre de todos los dioses, dar a luz y manifestar todo cuanto estaba virtualmente encerrado en su seno.

56. El año vago o religioso contaba en efecto trescientos sesenta y cinco días, sin fracción. Con Wyttembach, leemos *septuagesimo segundo*, en vez de *septuagésimo*, que figura en todos los textos. Efectivamente, 360 dividido por 72, da 5, y estos cinco días sumados a los 360, forman el año de trescientos sesenta y cinco días.

57. Al hacer coincidir la ordenación del tiempo con el nacimiento de los dioses, los egipcios quieren tal vez dejarnos entender que los dioses nacieron para manifestar en el tiempo aquello que está fuera de él, y ordenar el mundo de acuerdo con las leyes de la Inteligencia eterna. ¿Será así?

Osiris en sus manos, encargándole que le criase e instituyese la fiesta de los *Pamylias*, parecida a nuestras *Faloforias*.<sup>58</sup>

El segundo día nació Arueris, al que se considera como Apolo, y al que también algunos denominan Horus el Viejo.

El tercer día vino al mundo Tifón, ni a su debido tiempo ni por el camino ordinario, sino lanzándose a través del flanco materno, que abrió y rasgó asestándole un golpe terrible.

El cuarto día, Isis nació entre las marismas.

El quinto día vio aparecer a Neftis, a quienes unos llaman también Teleuté y Afrodita, y otros Victoria.

Se dice que Osiris y Arueris tuvieron al Sol por padre; Isis era hija de Hermes, y Tifón y Neftis fueron engendrados por Cronos.<sup>59</sup>

A causa del nacimiento de Tifón, los reyes consideraron como nefasto el tercero de los días adicionales, lo pasaban hasta su noche sin emprender ningún asunto, sin ocuparse en su aseo.

También se dice que Tifón tomó por esposa a Neftis, que Isis y Osiris, enamorados uno del otro, se unieron antes de nacer en el seno de su madre, y algunos dicen que Arueris, a quien los egipcios denominan Horus el Viejo, y los griegos Apolo, nació de esta unión.

---

58. Las *Faloforias* eran procesiones en honor de Dionisio, que se celebraban en Grecia para honrar a este dios fecundador. El *falo* era elevado con gran pompa, como símbolo de la potencia generadora y actividad fecunda de Baco. Cf. Daremberg y Saglio, *Dic. de las antigüedades*, art. Baco; De Charme, *Mitol. de la Antigua Grecia*, págs. 443-448. Herodoto, II, 48, nos señala en Egipto, en honor de Osiris, una costumbre semejante a ésta.

59. Rea (o diosa del espacio de los cielos) fue por lo tanto fecundada por tres dioses, Ra (o el Sol supremo de la inteligencia eterna) engendró a Osiris y Apolo; Hermes (o el verbo creador) engendró a Isis, y Cronos, o la Tierra, a Tifón y Neftis. Diodoro de Sicilia, I, 3, dice que de Cronos y de Rea nacieron cinco dioses cuyo nacimiento coincidió con uno de los cinco días adicionales del año egipcio. Estos dioses son: Osiris, Isis, Tifón, Apolo y Afrodita. Osiris fue el cuarto rey de las dinastías divinas que reinaron primitivamente en Egipto, según se dice.

**13** Cuando reinó Osiris, sacó a los egipcios de su existencia de privaciones y de bestias silvestres, les dio a conocer los frutos de la tierra, y les dio leyes enseñándoles a respetar a los dioses.<sup>60</sup> Más tarde, recorrió toda la Tierra para civilizarla.

Pocas veces se vio obligado a recurrir a la fuerza de las armas, siendo por medio de la persuasión, el razonamiento, y alguna vez encantándoles con sus canciones y todos los recursos de la música, como se atrajo frecuentemente el mayor número de hombres.<sup>61</sup> Por ello los griegos creen que Osiris es el mismo dios que Dionisio.

Durante la ausencia de Osiris, Tifón no se atrevió a introducir innovación alguna, pues Isis ejercía estrecha vigilancia, conservándolo todo en orden.

Pero a la vuelta de dicho dios, Tifón le preparó emboscadas. Se rodeó de setenta y dos cómplices, viéndose también secundado por la presencia de una reina de Etiopía, llamada

---

60. «Osiris —continúa diciendo Diodoro de Sicilia, I, 14— hizo ante todo perder a los hombres el hábito de comerse unos a otros, tan pronto descubrió Isis el trigo y la cebada, que crecían anteriormente sin cultivarlos confundidos con otras plantas. Osiris inventó el cultivo de las frutas, y a consecuencia de este beneficio, el empleo de un nuevo alimento agradable hizo abandonar a los hombres sus salvajes costumbres.» Sobre las relaciones entre Deméter e Isis, sobre sus atribuciones comunes, cf. P. Foucart, *Los Misterios de Eleusis*, cap. III.

61. No sólo descubrió Osiris el trigo, sino que, como el Dionisio de los griegos, descubrió asimismo el vino, recorriendo el mundo para propagar su descubrimiento. Osiris, dice Diodoro de Sicilia, I, 15, «descubrió la vid en territorio de Nysa, y, al pensar en la manera de utilizar su fruto, fue el primero que bebió vino, enseñando a los hombres el cultivo de las viñas, el empleo del vino, su preparación y conservación». Tras este descubrimiento, añade este mismo autor, I, 17, «Osiris reunió un gran ejército, con objeto de recorrer la Tierra y enseñar a los hombres a cultivar la vid».

Aso.<sup>62</sup> Habiéndose enterado en secreto de la longitud exacta del cuerpo de Osiris, Tifón hizo construir, de acuerdo con dicha medida, un cofre soberbio y notablemente decorado, ordenando lo presentasen en pleno festín. Al ver aquel cofre, todos los invitados quedaron sorprendidos y arrebatados. Entonces Tifón prometió, bromeando, que lo regalaría a aquel de entre todos que acostándose en su interior lo llenase exactamente. Todos los invitados entraron en él, acostándose, pero ninguno de ellos lo hallaba adecuado a su medida.<sup>63</sup> Finalmente, penetró Osiris, tendiéndose en su fondo tan largo cuan era. Inmediatamente todos los invitados acudieron para cerrarlo. Unos clavaron su cubierta, mientras otros lo sellaron con plomo fundido. Una vez terminada la operación llevaron el cofre al río, dejándolo llegar hasta el mar por la boca Tanítica, boca que aún hoy es execrada por todos los egipcios y a la que llaman *Maldita*. Estos acontecimientos ocurrieron el día 17 del mes de *Athyr*, según se cuenta,<sup>64</sup> mes en que el Sol

---

62. Según algunos exégetas, nos dirá más adelante Plutarco, en el párrafo 39 de este tratado, las emboscadas preparadas por Tifón contra Osiris no representan más que la intensidad de las sequías que evapora el agua del Nilo y la reserva de su lecho. Osiris es el Nilo, Tifón el principio ardiente que lo consume todo, y la reina Aso es personificación de los vientos del sur que soplan de Etiopía. Efectivamente, el viento del sur, al detener los vientos etesios que soplan al norte, enciende el aire y divide el Nilo en pestilentes charcas, oponiéndose al progreso de toda vegetación. Según Jablonski, *Panth. Aegypt.*, V, cap. III, y Court de Gébelin, *Hist. del Calend.*, pág. 528, los 72 cómplices de Tifón pueden designar las 72 regiones del cielo desde donde parece soplan otros tantos vientos, o el período de días según el cual soplan esos vientos etiópicos.

63. La estatura de Osiris, dice Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 173, pasaba de los cinco metros.

64. El mes de *Athyr* es el tercero del año egipcio; correspondía a final de octubre y a la mayor parte de noviembre. Su nombre es el de la Afrodita egipcia, o Hathor. El 17 de *Athyr* corresponde al 13 de noviembre del calendario juliano.

pasa por el signo de Escorpión, y en el vigésimo año del reinado de Osiris. Hay algunos que pretenden que este número de años corresponde al tiempo de la existencia de este dios, pero no al de su reinado.

**14** Los panes y los sátiros, que habitaban en los alrededores de Chemmis,<sup>65</sup> fueron los que primeramente conocieron estos acontecimientos. Propagaron la noticia de lo sucedido, y los temores súbitos de la muchedumbre; el espanto súbito se conoce y denomina a partir de aquel día *terror* o *pánico*, en recuerdo de aquel hecho.

Informada Isis, se cortó un rizo de sus cabellos en el lugar mismo en que recibió la noticia de la desgracia, cubriéndose de luto. Aquel lugar es precisamente el punto donde se levanta hoy la ciudad de Coptos,<sup>66</sup> nombre que significa, según algunos autores, «privación», pues *koptein* tiene el sentido de «privar», según afirman.

Entonces la diosa erró por todas partes, se presentaba en todo lugar presa de la angustia más amarga, no acercándose nunca a nadie sin dirigirle antes la palabra. Finalmente, al encontrar algunos niños, les interrogó acerca del paradero del cofre. Sucedió que aquellos niños lo habían visto y le indicaron la boca por la que los amigos de Tifón habían conducido aquel féretro hasta el mar. De ahí que en Egipto se atribuya a los niños de corta edad la facultad profética, y se deduzcan presagios de las palabras que pronuncian

65. Chemmis, Panópolis más tarde, gran ciudad del Alto Egipto, célebre por su templo a Perseo y sus juegos gímnicos. Cf. Herodoto, II, 91; Diodoro, I, 18.

66. Coptos es una ciudad de Thebaida, situada al este del Nilo, un poco más allá de Tebas. Cf. Strabonio, XVII, 781, 815; Plinio, V, 9, VI, 23. Era una de las fortalezas y mercados más afamados del Alto Egipto.

cuando juegan en los templos, y que sus labios emiten al azar.<sup>67</sup>

Isis se enteró de que Osiris, enamorado, tuvo comercio con Neftis, su hermana,<sup>68</sup> tomándola por ella equivocadamente. Al encontrar meliloto<sup>69</sup> en la corona que Osiris dejó cerca de

67. «Los egipcios –dice también Eliano, *Nat. Anim.*, XI, 10– pretenden que Apis es excelente adivino. No dejan que las mozas se sienten sobre trípodes cerca de él, como tampoco las viejas; tampoco le dan para que beba brebaje sagrado. Pero todo el que viene a rogar algo a este dios e interrogarle sobre el porvenir, recibe su respuesta por boca de niños que, súbitamente inspirados, juegan en las cercanías del templo y bailan al son de la flauta.» Sobre Apis adivino, cf. Sourdille, *op. cit.* págs. 278-279. Sobre la llamada al concurso de los niños para revelar los secretos del porvenir, Apuleyo, *Apol.*, 43, nos ha dejado estas significativas líneas: «Estoy convencido de que un alma humana, sobre todo las sencillas, como la de un niño, pueden, por mediación de encantos y la embriaguez producida por los perfumes, quedar adormecidas y enteramente aisladas de la consciencia de las cosas de este mundo; e, insensiblemente, olvidando el cuerpo, verse conducidas a su naturaleza, inmortal y divina como se sabe, y que, entonces, como caídos en letargo, pueden presagiar el porvenir». Tal vez esta costumbre de servirse de niños para interrogar el porvenir, fue lo que hizo que se acusase a los pitagóricos de inmolar niños para consultar a los dioses Manes. Cf. Cicerón, *In Vatinius*, VI.

68. Neftis, hermana de Isis y esposa de Tifón, es diosa cuyo nombre quiere decir, según afirma Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 134, «la señora del castillo». Es como si dijésemos el reflejo femenino de Tifón, su esposo, no teniendo carácter personal acusado. Así como Tifón es el dios del desierto y de la aridez, Neftis personifica las pendientes áridas que la inundación no alcanza, y, según Plutarco, párrafo 38, las bajas tierras de Egipto que limitan el mar. Esta diosa se lamentó con Isis sobre el cuerpo de Osiris ayudándola a enterrar a su esposo.

69. Cuando el Nilo, dice Plutarco, párrafo 38 de ese tratado, se sale de su lecho y riberas desbordándose, pasa y franquea el extremo límite de la tierra árida que representa Neftis; los egipcios llaman a esta salida insólita unión íntima de Osiris y Neftis, unión que revelan las plantas que se ve que aparecen entonces, entre las cuales figura el meliloto.

Neftis, testimonio evidente de su unión, Isis comenzó a buscar al niño, a quien la madre, por temor a Tifón, ocultó tan pronto le dio a luz. Guiada por perros, lo encontró después de grandes y difíciles penalidades. Se encargó de alimentarle, y este niño que llevaba por nombre Anubis,<sup>70</sup> se convirtió en su acompañante y guardián. Se dice que fue destinado a guardar a los dioses, de la misma manera que los perros guardan a los hombres.

**15** Poco después fue avisada Isis de que el cofre, flotando sobre el mar, había llegado al territorio de Byblos<sup>71</sup> y que las olas lo habían deslizado suavemente hasta el pie de un tamarisco. Dicho arbusto desarrolló en poco tiempo un magnífico y activo crecimiento, abra-

70. El dios-perro *Anoupou* o Anubis era el dios local de Cynópolis, ciudad del Alto Egipto. Según Lepage Renouf, *Hibbert Lectures*, personificaba «el comienzo de la oscuridad que sigue inmediatamente a la desaparición del Sol entre perro y lobo». Plutarco nos dirá más adelante, párrafo 38, que Anubis personifica el horizonte por donde sale el Sol, lo mismo que aquél por el que se oculta. En la leyenda osiriana, tras haber ayudado Neftis a Isis a enterrar a Osiris, se le concibió como divinidad funeraria. Era *el que abre los caminos*, asistiendo a la operación de pesar el corazón. En este aspecto se parecía a Hermes psicopompo o conductor de las almas, entre los griegos. Cf. Sourdille, *op. cit.*, pág. 394, nota 2; P. Virey, *La relig. del Ant. Egipto*, págs. 168-169.

71. Byblos es una ciudad de Fenicia, célebre por su culto a Adonis, dios que, como Osiris, moría para resucitar. El cofre que contenía el cadáver destruido de Osiris llegó junto a un brezo, un tamarisco, según se cree. Sobre la influencia que haya podido ejercer el mito de Adonis sobre el de Osiris, relación afirmada por el hecho que Adonis, precipitado en el mar en Alejandría era aquel cuya cabeza se recogía algunos días después en Byblos. Cf. F. Lenormant, *Las primeras civilizaciones*, t. I, págs. 390 y ss. Véase también Luciano, *Sobre la diosa siria*, 9, y Lefébure, «Osiris en Byblos», en *Sphinx*, t. 5 y 6.

zó dicho cofre, creció a su alrededor y lo ocultó en el interior de su tronco.<sup>72</sup> El rey de aquellas tierras, maravillado por el desarrollo de aquel arbusto, ordenó que cortasen su tronco, que contenía aquel cofre invisible, e hiciesen con él una columna para sostener el techo de su palacio. Sabedora de este hecho por mediación de un viento divino, según se dice, Isis partió para Byblos. Al llegar se sentó desfallecida y anegada en llanto al lado de una fuente, sin dirigir la palabra a nadie, pero cuando acertaron a pasar las damas de la reina las saludó, les habló con benevolencia, se ofreció a trenzar sus cabellos y a impregnarles el cuerpo con el admirable perfume que exhalaba su propia persona. Cuando la reina volvió a ver a sus jóvenes damas, se vio acometida por el deseo de saber quién era aquella extranjera, gracias a la cual sus cabellos y cuerpo desprendían perfume de ambrosía. Ordenó que fuesen a buscarla, haciendo de ella su íntima amiga, nombrándola nodriza de su hijito. El rey de aquel país se llamaba, según se dice, Malcandro.<sup>73</sup> El nombre de la

---

72. Sobre esta parte de la leyenda de Osiris, contada por Plutarco, cf. Th. Devéria, «Sobre un bajorrelieve egipcio relativo a los textos de Plutarco», *Bibl. Egypt.*, t. IV, «Memorias y fragmentos», t. II, págs. 122-126. Véase también el interesante artículo titulado «El país de Negauou, cerca de Byblos, y su dios», de Pedro Montet publicado en *Seria*, t. IV, 1923. Pudiera darse el caso que el árbol que cubrió el cofre de Osiris fuese un pino, como hace presumir este autor.

73. Este rey Malcandro, en cuya morada residió Osiris entre el instante de su muerte y el momento en que Isis le halló para devolverle la vida, parece ser, según Isidoro Lévy, el maestro de Hades, el fenicio. «Malcandro —dice en la *Revista Arqueológica*, junio-julio, 1904, pág. 388— es Malk-Addir, el rey poderoso que manda en el reino de los muertos, cuya temible persona solamente se designa empleando una perífrasis evocadora.» Véase también E. Lefébure, en *Sphinx*, t. V-VI, «Osiris en Byblos».

reina era, según unos, Astarté, mientras otros la llamaban Saosis, y otros Nemanus, palabra que los griegos tradujeron por Atenais.<sup>74</sup>

**16** Para lactar al niño, en lugar de acercarle el seno, Isis metía un dedo en su boca.<sup>75</sup> Durante la noche quemaba cuanto de mortal contenía su cuerpo. Dícese, asimismo, que a veces Isis se convertía en golondrina y volaba gimiendo alrededor de la columna que sustentaba el techo. Esto duró hasta que la reina, que espiaba a la diosa como pasatiempo, lanzó agudos gritos al ver que quemaba a su hijo, y privó a este último del privilegio de la inmortal-

74. Astarté, tanto en Byblos como en Sidón era particularmente venerada como diosa protectora de estas ciudades. De este modo se aproximaba o podía compararse a Athena Poliada, cuya virtud tutelar se extendía no sólo a la ciudad de Atenas, sino a todas las formas de actividad de sus habitantes. Para Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. II, pág. 571, Nemanous debiera parecerse a la diosa hermopolitana Nahmaouit, variedad de Hathor, cuyo nombre significa, según este mismo autor, t. I, pág. 104, *la que arranca el mal*; y Saosis, también según Maspero, *op. cit.*, pág. 104, t. I, y *Estudios de mitología*, t. II, pág. 247, debía ser la diosa Iousasi, esposa de Toumou, creador del cielo y de la tierra; su nombre significa, como Plutarco nos dice al tratar del de Athena, «viene», «crece». En fenicio, el nombre de Nemanous viene de una raíz que significa «guardar», «proteger», «conservar». En Saosis podemos descubrir también la raíz *sao*, que en griego significa «conservo», «guardo». Si así es tal vez habría que considerar, como hace Champollion-Figeac, *Egipto antiguo*, pág. 249, en el nombre de esta compañera de Thot, o de Nemanous, *la que preside la conservación de los gérmenes*, cosa que puede atribuirse tanto a Astarté, la fenicia, como a la diosa Isis, con la cual fue identificada, ¿no parece así?

75. Al poner Isis el dedo en la boca del niño dándoselo a chupar, efectuaba un antiguo rito de adopción. Cf. Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. II, págs. 487-488, 571; Isidoro Lévy, *art. cit.*

dad.<sup>76</sup> Entonces Isis, descubriendo su calidad de diosa, pidió la columna que soportaba el techo, desprendiendo, sin esfuerzo alguno, aquel tronco de tamarisco y cortándolo; luego lo cubrió con una fina tela, lo ungió con perfumada esencia y lo confió a manos del rey y de la reina. Este trozo de madera, encerrado en el templo de Isis, es aún hoy día objeto de veneración para los habitantes de Byblos. Tan pronto halló el féretro, se dejó caer la diosa sobre él sollozando de modo tan agudo, que el más joven de los hijos del rey quedó como muerto. Secundada por el mayor de ellos, colocó el féretro sobre un navío y se lo llevó. Pero, como sobre el río Fedros soplabla al rayar el alba un viento más violento que de costumbre, la diosa, irritada, desecó su lecho.<sup>77</sup>

---

76. La leyenda de Isis, tal como la relata Plutarco, tiene muchos puntos de semejanza sorprendente con la que nos canta el himno homérico a propósito de Deméter. En ella se nos dice que cuando Deméter se enteró del rapto de su hija Coró, «sintió agudo dolor en el corazón; rasgó con sus manos las cintas que ceñían sus cabellos; echó sobre sus hombros un velo oscuro y se lanzó como un pájaro sobre la tierra que nos nutre y sobre las olas en busca de su hija». Para encontrarla soportó mil males la diosa errante, la madre dolorida. Finalmente, consintió detenerse y reposar en el palacio de Keleos. Metanira, esposa de Keleos, confió su hijo Demofon a Deméter. El niño creció «como un dios, sin alimentarse de pan ni de leche». Su divina nodriza le ungió con ambrosía, y, teniéndolo en sus brazos, le enviaba su sopro suave. Durante la noche le ocultaba en el fuego, como una brasa. Llegó un día en que Metanira observó que Deméter ponía a su hijo entre las llamas; espantada, quitó a su hijo de manos de su nodriza, y, sin quererlo, le privó del privilegio de la inmortalidad, porque la llama en que Demofon era depositado todas las noches, de acuerdo con la idea del mito de la hoguera de Heracles y de la leyenda de Isis, debía purificar al niño de sus elementos terrenales y hacerle inmortal. Sobre las aportaciones griegas, sirias y fenicias que elaboraron la leyenda de Isis, tal como la relata Plutarco, cf. Wellmann, *Hermes*, XXXI, 1906, págs. 250 y ss.

77. El Fedros es un río que pasa por el sur de Byblos. Hoy se le llama *Ouadi-Fédar*. Cf. P. Montet, *art. laud.*, pág. 192; E. Renán, *Misión de Fenicia*, págs. 222, 284, 295.

**17** En el primer lugar desierto que halló en su viaje, cuando se creyó absolutamente sola, Isis abrió el cofre. Aplicó su rostro sobre el de Osiris, le besó y lloró. Pero el hijo del rey iba en pos de ella observándola en silencio. Isis le vio al volverse, lanzándole a causa de su cólera tan terrible mirada que aquel niño al no poder soportar tal terror murió en el acto. Hay quien asegura que murió de un modo muy distinto, afirmando que aquel niño cayó al mar a consecuencia de las circunstancias citadas.<sup>78</sup> De todos modos, lo cierto es que por la diosa recibe grandes honores, porque él es a quien los egipcios celebran en sus festines dándole el nombre de Maneros. También hay quien pretende que dicho niño se llamaba Palestinos o Pelusios, y que la diosa dio su nombre a la ciudad fundada por ella.<sup>79</sup> Dícese asimismo que este Maneros, cantado por los egipcios, fue el creador del arte de la música.<sup>80</sup> No deja de haber también quienes dicen que el nombre de Maneros no designa a nadie, que sólo es una palabra empleada por los hombres que beben, y acostumbrada en los banquetes para decir: «Hágase todo entre nosotros con medi-

78. Plutarco, en el párrafo 8 de este tratado, nos ha dicho que este *hijo de leche* de la diosa Isis, este hijo de Malcandro y Astarté, en cuya corte se introdujo la diosa para buscar a Osiris, «cayó en el río y en él se ahogó queriendo coger unas cebollas».

79. Pelusa es una ciudad situada en el Bajo Egipto, en la orilla este de la desembocadura más oriental del Nilo, llamada boca Pelusiaca; ciudad fronteriza muy fortificada; era la llave de Egipto por el noroeste.

80. Maneros, dice Herodoto, II, 79, es el nombre del único hijo de su primer rey; murió prematuramente y el pueblo le honró con una lamentación que se cantaba no sólo por los egipcios, sino también por los fenicios, los chipriotas y los griegos, que la llamaban *linos*. Cf. Athénea, XIV, 6. Sobre el origen de este canto de condolencia, cf. P. J. de Horrack, «Las lamentaciones de Isis y Neftis», pág. 39, en *Obras diversas, Bib. Egypt.*, t. XVII. Véase también Maspero, *Estudios de mitolog. y arqueol. egip.*, t. III, págs. 402 y ss., y Lefébure, «El primer rey de Egipto», en *Sphinx*, t. III, págs. 67-68.

da y oportunidad». Ése es, según se afirma, el sentido que los egipcios dan a esa palabra cuantas veces la pronuncian. Por eso será sin duda por lo que los egipcios muestran a los invitados, haciéndola llevar alrededor de la mesa, la figura de un hombre muerto, colocada en un féretro; no es, como algunos suponen, como recuerdo del trágico fin de Osiris, sino para exhortar a los que beben a aprovechar el tiempo y a gozar del presente, ya que muy pronto todos se convertirán en lo que es aquel muerto, por ello introducen a aquel desagradable invitado.<sup>81</sup>

**18** Antes de emprender su camino para dirigirse en busca de su hijo Horus, que fue educado en Buto,<sup>82</sup> Isis depositó el cofre de Osiris en un lugar apartado. Pero Tifón, una noche que iba de caza a la luz de la Luna, lo halló, reconoció el cuerpo, lo cortó en catorce trozos y los dis-

81. «En el banquete de los ricos —dice Herodoto, II, 78— cuando la comida ha acabado, se presenta un hombre que trae y enseña un féretro, dentro del cual se halla la imagen de madera de un cuerpo muerto imitado perfectamente por el escultor y el pintor, y de uno o dos codos de longitud. Este hombre, al enseñarlo a cada uno de los invitados, dice: “Mira a éste, bebe y regocíjate; tú serás así cuando mueras”.» Esta invitación a gozar del presente está de acuerdo con las ideas de Plutarco; al explicar más tarde (párrafos 60-64) el simbolismo del mito de Isis y Osiris, desarrollará con mayor extensión. Para unirse con inteligencia al movimiento de las cosas, no hay que preocuparse demasiado del día de mañana, ni añorar en demasía lo que nos aportó el de ayer, sino aceptar de buen grado lo que las Horas nos traen enviado por la Providencia que gobierna el mundo, y aceptarlo con satisfacción y alegría. Sobre esta costumbre, que pasó a los romanos, cf. Petronio, *Satiricón*, 34. Véase también Plutarco, *Banquete de los siete sabios*, 2.

82. Buto es una ciudad del Bajo Egipto, cercana a la boca benéfica del Nilo. Cf. Herodoto, II, 155-156. El nombre de esta ciudad significa la casa, la localidad de Uto, o Outit, diosa egipcia que los griegos confundieron con Leto. El hijo de Isis, Horus, se educó en ella. Isis lo había confiado a Outit para sustraerlo a las emboscadas de Tifón y guardarle mientras continuaba la busca del cofre. Cf. Sourdille, *Herodoto y la religión de Egipto*, pág. 78.

persó a todos los vientos.<sup>83</sup> Informada Isis de lo que había ocurrido, partió en su busca en una barca hecha de papiros y recorrió las marismas. Desde entonces, los que navegan en esquifes de papiros,<sup>84</sup> no se inquietan de los cocodrilos, ya sea porque esos animales les teman, ya sea porque Zeus los obliga a respetar a la diosa. Por ello muchos sepulcros pasan en Egipto por contener a Osiris, pues Isis levantaba una tumba en todo lugar sobre el que hallaba un trozo de cadáver. Ciertos autores no admiten esa leyenda, y, según ellos, Isis modelaba imágenes con todos cuantos trozos hallaba, dándolas sucesivamente a cada una de las ciudades, como si hubiera dado el cuerpo entero. También quería que Osiris recibiese todos los honores posibles, y que Tifón, si llegaba a vencer a Horus, se equivocase al buscar el verdadero sepulcro de Osiris, engañado por la diversidad de todo cuanto pudiese decirse o indicársele.<sup>85</sup> La única parte del

- 
83. Según Diodoro de Sicilia, I, 21 y IV, 6, «Tifón destruyó a Osiris en veintiséis pedazos, que distribuyó entre sus cómplices con objeto de que todos ellos sintiesen odio común y asegurarse de este modo defensores de su reinado».
84. Sobre los diferentes usos del papiro que servía de alimento, y para hacer papel y calafatear las juntas de las tablas de acacia destinadas a la construcción de barcas. Cf. Herodoto, II, 92, 96; Diodoro de Sicilia, I, 80. Las barcas de pequeño tamaño se hacían de papiro trenzado, cf. Lucano, IV, pág. 136; Juvenal, XV, págs. 127-128.
85. Para ocultar la tumba de su marido, dice Diodoro, I, 21, y hacer que le venerasen todos los habitantes, Isis hizo lo siguiente: «Envolvió cada una de sus partes en una figura de cera y aromas, parecida en magnitud a Osiris, y convocando a todas las clases de sacerdotes una tras otra, les hizo jurar el secreto de la confidencia que iba a depositar en ellos. Anunció a cada una de dichas clases que le había confiado preferentemente el sepulcro de Osiris, y, recordando sus beneficios, les exhortó a que diesen sepultura al cuerpo en sus templos, a que venerasen a Osiris considerándolo como dios, a consagrarle uno de sus animales, cualquiera de ellos, a honrar a dicho animal mientras viviese, como a Osiris en otro tiempo, y a rendirle los mismos honores cuando muriese y tras su muerte». Traducción de Hoefler.

cuerpo de Osiris que Isis no pudo hallar fue el miembro viril. Tifón se lo arrancó, lo tiró al río, y se lo comió el lepidoto, el pagro y el oxirrinco;<sup>86</sup> de aquí el horror inspirado por dichos peces. Para reemplazar el miembro, Isis hizo una imitación, consagrando la diosa de este modo el Falo, cuya fiesta celebran todavía los egipcios.<sup>87</sup>

**19** Más tarde, cuando Osiris regresó de los Infiernos, emprendió la tarea de aguerrir a Horus y adiestrarle para el combate. Finalmente, le preguntó qué acción consideraba más bella entre todas, y Horus le contestó: «La de vengar al padre y a la madre, cuando han sido indignamente tratados». Tras esta réplica, Osiris le interrogó nuevamente, rogándole que le dijese cuál era el animal que consideraba más útil para los que entran en combate. Horus contestó que era el caballo. Y Osiris, extrañado, no podía explicarse por qué no

---

86. Puede ser que, en esta alegoría de Osiris, privado de los atributos de su sexo, como Urano y Adonis, cerca de las fuentes y los ríos, y cuya sangre y semilla se mezclan con las aguas, hay que comprender la supervivencia mítica de un antiguo rito de fecundación.

87. Diodoro dice también, I, 22: «Como Isis no pudo hallar las partes sexuales de Osiris, hizo construir una imagen en los templos, y le atribuyó culto particular en las ceremonias y sacrificios que se efectúan en honor de este dios. Por eso los griegos, que tomaron de los egipcios las orgías y fiestas dionisiacas, sienten gran veneración por el Falo en los misterios e iniciaciones de Baco». Y Diodoro continúa diciendo, I, 88: «También muchas otras naciones consagraron en sus mitos el órgano de la generación... De esta manera rinden homenaje al principio fecundante». Sobre las estatuillas itifálicas que paseaban las mujeres egipcias, cf. Herodoto, II, 48. Si se honraba al Falo de esta manera, es porque la generación, cuyo órgano es el Falo, nos liga al movimiento que tiene su principio en el deseo de la generación, y la generación, dice más abajo Plutarco, 80, es la manifestación por mediación del movimiento, de las razones que residen en la impenetrabilidad e invisibilidad de la inteligencia divina.

había citado al león en lugar del caballo. Horus respondió: «Porque el león es útil cuando nos hallamos necesitados de defensa, pero el caballo sirve para dispersar al enemigo y exterminarlo cuando emprende la fuga». Encantado Osiris por estas contestaciones, consideró que Horus estaba suficientemente preparado para el combate. Además, se afirma que entonces comenzó a pasar sucesivamente una muchedumbre de egipcios como tránsfugas a las líneas de Horus, y que Tueris, la concubina de Tifón, les siguió. Como vieran los partidarios de Horus<sup>88</sup> que una serpiente seguía a dicha concubina, cortaron en trozos al animal, y, como recuerdo de aquel hecho, actualmente lanzan entre sus filas un trozo de cuerda que cortan en pedazos. Se trabó gran combate, que duró varios días, combate que terminó con la victoria de Horus. Tifón, amarrado, fue entregado a Isis, pero la diosa no quiso que pereciese; le desató y le concedió la libertad. Horus fue preso de gran indignación, y, poniendo las manos sobre su madre, le arrancó la diadema real que ostentaba sobre su frente. Entonces Hermes, para reemplazar dicha diadema, puso sobre su cabeza un casco en forma de cabeza de vaca. Tifón inició un proceso contra Horus preten-

---

88. Horus es el Sol como montado sobre un corcel. Venga el insulto de Tifón, que haciendo disminuir el agua del Nilo, causó a Osiris, y mata, de la misma manera que Apolo, en su lucha contra Phyton, la serpiente que simbolizaba las sinuosas exhalaciones mefíticas que ascendían saliendo de los limos que desecaba. La concubina de Tifón, Tueris, parece que sea en este trozo aquella reina de Etiopía llamada Aso, que secundó a Tifón en su conjura contra Osiris. Personifica ella los ardientes vientos del sur. Pero como en otoño, al despertar los vientos etesios, los del sur beneficiaban a los egipcios, por favorecer la retirada de las aguas y permitir la siembra de las tierras, se explicaba este feliz cambio debido a defección por parte de Tueris. Según Sourdille, *op. cit.* pág. 189, Tueris, la concubina de Tifón, debe ser el mismo nombre que Toorit, aplicado a la diosa-hipopótamo. Plutarco dice, párrafo 50, que el hipopótamo era un animal tifoniano. Para Horapolo, la serpiente es emblema del Tiempo.

diendo que era bastardo, pero con ayuda de Hermes, Horus fue declarado legítimo, venciendo a Tifón nuevamente en otras dos batallas.<sup>89</sup> En cuanto a Isis, con quien Osiris tuvo comercio después de muerto, dio a luz, antes del tiempo debido, a un niño débil de piernas, que recibió el nombre de Harpócrates.<sup>90</sup>

**20** Ésos son los hechos principales del relato. De él he suprimido los incidentes más odiosos, tales como el desmembramiento de Horus<sup>91</sup> y la decapitación de Isis.<sup>92</sup> En efecto, si tales ficciones basadas en una naturaleza feliz e imperecedera, pues así conviene ante todo representar-

---

89. Sobre este proceso y este juicio, cf. Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 177. Sobre las luchas de Horus y Tifón, cf. Naville, «textos relativos al mito de Horus».

90. Hijo de Isis y Osiris; Harpócrates era Horus niño, el Sol naciente, que representaban los egipcios, según Plutarco, párrafo 11 de este tratado, como un niño recién nacido saliendo de un loto. Plutarco, *op. cit.*, párrafo 65, dice también, que personificaba los gérmenes que comienzan a brotar. Para otros, Harpócrates es el Sol debilitado del invierno. Su lucha con Tifón parece simbolizar el Sol naciente que disipa las sombras de la noche. Se le representaba con los atributos convencionales de la infancia: la trenza de cabellos sobre la oreja y el dedo en la boca. Los griegos lo imaginaron con un dedo sobre la boca, es decir, ante los labios, haciendo de él, como dice Plutarco, párr. 68 de este tratado, un símbolo de discreción y silencio. Harpócrates simbolizaba las incesantes renovaciones de la vida, la eterna juventud, todo cuanto rejuvenece perpetuamente debido a las alternativas de la vida y la muerte. Cuando Isis se trocó en Afrodita, Harpócrates fue asimilado a Eros.

91. Diodoro de Sicilia, I, 25, dice: «Horus fue muerto por los Titanes; fue encontrado por su madre en las aguas y le devolvió la vida». Sobre la descuartización de Horus, cf. Lefébure, *El mito osiriano*, sec. I, «Los ojos de Horus», págs. 60 y ss.

92. Isis desencadenó y libertó a Tifón; entonces su hijo Horus la decapitó para castigarla; pero Hermes o Thot, la transformó dándole cabeza de vaca. Cf. Bourdille, *Herodoto y la relig. de Egipto*, pág. 80. Por eso se la identificó con Hathor, la Afrodita egipcia.

nos la naturaleza de la divinidad, se exageran y narran como hechos verdaderos, no tengo necesidad de decir, ¡oh Clea!, que, según la expresión de Esquilo, «hay que rechazarlos escupiendo y enjuagarse después la boca». Tú misma, estoy seguro, sentirás aversión contra cuantos tienen sobre los dioses opiniones tan extravagantes y bárbaras. Tampoco necesito decirte que el relato que acabo de hacerte no se parece por entero a esas fábulas inconsistentes, a esas inventivas huecas que tanto los poetas como los prosistas engendran como las arañas, extrayéndolas de su imaginación y tejiéndolas y extendiéndolas sin principio básico alguno. Pero muy bien sabes que contiene accidentes reales y ciertos hechos verdaderos. Y, de la misma manera que afirman los matemáticos que el arco iris es imagen del Sol diversamente coloreado y matizado por la reflexión de sus rayos en las nubes, el mito que acabo de narrarte es la imagen de cierta verdad que refleja un mismo pensamiento en diferentes ambientes, como nos lo dan a entender esos ritos impregnados de luto y tristeza aparente, esas disposiciones arquitectónicas de los templos cuyas diversas partes se desarrollan en libertad, en libres explanadas expuestas a la luz del día algunas de las veces, ocultándose otras bajo tierra y extendiéndose en las tinieblas y presentando una sucesión de salas en las que se viste a los dioses, recordando al mismo tiempo las casas y las tumbas.<sup>93</sup> Eso es asimismo lo que nos manifiesta, aunque no con tanta evidencia, la reputación de las tumbas de Osiris, pues se dice que su cuerpo está enterrado en varios lugares. No obs-

---

93. Sobre las criptas de los templos egipcios, y especialmente sobre las de Denderah, cf. Mariette, *Denderah*, texto, págs. 227-228. Únicamente los sacerdotes conocían su entrada; en ellas se depositaban estatuas hechas de materia preciosa, perfumes. Cf. Maspero, *La arqueología egipcia*, pág. 73. Sobre las disposiciones arquitectónicas de los templos, cf. *ibídem*, págs. 69-71, 85-86.

tante, se cita una pequeña ciudad, llamada Dioquitos,<sup>94</sup> como el lugar que contiene su verdadera tumba. Por otra parte, los más afortunados y poderosos de entre los egipcios son enterrados preferentemente en Abydos,<sup>95</sup> porque es un honor para ellos que se les sepulte en las cercanías del sepulcro que guarda el cuerpo de Osiris. En Memfis, en donde se alimenta al buey Apis, imagen del alma de dicho dios, se dice también que allí reposa su cuerpo, y esta ciudad, según pretenden algunos, significa «Puerto de todos los Buenos»; hay otros que la llaman adecuadamente «Tumba de Osiris».\* Se dice asimismo que cerca de Filae<sup>97</sup> hay una islita impenetrable para todo el mundo y absolutamente inaccesible; en ella no se posan jamás las aves, y los peces nunca se aproximan a sus riberas. Sin embargo, en cierta época determinada, penetran los sacerdotes en el agua para dirigirse a ofrecer en ella sacrificios fúnebres, coronar la tumba que en ella se encuentra y que sombrea una planta de metida,<sup>98</sup> cuya altura supera a la de cualquier olivo.

94. Dioquitos, dice Esteban de Bizancio, es un burgo de Egipto en el que se halla enterrado Osiris.

95. Virey, en *Relig. del Ant. Egipto*, pág. 162, dice: «Había en Egipto varias tumbas de Osiris, tantas cuantos trozos hizo Set, su matador, de su cuerpo despedazado. Pero cerca de la tumba de Abydos es precisamente el lugar en que gran número de hombres piadosos egipcios deseaban que se les enterrase, o al menos que se les representase cuando muriesen, por medio de un obelisco. En Abydos es donde se conservaba la cabeza de Osiris».

96. El nombre de Memfis, *Minnofirou*, dice Maspero, *op. cit.*, t. I, pág. 234, significa «el buen asilo», el Puerto de todos los Buenos, el sepulcro en que los muertos felices venían a reposar cerca de Osiris. Cf. Lefébure, «El primer rey de Egipto», en *Sphinx*, t. III, págs. 73-74.

97. Filae es una isla que forma el Nilo precisamente encima de la primera catarata, en la frontera sur de Egipto del lado de Etiopía. La islita de que nos habla ahora Plutarco se llamaba, según dice Diodoro, I, 22, *Campo sagrado*. Se dice que Osiris estaba enterrado allí. Cf. Servius, *Ad «Aeneid.»*, VI, 154; G. Bénéditte, «El templo de Philae».

98. Planta desconocida. La tumba de Osiris estaba, generalmente, sombreada por un árbol.

**21** Cuando Eudoxio dice que son numerosas en Egipto las tumbas que pasan por ser la de Osiris, afirma que su cuerpo está enterrado en Busiris,<sup>99</sup> porque esta ciudad está considerada como patria de aquel dios. Pero no se requiere demasiada sabiduría para demostrar que su tumba está en Tafosoris,<sup>100</sup> porque el nombre mismo de esta ciudad significa «Sepulcro de Osiris». Omito los detalles de la costumbre de cortar leña, romper lino y libar copiosamente, porque a dichos usos se encuentran ligadas numerosas explicaciones místicas.<sup>101</sup> Desde luego, no sólo los sacerdotes de Isis y de Osiris, sino también los de las otras divinidades que no son ni increadas ni incorruptibles, dicen que los cuerpos de esos dioses, tras las fatigas de la existencia, están enterrados cerca de ellos y son honradas por ellos, pero que sus almas brillan en los astros del cielo. Añaden que el alma de Isis es llama-

99. Busiris es una ciudad del Bajo Egipto, construida en medio del Delta, sobre la orilla occidental del Nilo. «En esta ciudad —dice Herodoto, II, 59— estaba el mayor templo de Isis.» Busiris es la antigua ciudad en la que reinó feudalmente Osiris. Su nombre significa «la localidad, la casa de Osiris». Cf. Sourdille, *op. cit.*, pág. 71.

100. Se conocen dos Tafosoris, una de ellas, *Taphosoris parva*, al norte de Alejandría, cerca del mar; la otra, *Taphosoris magna* al sudeste de Alejandría, hacia el interior. Cf. Estrabón, 799-800; Esteban de Bizancio, s. v. *Taposoris*.

101. Sobre esta costumbre, cf. Lefébure, *El mito osiriano*, sec. I, «Los ojos de Horus», pág. 197. Este autor cree que esta ceremonia era aquella en que, durante una fiesta en honor de Isis, se cortaba un pino cuyo corazón se reemplazaba por una estatua de Osiris, hecha de la misma madera. Plutarco la pasa en silencio, puesto que no habla nunca de los ritos funerarios, como Herodoto. Únicamente podemos citar sobre esto en su tratado una sola alusión, al final del párrafo 28, relativa al nombre de Osiris, que se daba a los difuntos. Como figura entre el secreto de los Misterios, se adivina a medida que se lee.

da por los griegos la Estrella del perro, y Sohis<sup>102</sup> por los egipcios; que la de Horus se llama Orión, y que la de Tifón es la Osa Mayor.<sup>103</sup> En lo que respecta a las tumbas de los animales sagrados, todas las tribus egipcias contribuyen con una parte a su edificación; únicamente aquellas que habitan la Tebaida son las que nada dan, por no reconocer ninguna divinidad mortal, y el dios a quien llaman Knef,<sup>104</sup> es considerado por ellas como increado o imprecadero.

**22** Dado que los relatos y monumentos de esta clase son numerosos, algunos autores han creído que habían sido imaginados para conservar el recuerdo de las grandes acciones de sus reyes o príncipes que, por su eminente virtud y gran poder, alcanzaron la gloria de la divinidad, cayendo luego, abandonados por la suerte, en terribles desgracias. Así esquivan cómodamente la dificultad del relato,

- 
102. «Entre los egipcios —dice Porfirio, *De Ant. Nym.*, 24— el signo bajo el que comienza el año, no es Acuario, sino Cáncer, porque cerca de Cáncer está la estrella Sothis que los griegos llaman Estrella del perro.»
103. Para los egipcios, los astros eran *lámparas* encendidas en el firmamento. Concebían a los dioses-estrellas de la misma manera que ciertos padres de la Iglesia concibieron a los ángeles encargados de conservar las luces del firmamento: eran dioses *lampadophoros*. Cf. Letronne, «Sobre las opiniones cosmográficas de los Padres de la Iglesia», en sus *Obras escogidas*, 2.<sup>a</sup> serie, t. I, págs. 400 y ss.
104. *Knef*, *Kneph*, *Knouphis*, en egipcio *Khnounou*, es una de las más antiguas divinidades de Egipto. Dios de Elefantina y de las cataratas, guardaba en la frontera meridional de Egipto la entrada de los países bárbaros. Dios creador o demiurgo, se le llamaba fabricante de los hombres y de los dioses; era un modelador del mundo. Generalmente se le representaba con cabeza de carnero padre. Cf. Maspero, *Estudios de mitología*, t. II, págs. 273-275; P. Virey, *La relig. del Ant. Egipto*, pág. 174; Daressy, «Himno a Khnoum», 8, 25, 26 en *Recopilación de los trabajos*, vol. XXVII; Eusebio, *Praep. Evang.*, III, II, 125.

narrando con habilidad, atribuyendo a los hombres todo lo que no sería honroso para los dioses, sirviéndose de la ayuda que les ofrecen los relatos de los historiadores. En efecto, los egipcios pretenden que Hermes nació con un brazo más corto que el otro, que Tifón era rojo, que Horus era blanco y Osiris negro, como si estos dioses hubiesen sido hombres por naturaleza. También designan a Osiris con el nombre de estrategia, y a Canopus,<sup>105</sup> de quien derivó su nombre el astro así llamado, según ellos, con el de piloto. Pretenden, además, que la nave llamada *Argos*<sup>106</sup> por los griegos es imitación de la barca de Osiris, y que para honrar a este dios, ha sido situada entre los astros y conducida cerca de Orión y de la Canícula, dos constelaciones que los egipcios consideran consagradas a Horus la primera y a Isis la segunda.<sup>107</sup>

- 
105. Canopus fue el piloto de Menelao. Cuando este héroe volvió de Troya, Canopus le acompañó a Egipto. Murió a causa de la mordedura de una serpiente, dando su nombre a la ciudad de Canope y a la estrella de primera magnitud, Canope, de la constelación austral del navío *Argos*. Rufino, *Eccl. Hist.*, II, 26, parece haber tomado por estatuas de un dios los jarrones o vasos panzudos con cabeza de divinidad llamados vasos *canopes*, que servían en esta ciudad para filtrar el agua del Nilo. Para otros, Canopus, imagen de Osiris, identificada con el agua del Nilo, debió de ser divinidad de las aguas.
106. *Argos* es el nombre de la nave, construida por Athena, que sirvió a los argonautas para llevarles a la conquista del Toisón de Oro. A la vuelta de su expedición, este navío se transformó en constelación.
107. Orión, según Maspero, *Estudios de mitología y Arqueología egipcias*, t. II, pág. 17, no estaba consagrada a Horus, sino a Osiris. Maspero continúa diciendo: «Los textos y cuadros establecen claramente que el dios de los Muertos, Osiris, fue concebido como estrella-Orión, y los muertos, sus súbditos, como otras tantas estrellas, las *indestructibles*, las *inmutables*. Este concepto se desprende, naturalmente, de la idea misma que de Osiris se tenía. En efecto, Osiris es, por definición, el hijo de la Tierra y del Cielo. A su muerte, estos dos generadores compartieron su ser: el cuerpo quedó en la Tierra y el alma fue al Cielo». *Op. cit.*, t. II, pág. 19.

23 Pero al adoptar tal explicación temo remover lo que no debe removerse y *declarar la guerra* no solamente, según la expresión de Simónides,<sup>108</sup> *a una larga serie de siglos, sino a un sinnúmero de razas de hombres*, a múltiples familias sólidamente unidas a sus divinidades por sus sentimientos religiosos. Temo me falte poco para hacer descender del Cielo a la Tierra hombres tan venerables, temo llegar a desnaturalizar y destruir una creencia y un culto arraigados a partir del origen de los tiempos en el corazón de casi todos los hombres; temo abrir de par en par las puertas a todo un pueblo de ateos, reducir los seres divinos a la medida humana y procurar patente aprobación a los alegatos falaces de aquel Evehemero de Mesina,<sup>109</sup> pues

---

108. Sobre este fragmento de Simónides, cf. Bergk, 3, pág. 522. Lo que no debe dislocarse, dice Plutarco, *Amatorius*, 12, es la fe de nuestros padres, la antigua fe, que es el fundamento, la base común de la piedad.

109. Evehemero de Mesina, de la escuela cirenaica, floreció probablemente hacia el año 300. Nada se sabe de cierto sobre la vida de este filósofo, excepto que fue el autor de una *Historia sagrada* en la que trató de aclarar los mitos históricamente, pretendiendo reconstruir la historia humana de todos los dioses griegos, y demostrar que aquellos a quienes se adoraba eran solamente reyes conquistadores, o bienhechores, divinizados por el temor o la admiración. Diodoro, en un fragmento del libro XVII de su historia, citado por Eusebio, *Praep. Evang.*, II, 2, 52 y ss., dice que Evehemero, amigo de Casandro, rey de Macedonia, fue obligado, estando al servicio del mismo, a emprender largos viajes, que llegó hasta muy lejos al sur del Océano. Llegó a una isla, Panquea, habitada por los panqueos. En la cúspide de una elevada colina, halló un vasto y magnífico templo erigido y dedicado a Zeus Trifiliano, y fundado por este mismo dios en épocas en que, siendo simple mortal, reinaba en este mundo y vivía entre los hombres. Había en este templo una columna de oro en la cual se podía ver grabado con caracteres egipcios, o panqueicos, los principales hechos del reinado de Ouranos, Cronos, Zeus. Estudiando dichos monumentos compuso Evehemero su *Historia sagrada*, en la cual, según relata Minucio Félix, Oct., 28, desarrolló el nacimiento de los dioses. Sobre Evehemero, cf. Diodoro, lib. V, 42-46; Lactancio, *Divin. Instit.*, I, II; Plutarco, *De placit. philos.* I, 7; y el tomo II de los *Fragm. philos. graec.*, de Mullach, págs. 431-438, ed. Didot. Véase G. Duméril. «Evehemero y el Evehemerismo», tesis, Tolosa, 1893.

aquel hombre, al escribir una mitología sin base y sin realidad, extendió por todo el haz de la Tierra habitada una total impiedad. Borró de una vez y sin miramiento alguno todos los dioses reconocidos, reemplazando sus nombres por los de los generales, almirantes y reyes que, a su entender, existieron en tiempos remotos cuyos nombres, dice, figuran inscritos en letras de oro en la isla de Panquea. Pero no hay bárbaro ni griego, a no ser Evehemero, que al parecer es el único que ha podido abordar a dichos panqueos y a los trifilios, que ni existen ni han existido jamás en lugar alguno del mundo.

**24** Sin embargo, entre los asirios se glorifican las grandes acciones de Semíramis, así como también se glorifican en Egipto los hechos culminantes de Sesostris. Actualmente los trigios dan el nombre de *manicos* a las hazañas deslumbrantes y dignas de admiración, porque en tiempos pasados vivió entre ellos un rey llamado Manis, a quien otros llaman Masdés, hombre insigne por su virtud y poder. Tanto los persas, mandados por Ciro, como los macedonios bajo las órdenes de Alejandro, llegaron en sus incursiones victoriosas hasta casi pisar los límites de la Tierra. No obstante, dichos jefes no legaron otros nombres ni recuerdo a la posteridad que los de buenos directores. En cuanto a los que, empleando una frase de Platón, «se hinchan de orgullo, entregando su alma, tanto por juventud como por falta de reflexión, a las llamas de las pasiones», aceptaron que se les llamara con nombre de dioses, que se les edificase templos, no llegaron a alcanzar sino una gloria efímera. Con las penas debidas a su vanidad y arrogancia pagaron más tarde las que les valieron su impiedad y desprecio ante las leyes: «Arrastrados por muerte prematura, desaparecieron como el humo».

Hoy, lo mismo que esclavos a quienes se arrastra, han sido arrancados de sus santuarios y derribados de sus pedestales, no disfrutando más que de tumbas y sepulcros. Por eso, Antígono el Viejo, al oírse proclamar en las poesías de cierto Hermodoto

Hijo del Sol y Dios exclamó: «El encargado de traerme y retirar mi evacuatorio, está tan enterado como yo de que tales epítetos no me sientan bien».

También tuvo razón el escultor Lisipo cuando censuró al pintor Apeles por haber realizado un retrato de Alejandro poniendo un rayo en sus manos, pues aquél se contentó con armarle con una lanza diciendo: «Por mucho tiempo que pase no se le arrebatará la gloria que obtuvo con esta arma, ella ha sido su verdadero bien y propiedad».

**25** Es preferible remitirse a aquellos que creen que los relatos de las desdichas de Tifón, Osiris e Isis no son reveses sufridos por dioses, ni por hombres, sino por aquellos grandes genios a quienes Platón, Pitágoras, Jenócratos y Crisipo declaran, de acuerdo con los más antiguos teólogos, estar dotados de naturaleza más vigorosa que la de los hombres.<sup>110</sup> Su considerable poder les sitúa por encima de nuestra condición. El principio divino no existe en ellos y sin

---

110. Para comprender bien lo que Plutarco quiere decirnos sobre este punto, sería bueno, ante todo, recordar cuál fue la definición de Dios que Cicerón atribuye a Pitágoras. Cicerón, *De natura deorum*, XI, 27, escribe: «Dice Pitágoras que Dios es un alma distribuida entre todos los seres de la naturaleza, de cuya alma se originaron todas las humanas». Esta división del alma universal se simbolizaba entre los griegos por el mito de Zagreus y entre los egipcios por el de Osiris. Pero Jámblico dice, *Vit. Pyth.*, 31, que los seres dotados de razón, es decir, aquellos en los que residía una chispa del fuego divino, formaban las siguientes jerarquías: dioses, hombres, y aquellos que se parecían a Pitágoras. Ahora bien, Pitágoras era considerado y llamado *genio*. Los *genios* eran, pues, no sólo intermediarios entre los dioses y los hombres, sino también hombres algunas de las veces. En efecto, el Hombre, según Plutarco, *De facie in orbe lunae*, 27-31, no estaba compuesto solamente de dos partes: el alma y el cuerpo, sino de tres: el cuerpo, *soma*; el alma, *psyché* y la inteligencia, *nous*, que es la parte más divina de nuestro ser. Cuando moría el

mezcla, aunque participan al mismo tiempo de la naturaleza espiritual del alma y de las facultades sensitivas del cuerpo. Están sujetos a los placeres y a los dolores, y todos cuantos afectos son resultantes de estas diversas modificaciones producen más o menos molestias en aquellos que las padecen entre

---

hombre, el cuerpo residía en la Tierra; el alma, si había llevado vida de pureza, podía elevarse hasta las regiones superiores, morando en ellas; pero mientras no hubiese desterrado de ella cuanto la atraía hacia la Tierra, estaba expuesta a volver a recaer en la generación. Las almas de los hombres de tiempos pasados se llamaban *genios* o *héroes*, que continuaban siendo genios aun en el caso de que volbiesen a morar en la Tierra nuevamente, porque entonces animaban a uno de aquellos seres excepcionales que viven en contacto directo con la divinidad. En cuanto a las almas completamente purificadas, quedaban fuera del ciclo de los nacimientos. De este modo, cuando el hombre lograba liberarse por la virtud de todo lo que es perecedero en él, se elevaba a la jerarquía de genio. Su *psyché* le acompañaba siempre; pero también podía, despojándose y purificándose cada vez más de lo perecedero, llegar a una segunda muerte, liberarse de su *psyché*, deshaciéndose definitivamente de su *nous*, convirtiéndose en dios, porque entre los genios, lo mismo que entre los hombres, el vicio y la virtud establecen diferencias. Cf. Plutarco, *De facie*, 944 E; *De defec. orac.*, 415 B y C, y *Vida de Rómulo*, XXVIII. Esta doctrina, esbozada por Hesíodo y desarrollada por Platón, doctrina de la transformación de los hombres virtuosos en genios y de genios en dioses, se halla expuesta en muchos párrafos de los *Libros herméticos*, pero especialmente en el *Poimandrés*, págs. 57-70, y en el *Discurso de iniciación o Asclepios*, págs. 113-172 de la traducción de Luis Ménard. Sobre los genios, espíritus y demonios en la religión egipcia, cf. G. Foucart, *Enciclopedia de religión y ética de J. Hasting*, t. II, art. «Cuerpo», y t. IV, art. «Demonios» (y Espíritus) (Egip). Sobre los genios en Plutarco, cf. O. Greard, *La moral de Plutarco*, págs. 199 y ss.; B. Latzarus, *Las ideas religiosas de Plutarco*, págs. 98-121. Para Evehemero, los dioses son y continúan siendo hombres; para Plutarco, los dioses como Osiris, si fueron hombres, no continuaron siéndolo; se convirtieron en dioses.

ellos. El vicio y la virtud establecen diferencias<sup>111</sup> entre los genios, de la misma manera que las establecen entre los hombres. En realidad, lo que los griegos cantan de las hazañas de los Gigantes y de los Titanes, de ciertos actos inicuos de Cronos, de las empeñadas luchas de Tifón, y tantos otros relatos mitológicos que cada uno de nosotros puede escuchar cómodamente.<sup>112</sup> Otro tanto debe decirse de lo que queda velado en las misteriosas ceremonias, sobre cuanto se guarda secretamente en las iniciaciones y de cuanto se pone al abrigo de las miradas de la muchedumbre.<sup>113</sup>

**26** Con mayor motivo vemos que Homero, cuando habla de los mortales de gran mérito, declara continuamente que «se parecen a los dioses», que «obran como los dioses»; pero cuando emplea la palabra *genios* se sirve de ella para designar indiferentemente a los buenos y a los ma-

- 
111. «Inferiores a los dioses —dice O. Gréard, *op. cit.*, pág. 304— superiores a los hombres, los genios son, lo mismo que el hombre, más o menos virtuosos, según dominen sus pasiones o sean dominados por ellas. Por tanto, hay genios buenos y malos. De aquí su papel y destino.» Ahora bien, la *eudaimonía*, es decir, el arte de hacer que el alma consiga llegar a ser genio bueno, era la felicidad que esperaba el iniciado, el sabio. En el instante de su muerte, dice Platón, *Cratilo*, 398 B, el hombre verdaderamente bueno es llamado a glorioso destino: se convierte en genio. Los ritos funerarios egipcios parece que concurrían también a este fin, contribuyendo luego a conservarnos el favor de aquellos que pasaron al estado de genios.
112. En efecto, todos esos mitos, ya se trate del despedazamiento de Zagreus por los Titanes, la rebelión y castigo de los Gigantes, el destrozamiento de Osiris por Tifón, no pasan de ser símbolos diversos que manifiestan la misma idea conocida: el esfuerzo que tiende hacia la reintegración de la unidad rota, la recomposición por el bien de lo que el mal destroza y divide.
113. Era en los Misterios, dice Plutarco, en su tratado *Sobre los santuarios cuyos oráculos han cesado*, 14, en las iniciaciones, «donde podíamos comprender las manifestaciones y pruebas más evidentes de la verdad concerniente a los genios».

los. «Acércate, genio», dice; «¿por qué produces tal espanto entre los griegos?». También es él quien dice: «Entonces se lanzó al cuarto asalto como un genio».

En otro lugar escribe: «Diosa inspirada por un genio, ¿qué grandes males perpetraron en contra tuya Príamo y los hijos de Príamo, para que en tu furor procures sin descanso derrocar la plaza fuerte y bien construida de Ilión?».

Si se expresa de este modo es para que comprendamos que la naturaleza de los genios, lo mismo que su voluntad, es mixta y versátil. También Platón atribuye a los dioses olímpicos lo que figura a la derecha y en número impar, y a los genios lo que está a la izquierda y en número par.<sup>114</sup> Jenócrates<sup>115</sup> cree que los días considerados nefastos, las fiestas en que se practican ciertas flagelaciones, en las que se golpea el pecho, en las que se profieren palabras de mal augurio y obscenos propósitos,<sup>116</sup> no

- 
114. «Paréceme —dice Platón, en el libro IV de las *Leyes*, 717 A— que tras los honores debidos a los habitantes del Olimpo y a los dioses protectores del Estado, se alcanzará el objeto de la verdadera piedad, inmolando a los dioses subterráneos víctimas del segundo orden en número par, y las partes de estas víctimas que están a la izquierda; reservando para los dioses celestes las víctimas del primer orden, en número impar, y las partes que están a derecha.» Jámblico, en su *Vida de Pitágoras*, cap. XXVIII, nos proporciona, como debido a Pitágoras, parecido precepto. El número impar es más perfecto, conviene mucho más a la majestad de los dioses celestes. Véase también Plutarco, *Vida de Numa*.
115. Jenócrates, 296-314 a. C., fue un filósofo de la Academia, que intentó explicar a Platón por Pitágoras. Cf. *Diog. Laer.*, VI, 15.
116. Sobre los propósitos obscenos que en las fiestas de la *Thesmophoria* y de las *Haloa*, en Grecia, formaban parte del ritual y tenían fin religioso, cf. P. Foucart, *Los Misterios de Eleusis*, págs. 66-67. Herodoto, II, 60, nos indica una costumbre parecida en Egipto. ¿Cuál era su objeto? «Las potencias de las pasiones — dice Jámblico, *apud* Lobeck I, 689— cuando se comprimen, adquieren mayor violencia; pero si pasan al acto, se satisfacen, calmándose, al purificarse de este modo.»

son las que convienen para honrar a los dioses y a los buenos genios. Pero añade que en el aire que nos rodea existen potentes y fuertes naturalezas, naturalezas ariscas y sombrías, que se regocijan al recibir parecidos homenajes, y que, una vez alcanzados, preservan a los hombres de mayores males. Por el contrario, Hesíodo nos habla de *genios puros* benéficos, buenos, a quienes llama *guardianes de los hombres*, diciendo: «Les conceden la riqueza, porque poseen ese real privilegio».<sup>117</sup>

Platón les designa como intérpretes y servidores, que ocupan el lugar existente entre los dioses y los hombres, que llevan al Cielo las súplicas y ruegos de los hombres, enviando a la Tierra los oráculos y los bienes que de los dioses nos llegan.<sup>118</sup> También nos dice Empédocles que los genios sufren las penas merecidas por las faltas y negligencias que cometieron: «El poderoso viento —dice— les empuja hacia el mar; el mar les escupe hacia la tierra; la tierra les impulsa hacia los rayos brillantes del Sol infatigable, y éste les lanza de nuevo entre los torbellinos de viento. Los elementos los reciben uno de otro, pero todos los rechazan con ho-

---

117. Hesíodo, *Op. et Di.*, 126. Para Hesíodo, los genios son las almas de los hombres virtuosos que se apagaron o murieron en la Edad de Oro. Por la vida que habían llevado en este mundo merecieron la felicidad y la inmortalidad. Extendidos por todas las partes del mundo, son los buenos guardianes de los hombres y dispensadores de las riquezas. Sobre el concepto que merecían a Hesíodo los genios, cf. J.-A. Hild, *Estudios sobre los demonios*, págs. 108-112; P. Mazon, *op. cit.*, págs. 64-65, 72.

118. Los genios, dice Diotimo en el *Banquete*, 202 E, ocupan la parte media entre lo mortal y lo divino. Su función consiste en «ser intérpretes de los hombres para los dioses y de los dioses para los hombres; de hacer llegar hasta los dioses las oraciones y ofrendas de los hombres, y presentar a los hombres los mandatos de los dioses y los favores que obtienen de los sacrificios. Ocupando el intervalo que separa al hombre de Dios, unen el gran Todo consigo mismo». Véase el *Banquete*, págs. 129-131, París, Payot, tercera ed. Véase también Jámblico, *De Myst.*, I, 5.

ror»,<sup>119</sup> hasta que han sufrido su castigo y se han purificado; entonces reocupan el lugar y jerarquía que les asigna la naturaleza.

**27** Todas esas vicisitudes y otras semejantes son análogas, según se afirma, a las que se narra sobre Tifón. En efecto, se dice que sus celos y animosidad le impulsaron a cometer terribles fechorías, que lo trastornó todo, que llenó de males la Tierra entera, así como el mar, y que, finalmente, expió justamente sus crímenes. La hermana de Osiris, que como se sabe era su esposa, fue quien se encargó de la venganza.<sup>120</sup> Una

119. Estos versos han sido extraídos de *Las Purificaciones de Emipédocles*. Cf. H. Diels, *Die Fragmente vor Vorsokratiker*, t. 1, pág. 267, frag. 115. Podemos comparar a las vicisitudes de estos genios la magnífica descripción que Plutarco nos hace, en su tratado sobre *los Plazos de la justicia divina*, 565 E-566 B, de los desvíos que esperan a las almas que, insuficientemente purificadas, aspiran a renacer en este mundo, y que, arrastradas por el deseo, vuelven a caer en la sima de la generación. Sobre las almas que buscan cuerpo humano para alojarse en él, y que, tan pronto lo hallan, se precipitan en la enfermedad, el tormento, la locura y el asesinato, cf. Chabas, «Sobre algunos textos jeroglíficos relativos a los espíritus poseedores», en *Boletín Arq. del A. F.*, junio, 1856.

120. De acuerdo en esto con las tradiciones egipcias, Plutarco parece considerar a Tifón como genio malo, durante su vida terrestre. Hasta cuando cambió de estado, Tifón, por su perversidad, continuó siendo lo que había sido en este mundo: un mal espíritu, genio destructor. Los genios, o almas liberadas de los hombres de otros tiempos, están, pues, sometidos a los mismos errores, a las mismas pasiones, a las mismas actividades, que sufrieron siendo hombres. Los buenos continúan siendo buenos bienhechores, mejorando y consiguiendo, como Osiris e Isis, un lugar en la jerarquía de los dioses. Los malos, como Tifón, son siempre malhechores, son malos mientras no hayan sido purificados por los castigos en que incurrían. De aquí todos los ritos, más o menos mágicos, para apaciguar a los malos espíritus y conciliarse el favor de los buenos. Cf. Plutarco, *Sobre los santuarios cuyos oráculos cesaron*, págs. 13, 14 y ss. Tifón fue, después de haber descuartizado a Osiris, el quinto rey de las dinastías divinas. Sucedió a su hermano mayor en el trono de Egipto. Pero Horus, hijo de Isis, vengó a su padre Osiris y reinó. Cf. Ph. Virey, *La relig. del Ant. Egipto*, págs. 150-151.

vez hubo ahogado la locura de Tifón y acallado su rabia, no quiso que tantos combates y luchas como tuvo que sostener, que tantas carreras, tantos rasgos de sabiduría y valor quedasen enterrados en el silencio y el olvido. Por medio de figuraciones, alegorías y representaciones, añadió a las más santas iniciaciones en el recuerdo de los males sufridos en otro tiempo, consagrando de este modo simultáneamente una lección de piedad y estímulo para los hombres y mujeres que fueren víctimas de parecidas adversidades.<sup>121</sup> Isis y Osiris, como buenos genios, fueron convertidos en dioses debido a sus virtudes, de la misma manera que lo fueron Heracles y Dionisio, y reciben justamente los honores rendidos a los dioses y a los genios al mismo tiempo, puesto que tanto sobre la tierra como debajo de ella ejercen el más ilimitado de los poderes. En efecto, se dice que Serapis es Plutón, que Isis y Perséfone son idénticas.<sup>122</sup> Así lo declara Arquemaco de Eubea,<sup>123</sup> y

---

121. «Yo soy —dice un himno a Isis, descubierto en la isla de los— quien instituyó las iniciaciones entre los hombres.» Pero ¿en qué consisten estas iniciaciones? Perpetuaban los ritos por los que Osiris había vuelto a la vida, y concedía de este modo a los iniciados una prenda segura de inmortalidad bienaventurada. En la escena principal de los *Misterios*, que representaban las desgracias de Osiris, Isis, vestida de luto, buscaba los trozos de su esposo, los hallaba, los volvía a articular y les infundía nueva vida. Cf. P. Foucart, *Los Misterios de Eleusis*, págs. 79-80; A. Loisy, *Los Misterios paganos*, cap. V. También en Eleusis fue Deméter quien estableció personalmente sus ritos de iniciación.

122. Herodoto, II, 123, dice: «Los egipcios pretenden que Dionisio y Deméter (Osiris e Isis) reinan sobre los muertos». Este segundo carácter de Isis como señora de los muertos y como *Soberana de las moradas del Styx*, como la llama Apuleyo, *Metam.*, XI, nos parece consecuencia de su primer carácter de diosa del suelo fecundo en el que germina la Vegetación. Deméter fue también diosa de la Vegetación convirtiéndose en reina protectora de los muertos.

123. Arquemaco de Eubea compuso una historia de su patria, citada con frecuencia por los antiguos autores.

Heráclito del Ponto<sup>124</sup> cree que el oráculo de Canopis<sup>125</sup> es el de Plutón.

**28** Ptolomeo Soter vio en sueños al coloso de Plutón que estaba en Sinopis.<sup>126</sup> Ignoraba su existencia, no sabiendo su forma, y no habiéndolo visto jamás. En esta visión le ordenó el dios que hiciera transportar lo antes posible esta gigantesca figura a Alejandría. Ptolomeo, al ignorar el lugar en que se erigía, se encontró en apuros y, al relatar la visión a sus amigos, halló entre ellos a un hombre llamado Sosibios que había visto un coloso parecido al que el rey vio en su sueño. Entonces Ptolomeo envió a Soteles y Dionisio; y estos dos hombres, tras muchas penalidades y largo tiempo, a pesar de contar con la ayuda de la divina providencia, consiguieron llevarse furtiva-

- 
124. Heráclito del Ponto, llamado así por haber nacido en Heraklea, en el Ponto, era un filósofo griego, discípulo de Platón y Aristóteles. Compuso gran número de obras sobre filosofía, historia, literatura y música. Vivió hacia el año 385 a. C. Cf. A. y M. Croiset, *op. cit.*, t. V, pág. 125. En su tratado *Sobre los oráculos*, intentó identificar a los dioses de Grecia con los de Egipto.
125. Canopis era una ciudad del Bajo Egipto, situada al este de Alejandría, cerca de la desembocadura más occidental del Nilo, llamada boca canópica (cf. la nota 105). Era famosa por su gran templo erigido a Serapis. El oráculo de Canopis o Canopos era muy celebrado, y estaba situado en el templo de dicho dios. Se le atribuía muchas curaciones extraordinarias y predicciones sobre el porvenir. Cf. *Estrabón*, XVII, 551.
126. Ptolomeo Soter, hijo de Lagus, tomó el título de rey en el año 323 a. C. Sinopis era una ciudad helénica del Ponto en la costa frigia. El dios cuya estatua existía en Sinopis era Plutón. A su llegada a Alejandría, se le identificó con Serapis, divinidad egipcia cuyos atributos tenían cierta analogía con los suyos. Sobre la manera detallada como fue robada esta estatua, a pesar de la oposición del pueblo durante tres años, cf. Tácito, *Hist.*, IV, 83-84; Lafaye, *Hist. del culto de las divinidades de Alejandría*, 1884; Bouché-Leclercq, «La política religiosa de Ptolomeo Soter», en la *Revista de la Hist. de las Relig.*, XLVI, 1902, págs. 1 y ss.

mente al coloso. Tan pronto fue visible aquella figura transportada, Timoteo y Manetón el Sebenita conjeturaron por medio del Cerbero y el dragón que poseía como emblemas, que se trataba de la estatua de Plutón, y persuadieron a Ptolomeo de que no representaba a otro dios sino a Serapis.<sup>127</sup> En el lugar de donde venía no llevaba ciertamente este nombre, pero una vez transportada a Alejandría se la designó de este modo, puesto que recibió por parte de los egipcios el nombre de Serapis, que es precisamente el que utilizan para designar a Plutón.

Heráclito el físico también afirma que: «Hades es el mismo dios que Dionisio, en cuyo honor caen en el delirio y celebran la fiesta de los pisadores de uvas», cosa que tiende a afirmar y confirmar dicha opinión. Decir que Heráclito entiende la palabra *Hadés* como el cuerpo en que se halla nuestra alma, que está en él como entregada a una especie de locura, como algunos pretenden, es recurrir a una alegoría inconsistente y débil. Más vale formar un solo personaje de Osiris y Dionisio, de Serapis y Osiris, porque Osiris recibió el nombre de Serapis cuando cambió de naturaleza. Por eso es Serapis nombre común aplicado a todos cuantos sufren

---

127. El Cerbero tricéfalo (perro, león, lobo), dice Bouché-Leclercq, en «La política relig. de Ptolomeo Soter y el culto de Serapis», *Rev. Hist. de las Relig.*, XLVI, año 1902, pág. 17, con la serpiente enrollada alrededor del cuerpo, acompañaba ordinariamente a la estatua de Serapis sentado. Timoteo era un sacerdote de Eleusis, en Eumólpido, que vino a Alejandría, debido a instigación de los ptolomeos, para organizar una religión de los Misterios de Grecia. De este culto nuevo surgió Serapis. Los egipcios reconocieron en ella a Osiris; los griegos a Dionisio y Hades. Esta tentativa fue uno de los grandes esfuerzos del sincretismo alejandrino para llegar a la constitución de una religión universal. Sobre Serapis, cf. Isidoro Lévy, «Serapis», en *Rev. de Hist. de las Relig.*, nov.-dic. 1909; marzo-abril 1910-1911; mayo-junio 1913. Sobre el culto de Serapis, cf. F. Gumont, *Las relig. orientales en el paganismo romano*, 1909, págs. 111-115; Lafaye, *Hist. del culto de las divinidades de Alejandría*, 1884. Sobre la representación de Serapis, cf. Amelung, «El Serapis de Bryaxis», *Rev. Arq.*, 1903, tomo II, pág. 178.

dicho cambio, de la misma manera que el nombre de Osiris, como saben aquellos que están iniciados en los Misterios sagrados.<sup>128</sup>

**29** No conviene, pues, aprobar lo que mencionan los libros de los Frigios, en los que está escrito que Isis fue hija de Caropos, que nació de Prometeo, y que Tifón descendió de Eaco, engendrado por Heracles. Hay que rechazar de pleno lo que cuenta Filarco, cuando dice que Dionisio fue el primero que condujo dos bueyes desde la India a Egipto, uno de los cuales se llamaba Apis y Osiris el otro, y que Serapis, cuyo nombre deriva, de *sairein* (palabra que significa según ciertos exégetas «embellecer», «ordenar»), es el nombre de quien conserva el orden en el universo. Esos asertos de Filarco son absurdos, siéndolo más aún aquellos de quienes pretenden que Serapis no es el nombre de un dios, sino que se designa con esta palabra el féretro de Apis,<sup>129</sup> que

128. Según Plutarco, Osiris recibió el nombre de Serapis cuando de genio bueno que era se convirtió en dios al cambiar de estado. Este nombre de Serapis y Osiris era común a todos los que sufrían algún cambio de estado análogo. En efecto, cuando el *fiel* de Isis moría, embalsamado y vestido de la misma manera que Osiris lo había sido por Isis, el difunto era igual a Osiris; no podía morir, convirtiéndose en *Osiris fulano*. El muerto conservaba su nombre, pero para significar que había obtenido el estado glorioso del dios con el que se había identificado, recibía como nombre el nombre divino. Cf. Foucart, *Los Misterios de Eleusis*, págs. 80-81; Erman, *La relig. egipcia*, pág. 136; Maspero, *op. cit.*, pág. 46. El isíaco iniciado se hacía representar también con el traje y atributos de Serapis. Cf. F. Cumont, *op. cit.*, pág. 278, nota 76.

129. Entre los que pretenden que la palabra Serapis no es nombre de un dios, Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, 383, cita a Nimphodoro, quien pretendía que, cuando el buey Apis había muerto, cuando embalsamaron y pusieron su cuerpo en un féretro, se le dio el nombre de *Soroapis*, de *sóros-Apis*, que quiere decir «ataúd de Apis», nombre que el uso trocó en Sarapis o Serapis. El Apis difunto, dice Maspero, *op. cit.*, pág. 38, «se convertía en un Osiris, y tomaba el nombre de *Osor-Hapi*, *Osiris-Apis*, de donde los griegos sacaron el nombre de su Serapis».

existen en Memfis ciertas puertas de bronce, llamadas puertas del Leteo y del Cocito,<sup>130</sup> que se abren mientras se celebran los funerales de Apis produciendo un ruido pesado y fuerte y que por eso posamos la mano, para que cese el ruido, sobre toda cosa de bronce que resuena. Más razonables son aquellos que afirman que el nombre de Serapis, al derivarse de *seúesthai* y *de sousthai*, «precipitarse», «lanzarse», expresa el movimiento que anima el conjunto del mundo universal.<sup>131</sup> Sin embargo, la mayor parte de los sacerdotes egipcios estima que dicho nombre está compuesto por los de Osiris y de Apis, estableciendo de este modo y queriendo enseñarnos que en Apis hay que ver una bella imagen del alma de Osiris. En cuanto a mí, si esa palabra de Serapis es egipcia, creo que debe manifestar el «gozo» y la «alegría», fundándome en lo que los egipcios llaman *saírei*, los «días de gozo y regocijo».

En efecto, asegura Platón que la palabra *Hades* quiere decir «hijo de la indulgencia», porque este dios es favorable y amable para cuantos a él acuden.<sup>132</sup> Además, podemos decir que, entre los egipcios, numerosas palabras equivalen a frases enteras; así, para designar el lugar subterráneo al que creen que van las almas después de la muerte, emplean los egipcios la palabra *amenthés* que quiere decir «aquel que

---

130. Estas puertas del Leteo, cerradas con cerrojos de bronce, no se abrían, según se dice, más que para que pasase la momia del buey Apis a su última morada. Cf. Diodoro de Sicilia I, 96; Pausanias, I, 18.

131. Esta etimología corresponde a la explicación metafísica y moral que Plutarco, en los párrafos 60 y 64 de este tratado, dará del mito de Osiris, Isis y Tifón.

132. En lo concerniente a la benevolencia de Hades en favor de los que moran a su alrededor, cf. Platón, *Cratilo*, 403 C. En los Infiernos, dice también Plutarco, *De superst.* 13, lo que retiene a las almas es la bondad y humanidad de Hades.

recibe y da».<sup>133</sup> En cuanto a saber si esa última palabra es de aquellas que fueron llevadas de Grecia a Egipto, es cuestión que examinaremos más adelante. De momento, continuaremos con la explicación iniciada.

**30** Isis y Osiris se trocaron de buenos genios en dioses, según hemos dicho. En lo referente a Tifón, cuyo poder debilitado y disminuido no parece que pueda luchar con la muerte agitándose convulsivamente, los egipcios le calman y apaciguan, ya con sacrificios, ya humillándole en ciertas fiestas y llenándole de ultrajes,<sup>134</sup> ya insultando a los hombres de pelo rojo, ya precipitando un asno desde las alturas de un precipicio, a la manera de los coptitas, porque Tifón poseía la cabellera roja y los asnos son de dicho

133. El *Amenthés* o el *Amentit*, equivalente a Occidente, es una tierra de sueño y espesas tinieblas; la región adonde van los muertos siguiendo el rastro del Sol poniente. Cf. Maspero, *Est. de mitol. y de arq. egip.*, t. I, págs. 346-347. En el centro de aquella terrible región se hallaban los *Jardines de Ialou*, especie de Egipto celeste, de fertilidad inagotable, en cuyo seno las almas justas estaban al abrigo del infortunio. El *Amentit*, como el Hades de los griegos, es, pues, lo que *recibe* a las almas y les *da* su recompensa. Pero ¿cuál era esta recompensa? ¿Será tal vez la facultad que obtenía el difunto de salir victorioso y revestir a su gusto y grado todas las formas que pudiera desear cuando, después de pesada su conciencia y corazón, se le daba por bueno? Según el mito de *Fedro*, 249 AB, y de la *República*, 617 D-618 C, 619 BE, 610 AB, las almas tenían el don, también según Platón, de elegir por sí mismas su destino. Cf. Pierret, *El libro de los muertos de los antiguos egipcios*, pássim; Jéquier, *El libro de lo que hay en el Hades*, 1893; P. J. de Horrack, «El libro de las Respiraciones», en *Obras diversas*, págs. 120, 122, 134, y E. Lefébure, «El *Amtuat* y su texto», t. I, en *Sphinx*, y t. III, «El Paraíso egipcio».

134. Diodoro de Sicilia, I, 26, dice que en los templos egipcios había figuras de gigantes a los que maltrataba Osiris. En ciertos días, los sacerdotes las golpeaban.

color.<sup>135</sup> Los busiritas y los licopolitanos<sup>136</sup> no emplean jamás clarines, porque dicen que el sonido de dichos instrumentos se parece al rebuzno del asno.<sup>137</sup> En pocas palabras, creen los egipcios que el asno es animal impuro, poseído por un mal genio, a causa de su semejanza con Tifón. En los sacrificios que celebran durante el mes de *Payni*<sup>138</sup> y el de *Faofi*,<sup>139</sup> amasan tortas sobre las que imprimen la huella en la que se ve la figura de un asno encadenado, y en el sacrificio que ofrecen al Sol, transmiten a quienes veneran este dios la orden de no llevar encima objetos de oro y no dar de comer a un asno. Por otra parte, parece que los pitagóricos atribuyen a Tifón el poder de un genio.<sup>140</sup> En efecto, dicen que nació en el punto medio del número par, cada una de cuyas partes iguales representa cin-

---

135. Tifón tenía cabellos rojos, del color de las arenas del desierto, porque, dice E. Naville, en *La relig. de los antiguos egipcios*, pág. 108, originalmente «representaba la tierra del desierto rocosa y árida, la que nada produce, y que, por consiguiente, podemos considerar siente hostilidad con respecto a la tierra bienhechora a la que Osiris (el elemento húmedo), hace producir ricas cosechas». Según este autor, Tifón no sólo representa el desierto, sino también las fieras que al parecer salen de él. Por eso, a causa del color de su pelo, el asno era considerado como animal tifoniano.

136. «Los busiritas, los licopolitanos y los habitantes de Abydos —dice también Eliano, *Nat. Anim.*, X, 28— sienten horror al oír la trompeta, porque les recuerda el rebuzno.»

137. «Es sacrilegio —dice Plutarco, *Banquete de los siete sabios*, 2— entre los egipcios, poner oídos al sonido de la trompeta, porque se parece al rebuzno, y este animal es aborrecido por ellos a causa de Tifón.»

138. El mes *Payni*, décimo mes del año egipcio, comenzaba en el equinoccio de primavera, 20-21 de marzo.

139. El mes *Faofi*, segundo del año egipcio, comenzaba en el equinoccio de otoño, 22-23 de septiembre.

140. Los pitagóricos, según Eliano, *Nat. Anim.*, X, 28, dicen que el asno es el único animal que no nace conforme a las leyes de la armonía; es, entre todos los animales, el más insensible a los acentos de la lira; de aquí el proverbio: «como el asno que oye pulsar la lira».

cuenta y seis.<sup>141</sup> Afirman, además, que el triángulo representa el poder de Hades, de Dionisio y de Ares, que el cuadrado expresa el de Rea, de Afrodita, de Deméter, de Hestia y de Hera, que el dodecágono encierra el de Zeus, y que el polígono de cincuenta y seis lados figura el de Tifón, como afirma Eudoxio.<sup>142</sup>

**31** Como los egipcios creen que Tifón es rojo, le sacrifican bueyes de color rojo, observando tan escrupulosamente dicha prescripción, que si el animal posee un solo pelo negro o blanco, lo juzgan indigno de ser

141. Este número es 112, cuya mitad es 56. Ahora bien, 5 más 6 suman 11, y el número 11 es símbolo de la disociación de la división, de la rebelión, del desvío y del mal: es el primer número, después de la perfección de la década, que se separa de ella. Cf. R. Allendy, *El simbolismo de los números*, págs. 323 y ss.

142. Los pitagóricos, para explicar la naturaleza de los dioses y su acción en el mundo, inventaron una especie de teología aritmética, en la que aplicaban a los números las prerrogativas de los dioses, y combinaban sus relaciones a la manera de su sistema. El triángulo significaba, según creemos, que Hades, la mónada macho y hembra, el caos cosmogénico en que todo se hallaba mezclado y uno, se manifestaba por mediación de dos fuerzas simbolizadas por Dionisio, dios generador, y por Ares, dios destructor. El cuadrado significa Rea, la madre de los dioses, la fuente de la duración; se manifestaba por las modificaciones de los cuatro elementos simbolizados por Afrodita, que era el *agua* generadora, por Hestia, que era el *fuego*, por Deméter que era la *tierra*, y por Hera que era el *aire*. El dodecágono, imagen del mundo, según Platón, marcaba la potencia de Zeus, porque esta figura geométrica es la más perfecta de las figuradas, por ser la única que puede contenerlas todas en sí misma. En cuanto al polígono que simboliza a Tifón, está formado por un número, 56, que representa, según dice Claudio de Saint Martin, «el ser perverso en lucha con los principios de la naturaleza y entregado a su propia justicia». Sobre la teología aritmética, (cf. A. Delatte, *Estudios sobre la lit. pitagórica*, cap. IV; Chaignet, *Pitágoras*, págs. 313 y ss., t. I.

inmolado.<sup>143</sup> Creen que no hay que sacrificar a los dioses los seres amados, al contrario de todos aquellos animales que han recibido las almas de los hombres injustos e impíos cuando cambian de cuerpo. Por eso los sacerdotes, después de haber pronunciado maldiciones sobre la cabeza de la víctima y habérsela cortado, la echaban al río en tiempos pasados; hoy la entregan a los extranjeros.<sup>144</sup> El buey que debía ser inmolado

---

143. Los bueyes rojos eran los únicos que se inmolaban a Tifón, porque la tierra roja del desierto era Tifón. Mnevis era negro, porque simbolizaba la tierra negra y fértil del delta. «Si en el buey que había que inmolarse —dice a su vez Herodoto, II, 38— se descubre un solo pelo negro, se le declara impuro. Uno de los sacerdotes tiene a su cargo este examen, y para efectuarlo se le presenta el buey plantado, luego se le obliga a que se acueste y se ponga panza arriba. Se le hace sacar la lengua también para reconocerla y saber si es pura... Finalmente, examina las cerdas de la cola para ver si crecen naturalmente. Cuando declara a la bestia pura en todo se marca poniendo alrededor de sus cuernos corteza de papiro; sobre ella pone el sacerdote barro tierno y aplica su sello; tras esta ceremonia, se llevan al animal.» Los bueyes *puros*, es decir, los adecuados para el sacrificio, eran aquellos en los que no se veía ningún signo sagrado de los que servían para distinguir a Apis o Mnevis. Cf. Sourdille, *op. cit.*, pág. 221. Sobre el sacrificio a Tifón consistente en hombres y animales rojos, cf. Lefébure, en *Sphinx*, «El sacrificio humano», t. III, págs. 140-144.

144. «Veamos cómo se procedía al sacrificio —dice Herodoto, II, 39—. Una vez se ha conducido al animal marcado ante el altar en que se quiere sacrificar, se enciende el fuego; luego, junto al animal, se efectúan libaciones en dicho altar, bebiendo vino, y se invoca al dios; después se degüella a la víctima, y, cuando se la ha degollado, se le corta la cabeza. Se despelleja el cuerpo, y, tras haber dirigido a la cabeza una larga imprecación, se la lleva al mercado, si lo hay, y si se encuentra algún comerciante griego que trafique en el país, se le vende; de no haber comerciante griego, se tira al río. La imprecación que se pronuncia sobre esta bestia está concebida en los siguientes términos: “Si tiene que suceder alguna desgracia a los que ofrecen el sacrificio o a Egipto entero, desvíese el mal y caiga sobre esta cabeza”»

era marcado con un sello por los sacerdotes llamados *sfragistas*,<sup>145</sup> y la huella que dejaba dicho sello, como narra Castor,<sup>146</sup> representaba la figura de un hombre caído de rodillas, con las manos atadas a la espalda y una espada bajo la garganta.

También el asno sufría la desgracia de parecerse a Tifón, como queda dicho, tanto a causa de su estupidez y lubricidad como por el color de su pelo. También dieron el título de asno a Ocos, aquel rey de Persia a quien más detestaban por su impiedad e impureza. Cuando Ocos lo supo,<sup>147</sup> contestó: «No obstante, este asno se regalará con vuestro buey» e hizo inmolar al buey Apis, según cuenta Dinón.<sup>148</sup>

En cuanto a los que dicen que Tifón, después de haber abandonado la batalla, pasó siete días huyendo montado sobre

- 
145. La palabra *sfragistas* equivale a «selladores». Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, 36, nos habla de libros para uso de los selladores de bueyes, y Porfirio, *De Abst.*, IV, 7, llama a dichos sacerdotes «selladores de bueyes». Este sello llevaba grabada la efigie de un hombre, siendo tal vez recuerdo de los tiempos en que el sacrificio no se hacía por sustitución, sino que se inmolaba un hombre ritualmente. Según el relato de la «Destrucción de los hombres por los dioses», fue Ra quien sustituyó la víctima inmolando una bestia en vez de una persona en los sacrificios. Cf. Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 123, nota 2. Véase también Porfirio, *De Abst.*, II, 55; E. Lefébure, en *Sphinx*, t. III, «El sacrificio humano según los ritos de Busiris y Abydos».
146. Castor de Rodas, que debe su nombre a la ciudad en que había estudiado, era un historiador que relacionaba las instituciones romanas con las de Pitágoras. Cf. A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. V, pág. 307.
147. En el párr. II de este tratado se ha hablado de este rey de Persia. Tras haber inmolado el buey Apis, nos dice Eliano, *Nat. Anim.*, X, 28, consagró un asno y ordenó a los griegos, quienes sentían horror por este animal, que lo adorasen. También mató a Mnevis y al macho cabrío sagrado de Mendes. Cf. Eliano, *Frag.*, 256.
148. Dinón era un historiador que vivió en tiempos de Alejandro. Compuso una historia de Persia, citada frecuentemente por los escritores griegos y latinos.

un asno, y que una vez a salvo engendró dos hijos, Hierosólimos y Joudaios, queda muy claro que consiguen añadir a este mito elementos judaicos.<sup>149</sup>

**32** Tales significados simbólicos conllevan esos relatos. Apoyándonos en diferente autoridad, examinaremos ante todo las más sencillas de las interpretaciones que nos procuran aquellos que parece se expresan con mayor rigor filosófico.<sup>150</sup> Así como hay griegos que afirman que Cronos es la figura alegórica del Tiempo, que Hera es el símbolo del Aire y que el nacimiento de Hefastos,<sup>151</sup> es imagen del cambio del aire en fuego, entre los egipcios hay quien pretende que Osiris es el

149. Los egipcios, dice Ricard en una de las notas que acompañan su traducción de las *Obras morales de Plutarco*, t. XVI, pág. 342, que tenían motivos de odio contra los judíos, afectaban confundir la historia de este pueblo con la fábula de Tifón. No sólo decían que éste tuvo los dos hijos que nombra Plutarco, sino que pretendían que la fiesta del *sabath*, celebrada por los judíos el séptimo día de cada semana, había sido instituida en memoria de que Tifón, después de siete días de marcha, consiguió escapar de sus enemigos.

150. La explicación que acaba de darnos Plutarco sobre las *pasiones* de Osiris y de Isis es de orden correspondiente a la iniciación o demológico. De hombres que fueron Isis y Osiris, se convirtieron en genios. Luego de genios se trocaron en dioses. Queda por explicar su actuación en el mundo, porque tanto los genios como los dioses no se entregan a la inactividad. Por eso Plutarco, recurriendo por esta vez a los datos filosóficos, examinará cuál es el valor de los diferentes símbolos que los hombres injertaron sobre la leyenda de Isis, Osiris y Tifón. Rechazando todo aquello que le parece incompatible con la idea que concibe sobre la divinidad, Plutarco transportará al plano metafísico y ético la lucha entre los elementos opuestos, personificados por Osiris y por Tifón, que estaban en lucha en el mundo sensible, y hallará, de acuerdo con Platón, en el principio del bien el origen y fin del movimiento, manifestado por la vida, principio que nos aproxima hacia Dios.

151. En *Teogonia* hesiódica, v. 397, Hera engendró a Hefastos sin ayuda de Zeus.

Nilo que se une con Isis, que es la Tierra,<sup>152</sup> y que Tifón es el mar en el que el Nilo desaparece al desembocar en él, exceptuando la cantidad de agua que la tierra se apropia y recibe, y se convierte para ella, gracias al río, en semilla fecunda.

Hay un lamento sagrado en honor de Cronos, en el que se canta que Osiris nació en el lado izquierdo y pereció a la derecha. En efecto, los egipcios consideran Oriente como rostro del mundo, el Norte como derecha y el Sur o mediodía como izquierda. Para ellos el Nilo, que se desliza partiendo del Sur y se pierde en el mar por el Norte, se considera justamente como nacido en la izquierda y perdido a la derecha.

Por eso los sacerdotes tienen horror sagrado al mar, por eso llaman a la sal espuma de Tifón.<sup>153</sup> Una de las prohibiciones a que se hallan sometidos les obliga a no poner sal en sus mesas. Jamás dirigen la palabra a los pilotos,<sup>154</sup> porque esa gente de mar navega y vive del mar. Debido al mismo motivo, sienten aversión al pescado, y la palabra *odiar* se representa entre ellos por un pescado.<sup>155</sup> Por eso en Sais, en el vestíbulo del templo de Athena, se veía grabado un niño, un viejo, luego un gavilán, luego un pescado y finalmente un

152. «Osiris es el Nil —dice Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 98— ése es un carácter original, al que han venido a unirse y que han recubierto parcialmente los diferentes atributos que se le atribuyó confundiendo con otros dioses.» Isis fue en origen la tierra, la tierra negra del delta sobre la que reinaba. En cuanto a Tifón, se le considera muy a menudo como el desierto árido.

153. Por espuma de Tifón, Lefébure, *El mito osiriano*, sec. I, «Los ojos de Horus», pág. 113, se entiende la sal del desierto, «la sal que hace salobre el agua de los pozos».

154. Plutarco, en sus *Propósitos de mesa*, VIII, 8, nos vuelve a decir que los sacerdotes egipcios, debido al horror que sentían por el mar, no dirigían jamás la palabra a los pilotos.

155. Clemente de Alejandría, *Strom.*, V, 7, dice que entre los egipcios el pez era el símbolo del odio, y nos pinta cómo se podía formar una frase cuyo sentido se aproxima a la que citará Plutarco.

hipopótamo. Esta serie de figuras simbólicas significaba: «Sabed, vosotros los que nacéis y morís, que Dios odia la violencia impúdica, porque el niño es imagen del nacimiento y el viejo de la disolución». Los egipcios dibujaban un gavilán para representar la palabra *Dios*, el odio se simbolizaba por medio de un pescado a causa del mar, como hemos dicho, y el hipopótamo representaba la violencia impúdica, porque según se dice, este animal, después de haber muerto a su padre, viola a su madre y se ayunta con ella.<sup>156</sup> Además, la siguiente frase de los pitagóricos: «El mar es una lágrima de Cronos» parece dejarnos entender también que el mar es elemento impuro, sin afinidad alguna con el resto de la naturaleza. Hasta aquí todas estas explicaciones están sacadas únicamente del exterior, no representando sino tradiciones comunes y vulgares.

**33** Pero los sacerdotes más esclarecidos no se contentan solamente con llamar Osiris al Nilo y Tifón al mar; añaden que Osiris es el principio y la potencia de todo cuanto es húmedo, causa de toda generación y sustancia de todo germen. Por el contrario, Tifón, según ellos, es el principio de todo cuanto es sequedad, de todo cuanto es ardiente, de todo cuanto produce sequía, en una palabra, de todo cuan-

---

156. Eliano, *Nat. Anim.*, VII, 17, dice que el hipopótamo es el más impío de los animales, porque come a su padre. Porfirio, *De Abst.*, III, 23, cuenta también que los hipopótamos matan a su padre para aparejarse con su madre. Sin embargo, Plutarco, al decir que este animal violenta a su madre, parece atribuir al animal tifoniano una leyenda sagrada que Herodoto relata sobre Tifón, el Ares egipcio. En otros tiempos, dice Herodoto, II, 63, la madre de Ares habitaba el delta, en Papremis, en el templo. «Ares, criado o educado en otro sitio, cuando llegó a la edad adulta, emprendió la tarea de querer tener comercio con ella. Pero los servidores, que no le conocían, no lo permitieron y le despidieron. Entonces se dirigió en busca de refuerzos a otra ciudad, trató duramente a los que le rechazaron, llegando hasta su madre.» Cf. Sourdille, *op. cit.*, págs. 186-189.

to es hostil a lo húmedo.<sup>157</sup> Pero, dado que creen que Tifón era rojo y amarillo pálido, no se esfuerzan mucho por encontrarse entre hombres que ofrezcan parecida apariencia y no experimentan placer alguno en conversar con ellos.

Osiris, al contrario, según las tradiciones de su mitología, era moreno, porque el agua procura un matiz oscuro a todos los objetos con los que se mezcla: a la tierra, a los vestidos, a las nubes, y porque la humedad existente en el cuerpo de los jóvenes es lo que hace que sean negros sus cabellos. Los cabellos blancos crecen en aquellos que se hallan debilitados, como una especie de palidez resultante de su sequedad. También la primavera es la estación en que todo florece, todo engendra y todo muéstrase agradable. Por el contrario, el final del otoño, al carecer de humedad, es hostil a las plantas y nocivo para los animales. El buey que se cuida en Heliópolis, al que se llama Mnevis, también es negro, y, después del buey Apis, es el animal a quien más adoran los egipcios.<sup>158</sup> Está consagrado a Osiris y hay quien pretende que es el padre de Apis.

157. Esta concepción, atribuida formalmente por Plutarco a los egipcios, es decir, que Osiris es el Nilo, que Isis es la tierra negra del delta, que Tifón es la sequía ardiente del desierto, corresponde a uno de los tres principales momentos de la creación del universo, según la doctrina cosmogónica de Heliópolis. Cf. Maspero, *Hist. antig. de los pueblos*, I, pág. 140; Sourdille, *Herodoto y la religión de Egipto*, pág. 37-38.

158. El buey Mnevis, dice Eliano, *Nat. Anim.*, II, estaba consagrado al Sol, y Apis a la Luna. Al decir que Mnevis es el padre de Apis, Plutarco tal vez quiera darnos a entender que su culto precedió al de Apis en Egipto. ¿Será así? Para que este buey pudiese ser expuesto a la veneración de los fieles, precisaba que presentase sobre su cuerpo las marcas distintivas absolutamente indispensables. La primera de ellas, la que Plutarco nos indica ahora, era la de ser perfectamente negro, que fuese de tamaño superior al ordinario, de acuerdo con un párrafo de Porfirio conservado por Eusebio, *Prae. Evang.*, III, 13, en el que se observa también que la razón debido a la cual se le consagraba al Sol era que el ardor continuo de este astro imprime al cuerpo humano este color. Mnevis era en Heliópolis, *alma de Ra* o del Sol. Cf. Diodoro, I, 84, 88; Estrabón, XVII, 22-27; Ammien Marcellin, *La relig. egipcia*, trad. Vidal, pág. 114.

Por otra parte, como Egipto es una tierra negra, tan oscura como la niña de los ojos negros, los egipcios dan a este país el nombre de *Chemia*, comparándolo a un corazón.<sup>159</sup> En efecto, es cálido, húmedo, contenido entre las partes meridionales de la tierra habitada, se extiende hacia el mediodía, de la misma manera que en el cuerpo del hombre el corazón se inclina hacia la izquierda.

**34** Dicen también que el Sol y la Luna no utilizan carros, sino que emplean como vehículos, en su ruta celeste, navíos de transporte, queriéndonos dar a entender claramente que deben al principio húmedo su subsistencia y nacimiento.<sup>160</sup> También creen que Homero, al igual que Tales, aprendió de los egipcios a considerar el agua como principio y fuerza productora de todos los seres. En efecto, afirman que el océano es Osiris, y que Thetis, considerada como diosa que alimenta y conserva todas las cosas, es Isis.<sup>161</sup> Los nombres que los

---

159. *Chemia*, o *Chimi*, significa «tierra negra» en lengua egipcia. Plutarco nos ha dicho ya, párrafo 10 de este tratado, que los egipcios representaban Egipto con un corazón sobre un brasero ardiente. Cf. Champollion, *Egipto bajo los Faraones*, I, págs. 101-111.

160. «Los egipcios —dice Porfirio, *De Ant. Nym.*, 10— no situaban a todos los genios en elemento sólido y estable, sino sobre un navío, hasta cuando se trata del Sol, y, para decirlo de una vez en pocas palabras, a todos aquellos que tienen que asistir al vuelo sobre el elemento líquido de las almas que descienden en la generación.» En la procesión de Isis descrita por Apuleyo, *Metam.*, XI, uno de los sacerdotes llevaba, como lámpara, una góndola de oro que irradiaba la claridad más viva. Cf. Eusebio, *Praepar. Evang.*, III, 115.

161. Sobre la influencia de las ideas egipcias sobre Tales, cf. J. A. Faure, *Egipto y los presocráticos*, págs. 49-74. Entre los griegos y en Homero, *Iliada*, XIV, 214, 246, todas las cosas y todos los dioses deben su nacimiento al océano, y Océano tuvo por esposa a Tethis, Océano era el padre, el generador, y Tethis, la madre fecunda, la nodriza, el agua considerada en su acción fecundante.

griegos dan a la emisión de esperma, *apousías*, al ayuntamiento, *sunousía*, suponen el mismo principio: derivan, como la palabra «hijo», *yiós*, de *hydor*, «agua» y de *ysain*, «llover». Dionisio, como soberano y señor de la naturaleza húmeda, se llama igualmente *yes*, húmedo, siendo este dios el propio Osiris: en efecto, Hellanicos<sup>162</sup> dice haber oído pronunciar a los sacerdotes egipcios la palabra Osiris, *Hysiris*, además él insiste en llamar siempre de este modo a dicho dios, lógicamente a causa de su naturaleza y del descubrimiento que hizo.<sup>163</sup>

**35** Clea, ¿quién puede saber mejor que tú que Osiris es el mismo que Dionisio, puesto que eres la primera entre las Tíadas de Delfos,<sup>164</sup> y que tu padre y madre te consagraron a los Misterios osiriacos?<sup>165</sup> Si hay necesidad de aportar testimonios para los demás, dejemos en su lugar las enseñanzas secretas, y contentémonos con afirmar que lo que hacen abiertamente los sacerdotes cuando entierran al buey

162. Hellanicos de Mitylene es uno de los más antiguos y eminentes historiadores griegos; nació hacia el año 496 a. C., y murió en el año 411 a. C. Todas sus obras han desaparecido. Cf. A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. II, pág. 511.

163. Dionisio, dice Platón, en el *Cratylo*, 406 B, es el que procura el vino, *ho didoys tón oínon*. También Osiris descubrió la vid.

164. «Se denominaba con el nombre místico de Tíadas —dice Perdrizet, *Cultos y mitos del Pangeo*, pág. 84— a las mujeres iniciadas que celebraban sobre los sitios elevados, en cierta época, la orgía nocturna de Baco. Su nombre viene de la misma raíz que *Thyein* «saltar», «brincar»; *thylla* «tempestad» se explica por las locas carreras a que se entregaban estas mujeres cuando estaban bajo los efectos de la *manía* báquica.» Esta manía o delirio consistía en un estado de exaltación entusiasta, ocasionado por la posesión del alma por un espíritu divino.

165. Según testimonio de Apuleyo, *Metam.*, XI, 27, había dos iniciaciones: la iniciación de Isis y la de Osiris. Sobre esta doble iniciación, cf. P. Foucart, *op. cit.*, págs. 444-447.

Apis,<sup>166</sup> cuando transportan su cuerpo sobre una almadía, en nada difiere de cuanto sucede en las fiestas de Baco. En efecto, se visten gamuzas, llevan tirsos, lanzan gritos y se agitan como los poseídos por Dionisio cuando celebran sus Orgías.<sup>167</sup>

También a causa de dicha identidad, la mayor parte de los artistas griegos que han esculpido estatuas de Dionisio, han representado a este dios en forma de toro. Las mujeres de Elea, cuando dirigen sus ruegos a Baco, le invitan a que se les acerque *con pie de toro*.<sup>168</sup> Dionisio cuenta entre los argios con el título de *Bougenés*,<sup>169</sup> que equivale a «Nacido de vaquilla», se le evoca para que surja del seno de las aguas al son de los clarines, lanzando al abismo un cordero para el guardián de las Puertas,<sup>170</sup> y estos clarines, como afirma Sócrates en su *Tratado de las Ceremonias Santas*, están disimu-

- 
166. «Cuando uno de los animales sagrados –nos dice Diodoro, II, 83– moría, se le envolvía en un sudario, y, golpeándose el pecho y lanzando gemidos, se le conducía a casa de los embalsamadores. Luego se preparaba su cuerpo con el aceite de cedro y otras sustancias adecuadas a la conservación; se le depositaba luego en cajas sagradas.» Desde Memfis, residencia habitual de Apis durante su vida, se le llevaba, una vez dejaba de existir, a una isla próxima a dicha ciudad, donde se le enterraba con la mayor pompa. El local donde se enterraban los Apis se llamaba *serapeum*. Cf. Mariette, *Serapeum*, págs. 143-145. La muerte del buey Apis producía luto universal, que cesaba cuando los sacerdotes declaraban haber hallado un buey igual al que acababan de perder.
167. «Isis, en la lengua griega –dice Herodoto, II, 59– es Ceres.» «No existe más que diferencia de nombres –dice Diodoro, II, 96– entre las fiestas de Baco y las de Osiris, entre los Misterios de Isis y los de Deméter.» Sobre los caracteres comunes de Isis y Deméter, cf. P. Foucart, *Los Mist. de Eleusis*, cap. III.
168. Plutarco, en sus *Cuestiones griegas*, 36, ha conservado parte de este himno que las mujeres de Elea cantaban a Baco para invitarle a que llegase hasta ellas. «Ven, ilustre héroe, ven a tu templo augusto acompañado de las Gracias; ven a tu templo marítimo *con pie de buey*. Digno toro, toro digno.»
169. El calificativo de *toro*, lo mismo que el de *hijo de novilla* que se da a Dionisio, continúa diciendo Plutarco, en sus *Cuestiones romanas*, 36, proviene tal vez de que se considera a Dionisio como inventor de la labranza y la siembra.
170. Este guardián de las Puertas es Cerbero. En Virgilio, *Eneida*, VI, 249, se dice que lo que se ofrece es una oveja para aplacar a las divinidades infernales.

lados en sus tirsos. Además, todo cuanto se relata sobre los Titanes, todo cuanto se conmemora en las fiestas nocturnas de Baco, es análogo a cuanto se narra sobre Osiris, sobre su desmembramiento, su vuelta a la vida, su nuevo nacimiento.<sup>171</sup> Lo mismo digo sobre sus tumbas. Los egipcios, como ya hemos dicho, citan tumbas de Osiris en varios lugares, y los delfios pretenden que los restos de Dionisios están enterrados en su país, cerca del lugar donde se evoca los oráculos, y los *Hosias*<sup>172</sup> ofrecen en el templo de Apolo un sacrificio secreto siempre que las Tíadas despiertan al Licnito.<sup>173</sup>

- 
171. Dionisio resucitaba porque su sustancia volvía a formarse alrededor de su corazón, que había sido salvado por Athena. Osiris volvía a la vida por la reconstitución ritual de su cadáver despedazado. Cf. A. Loisy, *Los Misterios paganos*, pág. 48.
172. Los *Hosias*, dice Plutarco, *Cuestiones griegas*, 9, eran sacerdotes que asistían a los adivinos en Delfos, compartiendo con ellos los ejercicios del culto. Eran cinco y vitalicios. Su nombre significa «santo». Cf. Perdrizet, *Cultos y mitos del Pangeo*, pág. 69, nota 2, y Ch. Picard, *Éfeso y Claros*, pág. 194, nota 7.
173. Probablemente era sobre el sepulcro de Dionisio, en el santuario inaccesible del templo de Apolo, donde los *Hosias* sacrificaban rodeados de gran misterio, «cuando las Tíadas despertaban el Licnito», es decir, cuando las mujeres de Delfos celebraban el nacimiento del dios resucitado, del pequeño recién nacido que reposaba en una *artesa, lignon*. Cf. Perdrizet, *op. cit.*, págs. 68-69. «Dionisio —dice Plutarco, en su *Tratado sobre las ei del templo de Delfos*, 9— no tiene en el oráculo de Delfos menor parte que Apolo... Este Dios incorruptible y eterno, por naturaleza, está sometido por el ascendiente de una ley y razón fatales, a diferentes transformaciones de su propia persona. Unas veces es el fuego lo que cambia su naturaleza, asimilando entre ellas todas las sustancias; otras se hace múltiple hasta el infinito, tomando formas, afectos, propiedades diferentes: de donde se constituye el conjunto de lo que existe ahora con el tan conocido nombre de mundo... Cuando el Dios se troca y transforma en sopro, agua, tierra, astros, plantas que crecen, animales que viven, los sabios dan a estos afectos y a estas vicisitudes nombres que recuerdan una idea de rasgamiento y destrozo... Sus consunciones, desapariciones, fallecimientos, resurrecciones, se figuran por medio de palabras enigmáticas que tienen analogía con esas diversas mutaciones.» Trad. Bétolaud.

Ahora bien, que los griegos consideren a Dionisio como señor y causa no sólo del vino, sino de toda sustancia húmeda, es cosa que basta para probar el testimonio de Píndaro, cuando dice: «¡Ojalá pueda Dionisio, ese dador de tantos goces y ese santo resplandor de la estación de los frutos aumentar la producción de los árboles!» También por esa razón está prohibido a los adoradores de Osiris destruir ningún árbol frutal<sup>174</sup> y cegar ningún manantial.

**36** No solamente es el Nilo, sino todo lo de naturaleza húmeda, por así decir, lo que los sacerdotes consideran como emanación de Osiris; las procesiones sagradas celebradas en honor de este dios van siempre precedidas de un vaso lleno de agua. También designan con un junco al rey Osiris y la región meridional del mundo, y explican dicho emblema diciendo que el junco representa la irrigación y gestación universales, y que por naturaleza parece semejar al órgano de la generación. Cuando celebran la fiesta de las Pamylias, que como ya hemos dicho es fiesta fálica, pasean ante las miradas del público una estatua cuyo falo es tres veces mayor que el normal. En efecto, Dios es principio, y todo principio multiplica por fecundidad todo cuanto de él proviene. Para expresar la multiplicidad tenemos la costumbre de emplear el número tres, como cuando decimos: «Tres veces feliz», «Triples eran sus lazos irrompibles». A no ser, ¡por Zeus! que la palabra *triple* no haya sido tomada por los antiguos en su auténtico sentido. Efectivamente, la sustancia húmeda que desde el origen ha sido principio generador de todo, produjo primeramente los tres primeros elementos corporales: la tierra, el aire y el fuego. En cuanto al relato que se añade a este mito, o sea que Tifón echó al río

---

174. También entre los pitagóricos, según Diog. *Laer.*, VII, I, 23, y Porfirio, *Vit. Pyt.*, 39, estaba prohibido estropear o destruir una planta cultivada o un árbol frutal.

el miembro viril de Osiris, que Isis no pudo encontrarlo, pero confeccionó y adornó una imitación, que ordenó se le adorase y llevase entre pompas, tiene por objeto enseñarnos que la potencia fecundante y reproductora de Dios encontró su primer elemento en la humedad, y que a través de lo húmedo se comunicó a todo aquello que por naturaleza es capaz de engendrar.

Aún existe otro relato que se narra en Egipto. Se dice que Apopis,<sup>175</sup> hermano del Sol, declaró la guerra a Zeus. Osiris acudió a socorrer a Zeus, ayudándole a derrotar a su enemigo. Entonces Zeus adoptó a Osiris como hijo, llamándole Dionisio. Pero es fácil demostrar que el carácter mítico de este relato tiene también relación con una realidad de orden físico. Los egipcios dan el nombre de Zeus al soplido del viento, y el viento tiene por enemigo la sequía y el fuego. Aunque la sequía y el fuego no sean el Sol, tienen sin embargo cierta afinidad con él, y la humedad, atenuando el exceso de sequía, aumenta y fortifica las exhalaciones con que se alimenta y nutre el soplido del aire.

**37** Además, los griegos consagran la yedra a Dionisio; esta planta se llama *chenósiris* en egipcio, palabra que significa «planta de Osiris».<sup>176</sup> Por otra parte,

175. Apopis es la serpiente del Nilo celeste; algunas veces surgía del fondo de las aguas para combatir con el Sol y hacer que zozobrase su barca. Cf. Maspero. *Est. de mitolog. y arqueol. egip.*, t. II, pág. 414; Apopis, hermano de Osiris, parece ser aquí una de las formas de Tifón. Cuando Apopis desecaba la atmósfera o Zeus, éste llamaba en su ayuda a Osiris, o principio húmedo, y se le llamaba Dionisio. Sobre el carácter de Apopis y su lucha contra el Sol, cf. Champollion, *Cartas escritas en Egipto*, 2ª ed., 1833, págs. 231 y ss. Esta serpiente se convirtió, lo mismo que Tifón, en personificación del *mal principio* y las *tinieblas*.

176. El descubrimiento de la hiedra, dice Diodoro de Sicilia, I, 17, se atribuye a Osiris. Los egipcios la consagran a este dios, como los griegos a Dionisio, llamándola en su lengua la «planta de Osiris». En las ceremonias sagradas, prefieren la hiedra a la vid, porque ésta pierde sus hojas, mientras aquélla conserva siempre su verdor.

Aristón,<sup>177</sup> que ha escrito la historia de la colonización ateniense, halló un día cierta carta de Alexarco<sup>178</sup> en la que se decía que Dionisio, hijo de Zeus y de Isis, no era llamado Osiris por los egipcios, sino *Arsafés* (con un alfa), palabra que indica la virilidad.<sup>179</sup> Esta manera de pensar parece estar también confirmada por Hermaios,<sup>180</sup> en el primer libro de su tratado sobre los egipcios. La palabra Osiris, dice, se interpreta como significativa de «el Vigoroso». Omíto a Mnaseas,<sup>181</sup> que relaciona a Epafos con Dionisio, Osiris y Serapis. También omíto a Anticlides, que afirma que Isis era hija de Prometeo y que fue esposa de Dionisio. Las semejanzas que hemos señalado en sus fiestas y sacrificios son efectivamente de tal naturaleza que convencen con mayor claridad que todos los testimonios.

**38** Entre los astros, Sirios es el consagrado por los egipcios a Isis, porque trae el agua. También reverencian al León, adornando con unas fauces de león abier-

---

177. Aristón, filósofo peripatético, contemporáneo de Estrabón, escribió también una obra sobre el Nilo que utilizó este historiador. Cf. Estrabón, XVII, 790.

178. Se ignora si se trata de Alexarco, el gramático, citado por Clemente de Alej., *Protr.*, IV, 51, pág. 16, o del que habla Plutarco en *sus Parall. gra.*, 307 C.

179. *Arsafés* o *Harshafitou*, cuyo nombre significa «energía viril» era el dios principal de Heracleópolis. Era un dios-carnero, itifálico. Se confundía con frecuencia con los dioses que, como él, tenían como atributo un carnero padre. Se presume que era un dios-Nilo. Cf. Maspero, *Est. de mitol.*, t. II, págs. 274-275; e *Hist. ant. de los pueblos*, del mismo, t. I, págs. 98-99.

180. Hermaios o Hermeas nació, según Focio, *Bibliot.*, cod. 279, en Hermópolis, ciudad de Egipto, y escribió en versos yámbicos la descripción de su patria, y tal vez la de todo Egipto.

181. Mnaseas de Pateros, en Licia, compuso un *periplo* o historia de su navegación, que contenía, según se cree, la descripción de Europa, Asia y Libia.

tas las puertas de los templos, porque el Nilo se desborda «tan pronto se aproxima el Sol al León».<sup>182</sup>

De la misma manera que creen que el Nilo es una emanación de Osiris, creen, consideran y afirman que la Tierra es el cuerpo de Isis; no la Tierra entera, sino únicamente la parte que el Nilo invade y fecunda mezclándose con ella. De este ayuntamiento dicen que nace Horus, siendo este Horus la época durante la cual la atmósfera que envuelve la Tierra está dispuesta a conservarlo y nutrirlo todo. También añaden que este Horus fue arrebatado por Leto,<sup>183</sup> en las marismas cercanas a Bouto; en efecto, esta tierra está muy impregnada de humedad y profundamente empapada alimenta mejor que ninguna otra las exhalaciones que atenúan y templan la sequía y el calor sofocante. Además, designan con el nombre de Neftis las partes extremas de la tierra de Egipto, las que confinan las laderas de las montañas y las que tocan el mar. Por eso aplican a Neftis el epíteto de «extremo», y dicen que se une con Tifón.

En efecto, cuando el Nilo se sale de madre, se desborda, gana y franquea esas partes extremas, dan a esa inundación el nombre de unión íntima de Osiris y Neftis, unión que se revela por las plantas que crecen inmediatamente. Entre esas plantas se

182. *Aratus*, verso 351. Plutarco, dice: «Los egipcios hacen surgir sus fuentes por fauces de león», *Prop. de mesa*, IV, 15, «puesto que el Nilo extiende sus nuevas aguas sobre tierras sembradas de Egipto, durante la época en que el Sol pasa al signo de León». Por esta misma razón, Sothis, o Sirios, era diosa con cabeza de leona. La salida hélica de Sothis, dice Maspero, *op. cit.*, pág. 86, «que marcaba también el comienzo del año civil, tanto, que todo el sistema cronológico del país reposaba sobre ello».

183. Leto es la madre de Apolo. Esta diosa, cuyo nombre egipcio es Outit, era la divinidad principal de Bouto, el *lugar de Outit*. Parece que reinó en la Antigüedad en esta ciudad, creyéndose que Isis le usurpó su dominio y se confundió con ella. Cf. Maspero, *Est. de mitol. y arqueol. egip.*, t. II págs. 359-362; G. Steindorff, *Religión de los antiguos egipcios*, págs. 10-11; Sourdille, *op. cit.*, págs. 93-94, 125-128.

encuentra el meliloto, y dice la leyenda que, al hallar una corona caída y abandonada allí, fue cuando Tifón descubrió el ultraje contra su lecho. También se dice que así fue cómo Isis engendró legítimamente a Horus, y que Neftis procreó clandestinamente a Anubis. Sin embargo, en las dinastías de los reyes está escrito que Neftis, después de haberse casado con Tifón, al principio fue estéril. Si al decir esto se trata, no de la esterilidad de una mujer, sino de la de la diosa, se ha querido hablar simbólicamente de una esterilidad de la tierra y de completa falta de fertilidad, causada por exceso de dureza del suelo.<sup>184</sup>

**39** Las emboscadas de Tifón y su dominación tiránica representaban el poder de la sequía que, victoriosa, evaporaba la humedad que debía originar el Nilo aumentando sus aguas. La reina etíope, que acudía en auxilio de Tifón, designa alegóricamente los vientos del sur que soplan de Etiopía. Efectivamente, cuando estos vientos vencen a los de Etesios que empujan las nubes hacia Etiopía, que retienen las lluvias que aumentan el caudal del Nilo, Tifón prevalece y lo agosta todo; reina entonces como dueño absoluto sobre el Nilo, y este río, menguado, fluye débilmente y lleva al mar sólo un insignificante hilo de agua que se desliza sobre un lecho hueco.<sup>185</sup>

---

184. Por mi parte, leo en Parthey y Dübner, *sterrótetos*, «dureza», en vez de *steirótetos*, «esterilidad», que figura en los textos de Wyttembach y Bernardakis.

185. El Nilo alcanza ordinariamente su mayor altura entre el 20 y el 30 de septiembre. El día 10 de noviembre ha descendido hasta la mitad de la altura a que ascendió. Continúa bajando hasta el 20 de mayo del año siguiente. Tras un período estacionario, comienza a notarse su crecida por encima de su primera catarata. Esta crecida se hace sensible en El Cairo los primeros días de julio. Durante seis u ocho días crece gradualmente casi sin parecerlo a la vista. Pronto gana en rapidez su aumento, y hacia el 15 de agosto casi ha llegado a la mitad de su mayor altura de aguas. Sobre las diferentes opiniones de los antiguos en la explicación de la crecida del río, cf. Herodoto, II, 20-26; Plutarco, *De placi. philos.*, IV, I; Diodoro de Sicilia, I, 37-41.

Lo que se dice sobre el cuerpo de Osiris encerrado en un cofre, no parece que haga alusión a otra cosa que al ocultamiento de las aguas del Nilo y a su desaparición. Por eso se dice que Osiris desaparece durante el mes de *Athyr*,<sup>186</sup> porque en dicha época los vientos etesios no soplan en absoluto, y el Nilo se hunde en la tierra dejando su lecho a la vista. Las noches son más largas, la oscuridad aumenta, el poder de la luz se empaña y aparece como vencido. Entonces los sacerdotes celebran diversas ceremonias lúgubres; para representar el luto de la diosa, recubren una vaca dorada con un paño negro de lino (porque creen que la vaca, lo mismo que la tierra, es la imagen de Isis), exponiéndola públicamente durante cuatro días consecutivos, a partir del 17 de dicho mes. Cada uno de esos cuatro días de luto tiene su objeto. En el primero de ellos se deplora la bajada del nivel del Nilo y su ocultamiento; en el segundo, la extinción de los vientos del norte completamente vencidos por los del sur; en el tercero, la disminución de los días, que son más cortos, y en el último se lamentan de la aridez de la tierra, lo mismo que de la desnudez de los árboles que en estos momentos han perdido ya todo su follaje. El día decimonono, cuando oscurece, bajan hacia el mar. Allí, los estolistas y los sacerdotes llevan un cisto sagrado que contiene una cajita de oro en la que vierten agua dulce.<sup>187</sup> Entonces se eleva un clamor entre el público, gritando todos que acaban de encontrar de nuevo a Osiris. Después de ello toman un poco de tierra vegetal, la rocían con agua, mezclan aromas y costosos perfumes, forman una figurilla con este barro en forma de media luna; luego la visten; la adornan indicando claramente con ello que consideran a estas dos divinida-

---

186. El mes de *Athyr*, tercero del año egipcio, equivalía, al menos en parte, al mes de octubre, y en parte al de noviembre.

187. Vertiendo agua en esta caja se creía poder hallar a Osiris en las aguas del Nilo.

des como sustancia de la tierra a una, Isis, y como sustancia del agua a la otra, Osiris.<sup>188</sup>

**40** Cuando Isis hubo recobrado a Osiris y hubo activado el crecimiento de Horus desarrollando sus fuerzas por medio de exhalaciones, brumas húmedas y nubes, triunfó sobre Tifón, pero no le hizo perecer.<sup>189</sup> En su calidad de soberana, diosa de la Tierra, no aniquiló por completo el elemento opuesto a lo húmedo; se contentó con desatarle, dejándole escapar, deseando, ante todo, mantener el equilibrio del mundo, porque el universo no estaría completo si el principio ígneo faltase y desapareciese.

---

188. Las ceremonias que describe Plutarco, celebraban, en forma de Misterios, la muerte y resurrección de Osiris. Primeramente se representaba la muerte del dios, su despedazamiento, dispersión de los trozos de su cuerpo por Tifón. Isis se enlutaba partiendo inmediatamente en busca de Osiris; encontraba sus miembros, los reconstruía, formaba su cadáver y lo enterraba. Sobre la descripción de estas fiestas, cf. V. Loret, *Recopilación de los trabajos... Las fiestas de Osiris*, t. III, págs. 43-57; t. IV, págs. 21-33; t. V, págs. 83-103. Al final de estas ceremonias, los sacerdotes formaban una imagen que representaba a Osiris, en forma de cuarto creciente. Con ello querían decir que este dios, tan pronto era enterrado, comenzaba a renacer, porque la Luna, personificación del principio general y húmedo que representaba Osiris, toma la forma de seguir para desarrollarse de nuevo. Para testimoniar por medio de una imagen esta resurrección, los sacerdotes mezclaban a esta tierra vegetal granos de cebada y de trigo, y enterraban esta figurita en forma de cuarto creciente. Cuando germinaban los granos, Osiris quedaba renovado. Cf. A. Moret, *Reyes y dioses de Egipto*, pág. 188; G. Frazer, *Adonis, Attis, Osiris*, págs. 325 y ss.; H. Brugsch, *Das Osiris-Mysterium von Teyra*, Zeitschrift, 1881, pág. 77.

189. Si Isis no hizo perecer a Tifón es porque el elemento destructor, en el mundo manifiesto, es necesario para asegurar la eterna renovación de todo lo que manifiesta el principio creador. En el orden universal, el Mal, que no es sino la carencia de inteligencia en cuanto al Bien, reclama forzosamente la intervención del Bien, y en este sentido nace el Bien del Mal.

Aunque tal interpretación no se halle falta de verosimilitud, no se debe tampoco verosimilmente rechazar esta otra tradición, que Tifón era entonces dueño de lo que ahora constituye la propiedad de Osiris. En efecto, en otro tiempo Egipto era mar.<sup>190</sup> Por eso se encuentra en las minas y montañas tan crecido número de conchas pequeñas. Todos los manantiales y todos los pozos, y son muchos por cierto, contienen agua salada y amarga como resto corrompido del mar que cubría en otros tiempos aquellos parajes. Pero Horus con el tiempo triunfó sobre Tifón. Eso quiere decir que, habiendo caído abundantes lluvias, el Nilo aumentó e hizo retroceder al mar, descubrió la llanura y la rellenó de tierra aluvión. De ello tenemos pruebas palpables, pues en nuestros días observamos que cuando el río arrastra nuevo limo y empuja a la tierra con sus aguas, el mar se retira, retrocede poco a poco, se adentran sus olas cuando las partes bajas del suelo llegan a adquirir altura, rellenándose con aluvión. Por eso Faros, cantada por Homero<sup>191</sup> diciendo que se halla a una jornada de distancia de Egipto, hoy forma parte íntegra del mismo Egipto. ¿Quiere decir esto que dicha isla haya cambiado de posición, que se haya aproximado a la tierra? No; lo sucedido ha sido que el espacio intermedio que el mar ocupaba en otro tiempo, al retirarse, ha sido rellenado por el río y por esto ha aumentado el continente en extensión. Pero estas explicaciones se parecen a las interpretaciones teológicas que dan los estoicos. Ellos pretenden que el

---

190. La opinión de que Egipto fue en tiempos remotos mar, y que los aluviones del Nilo formaron su suelo, es también la que defiende Herodoto, que pretendía haberla oído referir a los sacerdotes de Memfis. Cf. Herodoto, II, 10 y 12.

191. Cf. Homero, *Odisea*, IV, v. 335-336; Faros es una isleta situada en la costa de Egipto. Cuando Alejandro fundó la ciudad de Alejandría, delante de Faros, hizo que uniesen dicha isla al continente por un muelle de siete estadios de longitud, formando de este modo los dos puertos de la ciudad. Esta isla es famosa por su elevada torre, una de las siete maravillas del mundo, que hizo edificar en ella Ptolomeo II, estableciendo un faro.

soplo generador y nutritivo es Dionisio, que la causa que une y divide es Heracles, que el principio que recibe es Ammón, que la fuerza que se insinúa en la tierra y penetra los frutos es Deméter y Coré, y que la que se esparce por el mar es Poseidón.

**41** Los que mezclan a estas interpretaciones de orden físico ciertas consideraciones sacadas de las ciencias astronómicas, pretenden que Tifón designa el mundo solar y que Osiris representa el mundo lunar.<sup>192</sup> Según ellos, la Luna, a causa de la luz fecunda y húmeda que emite, favorece realmente la generación de los animales y el crecimiento de las plantas, y el Sol, por su fuego ardiente y desecador, no solamente recalienta los seres que crecen y los tiernos brotes de la vegetación, sino que debido al hecho de su calor devorador, la mayor parte de la tierra es absolutamente inhabitable, venciendo de este modo en muchos lugares a la Luna. Por eso, añaden ellos, los egipcios dan siempre a Tifón el nombre de Set, palabra que quiere decir «fuerza opresora y apremiante» y en su etimología dicen que Heracles, fijado en el Sol, evoluciona con él, y que Hermes se mueve con la Luna.<sup>193</sup> En efecto, las influen-

---

192. En las *Lamentaciones de Isis y de Neftis*, trad. P. J. de Horback, en *Obras diversas*, p. 44, existe un párrafo entero referente a la manifestación lunar de Osiris. En él dice Isis a su hermano y esposo: «La santa emanación que de ti surge da la vida a los dioses y a los hombres, a los reptiles y a los cuadrúpedos. Por ti viven. Vienes hacia nosotros saliendo de tu retiro, oportunamente, para esparcir el agua de tu alma, para prodigar los panes de tu ser, para que puedan vivir los dioses lo mismo que los hombres». Sobre Osiris-Luna, cf. Lepsius, *Die Chronologie der Aegypt.*, pág. 197, nota 3; Brugsch, *Relig. und Mythol.*, págs. 456-457. Véase también el notable estudio de E. Grébaud, «Sobre los dos ojos del disco solar», publicado en *Recopilación de los trabajos*, t. I, págs. 72-87, 112-131.

193. Heracles, a quien Plutarco aquí parece identificar con Tifón, es una divinidad cuya identificación egipcia no se ha podido determinar exactamente. Se cree reconocerla en Harshafitou, Horus, Knoumou, Khonson. Cf. Sourdille, *op. cit.*, págs. 172-173. Hermes o Thot, se confundió a menudo con la Luna.

cias de la Luna se parecen a obras de la razón y de la elevada sabiduría; las del Sol, al contrario, a golpes dados por la violencia y la fuerza. Los estoicos también afirman que el fuego del Sol fue encendido por el mar y que el mar es lo que lo alimenta, mientras el agua de las fuentes y manantiales, la de los estanques, envía a la Luna exhalaciones suaves y débiles.<sup>194</sup>

**42** La mitología egipcia señala el decimoséptimo día del mes *Athyr*<sup>195</sup> como aquél en que murió Osiris. Es precisamente la época en que el plenilunio se muestra con mayor esplendor y brillantez. Los pitagóricos llaman a este día *interposición*, sintiendo por este número 17 una repugnancia absoluta y sagrada. En efecto, entre el número cuadrado 16 y el rectángulo 18, que son los únicos números planos cuyos perímetros son idénticos a sus áreas, queda el número 17, que se interpone entre ellos, apartándolos uno del otro, y divide su relación, que contiene el entero más un octavo, en dos partes desiguales.<sup>196</sup>

Por otra parte, unos dicen que Osiris vivió, y otros que reinó, durante veintiocho años. Ahora bien, este número 28 corresponde a los días durante los cuales se ve la luz de la Luna, y al mismo tiempo que emplea en recorrer el camino de su elipse. En las ceremonias llamadas funerales de Osiris, los egip-

194. «Los filósofos del Pórtico —dice Porfirio, *De Ant. Nymph.*, 10— creyeron que el Sol obtenía su alimento de las exhalaciones del mar; la Luna de los vapores de los manantiales y los ríos, y los astros de las de la tierra.»

195. El mes de *Athyr*, tercero del año egipcio, correspondía, como hemos dicho ya, en parte al de octubre y en parte al de noviembre.

196. Los números planos, en la aritmología pitagórica, son aquellos que se obtienen por la multiplicación de dos números. Los planos-cuadrados son el producto de la multiplicación de un número por sí mismo,  $4 \times 4 = 16$ ; los planos-rectángulos son el producto de la multiplicación de un número, no por sí mismo, sino por otro,  $3 \times 6 = 18$ .

cios cortan leña y fabrican una arquilla en forma de cuarto creciente, y esto se debe a que la Luna, cuando se aproxima al Sol, adopta para eclipsarse la forma de una hoz. El despedazamiento de Osiris en catorce trozos indica, según se dice, empleando palabras equívocas, el número de días durante los cuales decrece la Luna, a partir del plenilunio hasta la Luna nueva. El día en que reaparece por vez primera, tras haberse liberado del resplandor del Sol y haber adelantado a este astro, se llama *Bien imperfecto* porque Osiris es esencialmente bienhechor, y su nombre, que posee varios sentidos, expresa, ante todo, la idea de su poder activo y bienhechor. Por otra parte, el otro nombre de este dios, que es *Omfis*, significa «bienhechor» según la interpretación que nos proporciona Hermaios.<sup>197</sup>

**43** También admiten que las fases de la Luna tienen cierta relación con las crecidas del Nilo. En efecto, el mayor nivel que alcanzan sus aguas, en Elefantina, es de veintiocho codos, siendo este número igual al de los días durante los cuales aparece la Luna, y el que corresponde al tiempo que emplea en su revolución todos los meses. La menor elevación, en Mendes y Xoïs, es de seis codos: corresponde a los seis días en que la Luna llega a su cuarto creciente. La altura media, que se produce en los alrededores de Memfis, es de catorce codos, cuando la crecida es normal; corresponde a los días empleados por la Luna para llegar a su plenilunio.

Estos mismos filósofos pretenden también que Apis es la imagen viviente de Osiris, que es engendrado en el momento

197. «La idea del bien —dice Sourdille, *op. cit.*, pág. 60— debía asociarse, y se asoció pronto, a la idea del río alimentador cuyo desbordamiento anual aseguraba la vida y prosperidad a todo Egipto, así como la idea del mal a la sequía que produce la sed y el hambre. Osiris fue la divinidad del bien, *Omphis* (*Ounofri*), «el Ser bueno» por excelencia, como *Set* (*Typhón*), representa las potencias del desorden y destrucción.»

en que la luz generatriz parte de la Luna y alcanza a la vaquilla en celo.<sup>198</sup> Por este mismo motivo añaden también que Apis, al parecer, ofrece diversos rasgos de semejanza con las formas de la Luna: su resplandeciente pelaje está oscurecido en algunos puntos por manchas sombrías. Además, durante la Luna nueva del mes de *Famenoith*, los egipcios celebran una fiesta llamada «La entrada de Osiris en la Luna»,<sup>199</sup> que es el comienzo de la primavera. Por esto, al considerar la potencia de Osiris en la Luna, dicen los egipcios que este dios se une con Isis, que es la fuerza productora. También llaman a Isis «madre del mundo», adjudicándole una naturaleza macho y hembra, puesto que, fecundada y encinta por el Sol, emite a su vez y siembra en los aires los principios generadores. La influencia destructora de Tifón, en efecto, no prevalece siempre, y es frecuentemente vencida y encadenada por la fuerza generadora; luego, cuando se libera de nuevo, entra en lucha con Horus. Ahora bien, Horus es el ambiente que rodea el mundo terrestre que nunca está absolutamente libre de la corrupción y la generación.<sup>200</sup>

---

198. «Apis —dice Herodoto, III, 28— es el vástago de una vaca que, después de haberlo contenido en sí, no puede concebir; entonces desciende del cielo un rayo sobre ella, y este rayo hace nacer a Apis.» «Nace de la luz del cielo», dice también Eliano, *Nat. Anim.*, XI, 10. Cf. Mariette, *La madre de Apis, y Serapeum*, del mismo autor, págs. 126-128.

199. El mes *Famenoith*, séptimo del año egipcio, correspondía a finales de nuestro febrero y a gran parte de marzo. Esta fiesta de comienzos de primavera era la fiesta de la Luna llena de primavera, cuya aparición coincide con el despertar de las fuerzas de la naturaleza. La Luna refleja la luz solar, sobre todo cuando está en el pleno, y, en este momento, Osiris o el Sol, parece que venga hacia ella para unirsele. Cf. Brugsch, *Relig. und Mythol. der alt. Aegypt.*, págs. 625-626; Sourdille, *op. cit.*, 130.

200. «Horus —dice Lefébure, en *El mito osiriano*, cap. I, «Los ojos de Horus», pág. 102— fue primeramente el cielo, o el aire de que parece estar formado; luego representó la luz celeste en lucha con las plagas tifonianas, identificándose finalmente con la expresión más visible de esta fuerza, el Sol.»

**44** Ciertos filósofos pretenden que este relato es una figura alegórica de los eclipses. Según ellos, la Luna se eclipsa cuando está en su plenilunio, y cuando, al encontrarse en oposición con el Sol, cae en la sombra de la Tierra, de la misma manera que se dice cayó Osiris en el ataúd. A su vez, cada treinta días de su revolución, la Luna oculta y oscurece al Sol, sin aniquilarlo por completo, de la misma manera que Isis tampoco aniquiló a Tifón.

También se dice que cuando Neftis engendró a Anoubis, Isis reconoció al hijo. En efecto, Neftis designa lo existente bajo la tierra y lo que no se ve; por el contrario, Isis designa lo existente sobre la tierra y que se ve. Ahora bien, el círculo que toca estos dos hemisferios, que es común a ambos y que llamamos horizonte, recibe el nombre de Anoubis. Se le representa con la figura de un perro, porque el perro ve durante la noche lo mismo que durante el día. Por eso parece que Anoubis goza entre los egipcios de las mismas atribuciones o atributos que Hécate entre los griegos; es subterráneo y celeste al mismo tiempo.

Otros creen que Anoubis es Cronos, y estiman que porque Cronos lo engendra todo por sí mismo llevándolo todo en sí, ha recibido el nombre de *perro*. Pero esta palabra es, para los adoradores de Anoubis, además, término prohibido y rodeado de un sentido misterioso y secreto. En otro tiempo el perro recibió los mayores honores en Egipto. Luego, cuando Cambyses mató al buey Apis y lo hizo echar al muladar,<sup>201</sup> no hubo animal alguno que se acercase a él y se atreviese a comer de su carne; solamente el perro fue el que le mordió, perdien-

---

201. Sobre la manera como Cambyses, durante las ceremonias solemnes que acompañaron su entronización, mató al buey Apis e hizo azotar a los sacerdotes, cf. Herodoto, III, 27-29. Este rey murió, según atestiguan Herodoto, II, 65, y Eliano, frag. 431, a causa de una herida que sufrió en el muslo, en el preciso lugar en que precedentemente había matado al buey Apis. Cf. Maspero, *op. cit.*, pág. 694.

do desde entonces el privilegio de que gozaba siendo hasta aquel día el más honorado entre todos los animales.

Finalmente, hay quien da el nombre de Tifón a la sombra de la Tierra, en la que creen que la Luna resbala y cae cuando se eclipsa.

**45** De todo cuanto acabamos de exponer se desprende que no deja de ser verosímil decir que, si cada una de estas interpretaciones tomada particularmente no es exacta, consideradas en conjunto son justas. En efecto, no es la sequía causada por el calor, el viento, el mar, las tinieblas, lo que encarna Tifón, sino todo cuanto la naturaleza contiene de nocivo y destructor. No hay, pues, que situar, como quisieron Demócrito y Epicuro,<sup>202</sup> los primeros principios del mundo universal en los cuerpos inanimados, como tampoco, como quieren los estoicos, hay que admitir que una sola razón haya creado una materia sin propiedad, y que una influencia única lo domine todo, rigiéndolo. Efectivamente, si Dios es la causa de todo, es imposible que haya en el mundo algo malo, y que se halle en él algo bueno, si Dios no es la causa de nada. «La armonía del mundo, en efecto, es –según Heráclito– como la armonía de un arco o de una lira que se tienden para distenderlos».<sup>203</sup> También dice Eurípides: «Los bienes y los males no podrían separarse; nuestra felicidad está integrada por cierta mezcla de ellos».

También existe una doctrina que se remonta a la más remota Antigüedad, y que ha llegado hasta los poetas y filósofos, descendiendo desde los fundadores de los conocimientos sagrados y

202. Demócrito y Epicuro explicaban la formación del universo y de todos los fenómenos de la naturaleza debido al encuentro fortuito y a las combinaciones mecánicas de los corpúsculos que caen eternamente en el vacío. Estos corpúsculos indivisibles, infinitamente tenues, en infinito número, idénticos en cuanto a su naturaleza, no difieren más que en peso, volumen y forma, y fueron llamados por ellos *átomos*.

203. Cf. Heráclito, ed. Diels, frag. 51. Véase también Platón, *Symp.*, 187 A, y Plutarco, *De Tranq. An.*, 15.

de los legisladores. Su origen es anónimo; pero es doctrina cuyo crédito vigoroso e incommovible se halla frecuentemente implicado no sólo en los discursos y tradiciones, sino también en los ritos de iniciación y en los sacrificios, tanto entre los bárbaros como entre los griegos. Esta doctrina enseña que el universo no flota en los aires por azar, sin inteligencia, sin causa, sin piloto. Añade que no le domina y conduce una razón única como timón o freno moderador, sino que los bienes y los males se encuentran mezclados en él con la mayor frecuencia, o más bien, concretando, que nada de cuanto produce en este mundo la naturaleza queda exento de mezcla.<sup>204</sup> No hay más que un repostero que nos distribuye los acontecimientos que deben afectarnos,<sup>205</sup> de la misma manera que un tabernero pudiera tomar de dos toneles licores diversos mezclándolos. Pero todo llega hasta nosotros procedente de dos principios opuestos, de dos fuerzas contrarias, una de las cuales nos guía hacia la derecha y en línea recta, la otra nos hace retroceder empujándonos hacia atrás. De aquí esa mezcla inherente a la vida, inseparable del mundo, si no del universal, al menos de nuestro mundo terrestre y sublunar, sujeto a los caprichos de la irregularidad, de la variabilidad, propio para reci-

---

204. Esta teoría que pretende que el mundo manifiesto es producto de oposición entre ambos principios, uno de los cuales engendra el bien, y el mal el otro, ha sido denominada *madzetsmo*. En esta lucha, el principio del bien era, según los magos, el que debía vencer. Cf. A. Franck, *Dicc. de las ciencias filosóficas*.

205. En este párrafo, Plutarco alude a los versos siguientes de Homero, *Iliada*, XXIV, 525-234: «Los dioses han querido que los días de los miserables mortales estuviesen entretejidos de desgracias: únicamente ellos gozan de la felicidad perfecta. A los pies del trono de Zeus hay dos toneles: uno de ellos encierra los males, el otro los bienes. Cuando Zeus, a quien regocija el rayo, introduce su mano en estos dos toneles, nuestra vida queda formada por una mezcla de felicidad e infortunios. Aquel que no recibe más que males como dote, queda entregado al insulto y al desprecio: las funestas desgracias le perseguirán en esta tierra, va errante por todas partes siendo el oprobio de los dioses y de los hombres».

bir toda clase de modificaciones. En efecto, si nada puede hacerse sin causa, y si lo que está bien no podría convertirse en causa de mal, precisa que haya en la naturaleza un principio particular que dé origen al mal, de la misma manera que existe para el bien.

**46** Esa opinión es la adoptada por los más grandes sabios y por los más esclarecidos. Efectivamente, unos creen en la existencia de dos dioses, dotados de algún modo de actividades rivales, uno de los cuales es el artesano del bien, del mal el otro. Algunos de entre ellos dan el nombre de Dios al principio mejor y llaman Demonio al malo. Ésa es la doctrina del mago Zoroastro, que, según se dice, vivió cinco mil años antes de la guerra de Troya. Zoroastro llamaba Ormuzd al principio del bien, y Arimán al del mal.<sup>206</sup> Además, añadía que, entre las cosas sensibles, era a la luz a lo que más se parecía Ormuzd, y que Arimán, al contrario, se parecía a la ignorancia y a las tinieblas. Decía también que Mithra ocupaba un lugar entre estos dos principios, y por eso los persas dan a Mithra el nombre de *Mesités* o sea «Mediador».<sup>207</sup> En honor de Ormuzd, prescribía Zoroastro sacrificios, ruegos y acciones

206. Oromazio, Ormuzd o Ahouramadza significaba «el Omnisciente». Se llamaba a este espíritu del bien, a este dios por excelencia, «el luminoso, el resplandeciente, el muy grande y muy bueno, el muy perfecto y muy activo, el muy inteligente y muy bello». Arimán era el tenebroso, el nocivo, el perverso, el criminal y el impío. Sobre los dioses y religión de los iraníes o iranianos, cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 609 y ss.; J. Darmesteter, *The Zend-Avesta y Ormazd y Ahariman*; Hovelacque, *El Avesta, Zoroastro y el Madzeísmo*; F. Cumont, *Las religiones orientales en el paganismo romano*, 1913.

207. Mithra era uno de aquellos genios intermediarios, los *Yzeds*, que velan por la conservación y ordenación del mundo y unen al hombre con Dios. Se le llamaba el espíritu de la luz divina. Cf. Darmesteter, *The Zend-Avesta*, t. I, pág. LXI, y t. II, págs. 122-123. Sobre Mithra, cuyo nombre significa «amigo», cf. S. Reinach, *Cultos, mitos y religiones*, t. I, págs. 220-234, *La moral del Mithraísmo*.

de gracia, y para Arimán, lúgubres ceremonias destinadas a desviar los males. Y, en efecto, los persas machacan en un mortero cierta especie de hierba llamada *motu*, invocando al mismo tiempo a Hades y a las Tinieblas. Luego, mezclando la sangre de un lobo degollado con dicha hierba, echan la mezcla en un lugar que el Sol nunca baña, porque creen que hay ciertas plantas que pertenecen al buen Dios, mientras otras son propiedad del mal Demonio. También consideran al perro, entre los animales, lo mismo que a los pájaros y a los erizos terrestres, como pertenecientes al buen Dios, mientras los ratones de agua pertenecen al Demonio perverso. Por esa razón, estiman afortunado a quien mata gran número de estos últimos animales.<sup>208</sup>

---

208. ¿Habría que buscar la causa de lo que relata Herodoto en la veneración que los persas sentían por los pájaros y los perros? Herodoto dice: «No se inhumaba el cadáver de un persa (I, 140) antes de que hubiere sido mordisqueado por los perros y picado por las aves de rapiña». «Los medas —relata Eusebio, *Praep. Evang.*, VI, 227— presentaban los moribundos a los perros, perros que alimentaban cuidadosamente.» En lo referente a los magos, diferían muchísimo de los demás hombres y de los sacerdotes egipcios. «Éstos —dice Herodoto, I, 40— se abstentaban de matar nada de lo que tuviese vida, excepto lo que ofrecían como sacrificio. Los magos mataban personalmente todo, excepto el perro y el hombre. La destrucción de hormigas, serpientes, pájaros e insectos era para ellos una especie de emulación.» En su tratado *Cuáles son los animales más inteligentes*, 16, Plutarco dice que el erizo de tierra posee la presciencia del tiempo. En cuanto a las ratas de río, el mismo Plutarco en su *Propósitos de mesa*, IV, 5, relata que los magos, discípulos de Zoroastro, las destruían. El *Vendidad Sadé*, dícenos en efecto, «que la caridad del hombre debe extenderse a las bestias madzeánicas, al toro, al carnero, al erizo y al perro. El perro es la mejor criatura de Ahouramadza, aquella por la que hay que sentir mayor respeto». Cf. J. Darmesteter, *La Vendidad Sadé*, t. I, pág. 131.

**47** Desde luego, también los persas cuentan muchos mitos en lo concerniente a sus dioses, como los siguientes: dicen que Ormuz, hijo de la luz más pura, y Arimán, nacido de la oscuridad, están en guerra uno contra el otro. Ormuz creó seis dioses: el primero es el dios de la benevolencia, el segundo el de la verdad, el tercero el de la equidad; de los tres restantes, uno preside la sabiduría, otro la riqueza y el tercero posee el privilegio de crear las agradables sensaciones que acompañan a las bellas actividades.<sup>209</sup> Pero Arimán, por su parte, creó igual número de dioses destinados a ser una especie de antagonistas de los engendrados por Ormuz.<sup>210</sup> Entonces Ormuz, adoptando un triple crecimiento, fue a colocarse a una distancia del Sol igual a la que separa este astro de la Tierra. En aquel sitio empleó el tiempo adornando el firmamento con estrellas, dando a una de ellas, a Sirio, la preeminencia sobre todas las demás, confiándole el cargo de guardián y vigilante de todas ellas. Luego creó veinticuatro dioses más y los metió en un huevo.<sup>211</sup> Pero Arimán, al enterarse, produjo un número igual de dioses; éstos agujerearon el huevo, y a partir de

209. Estos diez dioses fueron los más poderosos coadjutores de Oromazio. Se les llama los Amshaspands o los *inmortales benevolentes*. Cf. Maspero, *op. cit.*, pág. 612.

210. Los genios malos que Arimán opone a las criaturas de Oromazio son: el *pensamiento malo*, el *fuego destructor*, que busca la manera de extender por el mundo el disgusto y el pecado, la *flecha de la muerte*, que impulsa a los reyes a la tiranía y a los hombres al robo y al asesinato, la *arrogancia-orgullo*, la *sed* y el *hambre*. Cf. Maspero, *op. cit.*, pág. 616, y Darmesteter, *El Zend-Avesta*, t. I, págs. LXXII-LXXIII.

211. Estos 24 dioses son los *keds* o genios celestes; los que creó en número igual Arimán son los *devs*, o demonios. Cf. Darmesteter, *Ormadz and Ahrinian*. En *Los Misterios de Dionisio*, nos dice Plutarco, *Prop. de mesa*, II, 3, el huevo estaba consagrado como representación del Ser soberano, que produce y comprende todas las cosas.

aquel momento el mal quedó mezclado con el bien. No obstante, se aproxima el día, marcado por el destino, en que Arimán, después de haber desencadenado la peste y el hambre, quedará necesariamente aniquilado por estas plagas y perecerá. La Tierra presentará una superficie plana y regular; no habrá más que un género de vida, una única forma de gobierno; los hombres serán felices y hablarán todos la misma lengua. Theopompo de Chios<sup>212</sup> nos dice que, según los magos, dominarán estas divinidades rivales cada una a su vez durante tres mil años, siendo dominadas también alternativamente, pero que durante otros tres mil lucharán y se hará la guerra destruyendo cada una de ellas todo cuanto la otra ha creado;<sup>213</sup> finalmente, será vencido el mismo Hades; los hombres alcanzarán la felicidad, no necesitarán alimentarse ya y no proyectarán sombra alguna.<sup>214</sup> Añaden los magos que el dios que haya traído y producido tales resultados quedará en reposo y cesará de obrar durante un lapso de tiempo considerable, pero no más largo para un dios que la medida ordinaria del sueño de un hombre. Tal es la manera como hablan los magos en su mitología.

---

212. Theopompo de Chios nació hacia el 380 a. C. De sus *Hellénicas* quedaban solamente fragmentos, lo mismo que de sus *Filípicas*, en las cuales este brillante orador apasionado, discípulo de Isócrates, relató toda la historia de su tiempo, remontando hasta el pasado. Cf. A. y M. Croiset, *Hist. de la lit. griega*, t. IV, págs. 662-674.

213. Este ciclo era de 12.000 años. Habitualmente se le divide en cuatro períodos de 3.000 años. En el 1.º, Ormuzd y Arimán crean; en el 2.º Ormuzd reina; en el 3.º Arimán prevalece, y en el 4.º luchan ambas divinidades, venciendo Ormuzd.

214. Las almas de los muertos, dice Plutarco en su tratado sobre *los Plazos de la justicia divina*, no proyectan sombra y no parpadean. Por estos signos discernían los pitagóricos, cuando durante su sueño creían penetrar en la región sutil en donde habitan las almas, si encontraban en ella a las almas de los muertos o las de los vivos adormecidos.

**48** Los caldeos llaman a los dioses con el nombre de los planetas que los han engendrado; designan dos de ellos como bienhechores, dos como malhechores y dicen que los otros tres son intermediarios y que participan de las cuatro divinidades contrarias.<sup>215</sup>

En lo concerniente a los griegos, su doctrina es casi conocida por todo el mundo. Atribuyen a Zeus Olímpico el privilegio de concedernos el bien, considerando a Hades como divinidad cuya influencia hay que rehuir. Sus mitólogos cuentan que Afrodita y Ares engendraron a Harmonía: considerando a Ares como huracán y destructor, y a Afrodita encantadora y creadora. Por otra parte, Clea, ya sabes la conformidad expresada por sus filósofos con esta doctrina. Heráclito llama claramente a «la Guerra, reina y soberana de todo», y Homero,

215. «Los caldeos —dice Diodoro de Sicilia, II, 29— son los más antiguos de los babilonios. Forman, en el Estado, una clase semejante a la de los sacerdotes en Egipto. Instituidos para ejercer el culto de los dioses, pasan toda su vida en la meditación sobre las cuestiones filosóficas, habiendo adquirido gran reputación en la astrología [...]. La filosofía de los caldeos es tradición familiar; el hijo que hereda de su padre queda exento de todo tributo público [...] Habitados al estudio desde su infancia [...] los caldeos estacionándose siempre en el mismo punto de la ciencia, reciben sus tradiciones sin alteración...» Este autor continúa diciendo (lib. II, 30) que «el mundo es eterno por naturaleza, que nunca tuvo comienzo ni tendrá fin. Según su filosofía, el orden y arreglo de la materia se deben a una providencia divina; nada de cuanto se observa en el cielo es efecto del azar; todo acontece debido a decisión madura y soberana de los dioses. Como han observado los astros desde los más remotos tiempos (desde sus primeras observaciones astronómicas hasta la invasión de Alejandro, no cuentan menos de cuatrocientos setenta y tres mil años), conocen exactamente su curso e influencia sobre los hombres, y predicen a todo el mundo el porvenir». Traducción de Hoefler. Los caldeos, según atestigua Diodoro, II, 30, reconocían cinco planetas: Saturno, Marte, Venus, Mercurio y Júpiter. Les denominaban *intérpretes*, porque anunciaban, con su movimiento particular, los acontecimientos futuros, e interpretaban para los hombres los deseos de los dioses. Sobre los dioses de los caldeos, Cf. Maspero, *op. cit.*, págs. 160 y ss.

añade, cuando desea que «la Discordia cese entre los dioses y los hombres [...] no se dio cuenta de que pronunciaba una maldición contra la generación de todos los seres, puesto que provienen de la lucha y la oposición, que el Sol no podría franquear los límites que le están asignados, y que si lo hiciere, tropezaría con las Erinias a las que protege la Justicia».

Empédocles da al principio generador del bien el nombre de «amor» y de «amistad»; también lo llama con frecuencia «armonía de tierna mirada». En cuanto al principio del mal, lo designa con el nombre de «odio pernicioso», de «discordia sangrienta».

Los pitagóricos se expresan dando varios nombres a ambos principios. Al del bien lo llaman «la unidad», «lo definido», «lo estable», «lo directo», «lo impar», «el cuadrado», «lo igual», «el lado derecho», «lo luminoso», mientras que al principio del mal dan el nombre de «la diada», «lo indefinido», «lo movido», «lo par», «lo oblongo», «lo desigual», «el lado izquierdo», «lo tenebroso». Éstos son para ellos los principios que rigen el principio de la generación. Anaxágoras llama «inteligencia» al principio del bien; «infinito» al del mal.

Aristóteles llama la «forma» al primero, la «privación» al otro. Platón, que se expresa a menudo de manera velada y encubierta, da a estos dos principios el nombre de «siempre el mismo» al uno, y al otro el de «ya lo uno, ya lo otro». Pero en sus *Leyes*,<sup>216</sup>

216. Platón, *Leg.*, 896 D y ss. En este párrafo habla Platón de las dos almas: una buena, la otra mala, que han concurrido a la formación del mundo; pero luego añade, 904 E, que el demiurgo ha hecho todo lo posible para que el bien venza al mal. «De algunos párrafos del *Tratado sobre Isis y Osiris*—dice O. Gréard, en *Moral de Plutarco*, pág. 263—se ha inducido erróneamente que Plutarco admitía el principio del dualismo maniqueo. Las explicaciones sobre que reposa esta conjetura tienen carácter puramente histórico; Plutarco busca todas las explicaciones posibles de los mitos egipcios. La explicación maniquea se presentó a su vez a su inteligencia, exponiéndola de la misma manera que hace con todas ellas; luego pasó a otra, no deteniéndose más que en la doctrina de Platón, como hace siempre. El dogma del *Timeo* es su dogma.»

obra escrita por él en edad más avanzada y en la que en lugar de expresarse de manera enigmática y simbólica, se sirve de palabras adecuadas, afirma que el mundo no está en movimiento por un alma sola, sino tal vez por gran número de ellas, al menos por dos con toda seguridad. Una de ellas es la creadora del bien, y la otra, que se le opone, produce efectos opuestos. También admite una tercera naturaleza intermedia, que no está privada ni de alma, ni de razón, ni de movimiento que le sea propio, como algunos han creído, sino que, aunque dependiente de las otras dos, tiende siempre a seguir a lo mejor, la desea, la persigue.<sup>217</sup> Esto es lo que indicará la continuación de nuestro discurso que se propondrá especialmente conciliar la teología de los egipcios con la filosofía de Platón.

**49** En efecto, el origen y composición del mundo es producto de una mezcla de dos fuerzas contrarias, que ciertamente no son igualmente potentes, sino que prevalece la mejor de ellas. Es imposible que desaparezca totalmente el principio del mal, puesto que está profundamen-

---

217. Platón, en este párrafo de las *Leyes*, dice que en el mundo manifiesto, la razón no se explica el movimiento en el universo sino por la idea de un primer principio motor. Este principio es llamado alma por Platón, y lo declara anterior a todo lo que en el universo participa del movimiento sin moverse, en una palabra, a la materia. Por encima, pues, de todas las almas manifestadas en las cosas, existe un alma soberanamente inteligente y bienhechora, que domina y encadena todo aquello que es malhechor, todo cuanto pone trabas, en una palabra, todo lo que es material. Para liberarnos de la inteligencia, para librarnos del mal que nos impide ascender hacia el bien, disponemos de los genios y de los dioses. Entre el alma del mundo y la materia, el hombre ocupa el lugar medio, de la misma manera que los genios lo ocupan entre el mundo y Dios. Sobre la creación del alma del mundo, sobre su esencia divisible o el cuerpo del universo, y sobre esta tercera esencia intermedia que participa de la esencia indivisible y la divisible, cf. Platón, *Timeo*, trad. de H. Martín, diálogo que parece surgido de una escuela teológica egipcia.

te arraigado en el cuerpo y en el alma del mundo, y siempre en empeñada lucha con el principio del bien. En esta alma del mundo, la inteligencia y la razón, que es guía y soberana dueña de todo acto bueno, es Osiris; en la tierra, el viento, el agua, el cielo y los astros, todo cuanto está regulado, cuanto es constante y saludable, con relación a las estaciones, temperaturas, periodicidades, todo ello emana de Osiris, manifestándolo de modo sensible. Tifón, por el contrario, es todo lo que en el alma del mundo hay de apasionado, subversivo, irracional e impulsivo, y todo lo percedero y nocivo en el cuerpo del universo. Todos los desórdenes que tienen por causa las irregularidades e intemperies de las estaciones, los eclipses del Sol, la ocultación de la Luna, son una especie de presencias y manifestaciones de Tifón. Eso es lo que prueba el nombre de Seth,<sup>218</sup> que se da a Tifón, porque dicha palabra significa «Fuerza opresora y constriñente» queriendo decir también con frecuencia «trastorno», «salto atrás». En cuanto al nombre de *Bebón*<sup>219</sup> que le dan también, hay quien pretende que fue el de uno de los compañeros de Tifón. Pero Manetón afirma que es al mismo Tifón a quien se llama *Bebón*. Esta palabra adquiere un sentido de «obstáculo», «impedimento», como si quisiera decir que el poder de Tifón se opone al curso natural de las cosas y al empuje que las impulsa hacia donde deben tender.

**50** Incluso entre los animales domésticos se le ha consagrado el más estúpido de todos: el asno; y entre los salvajes, aquellos más feroces: el cocodrilo y el hipopótamo. Del asno ya nos hemos ocupado; en cuanto al hipopótamo, en Hermópolis se exhibe una estatua que represen-

218. Seth, Set, Sit, es nombre egipcio de Tifón. Cf. E. Mayer, *Set-Typhon*.

219. Según Jablonski, *Pauth. Aegypt.*, V, 2, 23, la palabra *bebon* debe tener origen copto y significar «genio del mal», «espíritu perverso». Cf. Athénee, XV, 680.

ta dicho animal diciendo que es la de Tifón. Sobre los lomos de esta fiera se ve un gavilán que lucha contra una serpiente. El hipopótamo figura a Tifón, el gavilán indica el poder y autoridad que adquiere frecuentemente Tifón por la violencia, autoridad que no cesa de emplear en su maldad para trastornar a los demás y trastornarse a sí mismo. Por eso, en los sacrificios que se le dedican el séptimo día del mes <sup>220</sup> de *Tybi*, el día llamado «Vuelta de Osiris de Fenicia» se moldea sobre tortas la figura de un hipopótamo encadenado. En Apollinópolis,<sup>221</sup> hay una ley que obliga a todos los ciudadanos sin excepción a comer cocodrilo. Durante un día determinado solamente se dedican a su caza cogiendo cuantos pueden, los matan y los echan ante el templo de Apolo. Explican esta costumbre diciendo que Tifón se escondió de Horus, tomando la forma de cocodrilo. Por otra parte, todos los animales, todas las plantas, todos los acontecimientos perniciosos y funestos, los consideran como obra de Tifón, como resultado de sus funciones y agitaciones.

**51** En lo concerniente a Osiris, lo representan por medio de un ojo y un cetro; el primero de estos emblemas indica la previsión, y el segundo la potencia. Homero, al dar a Zeus, dueño y rey de todas las cosas, el nombre de «Regidor Supremo» parece aludir con la palabra *supremo* al poder de este dios, y con la palabra *regidor* a la clarividencia de su decisión y a su sabiduría aplicada.

220. El mes *Tybi*, quinto del año egipcio, correspondía, en parte, a nuestro diciembre, y en parte a enero: en él se festejaba la vuelta de Osiris de Byblos, o su epifanía.

221. Según Esteban de Bizancio, Apollinópolis era una ciudad del Alto Egipto. Los habitantes del territorio de Elefantina, dice Herodoto, II, 49, comen cocodrilo y no creen que sea sagrado. Véase también Eliano, *Nat. Anim.*, X, 21. Se le llamaba también Edfou, y poseía un gran templo erigido a Horus.

Muchas veces dibujan también un gavilán para designar a Osiris. Este pájaro vence a todos los demás por la viveza de su mirada, la rapidez de su vuelo y el poco alimento que necesita para vivir. Dicen también que el gavilán echa tierra a los ojos de los muertos sin enterrar al revolotear sobre ellos.<sup>222</sup> Se dice asimismo que, cuando se deja caer en el Nilo para beber, conserva desplegada una de sus alas, y que cuando ha bebido la pliega, indicando este gesto que se ha salvado escapando al cocodrilo, pues cuando lo atrapa dicho animal, el ala del pájaro continúa enhiesta.

En todas partes de Egipto pueden verse estatuas de Osiris representado en forma humana, con el miembro viril erecto, para indicar su virtud generadora y nutritiva. Cubren sus imágenes con un velo de color fuego porque consideran el Sol como el cuerpo de la potencia del bien, como el resplandor visible de la sustancia inteligible. Por eso podemos con justicia rechazar la opinión de aquellos que asignan a Tifón la esfera del Sol, puesto que nada luminoso, nada saludable, nada regular ni productivo, que se mueva ordenadamente y con medida, podría originarse en Tifón, pues lo perteneciente al orden de sus atribuciones es precisamente los efectos contrarios a los mencionados. La ardiente sequía, que hacen que perezca gran número de animales y plantas, no debe considerarse como obra del Sol; por el contrario, es producida por los vientos y las aguas que no se mezclan oportunamente con la tierra y el aire, cuando el dominio de la potencia irregular e indeterminada

---

222. «Los gavilanes —dice Porfirio, *De Abst.*, IV, 9— sienten compasión por el hombre; gimen sobre los muertos tendidos en el suelo y tiran tierra en sus ojos.» «Los egipcios —dice Eliano, *Nat. Anim.*, X, 16— veneran los gavilanes como imagen de Apolo, dios a quien llaman Horus en su lengua. Los veneran porque, entre todos los pájaros, son los únicos que pueden ver con facilidad y sin molestia los rayos del Sol. Sin cerrar los ojos se elevan muy alto y la llama divina no les ocasiona molestia alguna.» Sobre la leyenda que dice que los gavilanes entierran a los muertos, véase Eliano, *op. cit.*, II, 42. El gavilán se convirtió en encarnación de Horus.

provoca el desorden y sofoca las exhalaciones que pudieran templar el calor del Sol.

**52** En sus himnos sagrados en honor de Osiris, invocan los egipcios a «Aquel que se oculta en brazos del Sol»; y el día 30 del mes de *Epifi*,<sup>223</sup> cuando se encuentran la Luna y el Sol en la misma línea recta, celebran una fiesta llamada «El Nacimiento de Horus», porque consideran mirada y luz de Horus,<sup>224</sup> no sólo a la Luna, sino también al Sol. El 22 del mes llamado *Faofi*,<sup>225</sup> tras el equinoccio de otoño, festejan el «Nacimiento de los Bastoncillos del Sol» para indicar que este astro necesita apoyos y firmeza, que el calor y la luz han llegado a faltarle y que se aleja de nosotros declinando oblicuamente. Además, durante la época del solsticio de invierno, llevan procesionalmente una vaca con la que dan siete vueltas al templo. Este circuito se llama «Busca de Osiris», porque la diosa, durante la estación del invierno, desea el agua que produce el Sol.<sup>226</sup> Este número de siete evoluciones se debe a que el Sol emplea siete meses en llegar al

223. El mes *Epifi*, undécimo del año egipcio, corresponde en gran parte a nuestro mes de junio y al comienzo de julio.

224. «El cielo —dice Maspero, *Hist. ant. de los pueb.*, t. I, pág. 86— es Horus el Grande, el gavilán de plumas pintarrajeadas que planea en lo más alto de la atmósfera y abraza de una sola mirada fija el campo entero de la creación. Como su nombre se parecía, jugando las palabras, al término o dicción *horou* que designa el rostro humano, se mezclaron ambos sentidos y se unió a la idea de gavilán la de faz divina, cuyos dos ojos se abrían uno tras otro alternativamente, el derecho, el Sol, para iluminar los días; el izquierdo, la Luna, para iluminar las noches.» Cf. Lefébure, «Los ojos de Horus», páginas 96-98.

225. El mes de *Faofi*, segundo del año egipcio, corresponde, mezclándolos, a septiembre-octubre.

226. La crecida del Nilo comenzaba poco después del solsticio de verano.

solsticio de verano,<sup>227</sup> a contar del solsticio de invierno. También se cuenta que Horus, hijo de Isis, fue el primero que, en el cuarto día del mes, sacrificó al Sol, como se afirma en los libros que tratan sobre «los aniversarios del nacimiento de Horus».<sup>228</sup> Quemar perfumes en honor del Sol tres veces al día: resina cuando sale, mirra cuando se halla en el centro del cielo, y un perfume compuesto llamado *Kyfi*, cuando se pone.<sup>229</sup> Cada una de estas ofrendas tiene su significación, que daré más adelante. Con todas esas prácticas creen honrar al Sol y ponerlo de su parte; pero ¿hay necesidad de referir numerosos rasgos parecidos a los citados? Hay autores que dicen abiertamente

- 
227. Osiris solar es en la humanidad lo que el Sol en el cielo. «Ahora bien —escribe T. Devéria, en su *Introducción mitológica o Papyrus de Neb-Qed*— parece que el Sol nazca cuando sale y muera cuando se pone. Pero la puesta del Sol por Occidente es, hasta cierto punto, testimonio de su próxima salida por Oriente. Los egipcios no tardaron en llegar a la conclusión de que la naturaleza en general, y el hombre en particular, no debían anonadarse y que, por el contrario, todo estaba destinado a renacer después de la muerte. Para que la asimilación sea completa, este nuevo nacimiento debía ir necesariamente precedido de algún estado transitorio que representase la fase nocturna, es decir, la carrera o curso del astro por las regiones desconocidas del hemisferio inferior, que se suponían tenebrosas. Por eso el hombre no debía renacer sino después de las peregrinaciones misteriosas de la existencia de Ultratumba, que tenían que efectuarse en los Infiernos. Estas diversas fases se renovaban incesantemente y con absoluta regularidad, de lo cual se dedujo la idea de la eternidad, no sólo en cuanto a la divinidad, sino también en lo referente al hombre y para el mundo entero.» A esta eternidad manifiesta en el mundo por el movimiento, debía el hombre unirse, como nos dirá Plutarco, uniéndose al movimiento, fijándose o incorporándose de este modo al motor inmóvil, a lo que no cambia.
228. Sobre los sacrificios conmemorativos que instituyó Horus tras su triunfo sobre Tifón, cf. Lefébure, *El mito osiriano*, sec. I, «Los ojos de Horus», pág. 55.
229. Sobre las ceremonias que se repetían tres veces al día, cf. *El decreto de Rosette*, ed. Chabas, pág. 45; A. Moret, *El ritual del divino diario*, pág. 22.

que Osiris es el Sol, que este dios es llamado Sirios por los griegos, y que el artículo «O» que los egipcios han añadido ante dicho nombre, es la única causa que puede ofrecer base al equívoco.<sup>230</sup> Afirman asimismo que Isis no difiere de la Luna, que aquellas de sus estatuas que la representan cornuda son imágenes de la Luna en cuarto creciente, y que las que están veladas de negro figuran las desapariciones y oscurecimientos que sufre, cuando desea y persigue al Sol. Por eso invocan a la Luna pidiéndole el buen éxito en sus amores, y Eudoxio nos dice que Isis es la que decide en los conflictos amorosos.<sup>231</sup> Todas esas opiniones no dejan de tener visos de realidad. Por el contrario, aquellos que dicen que Tifón es el Sol, no merecen ni que se les preste ninguna atención. Pero continuemos con nuestra explicación.

**53** Isis es, pues, la naturaleza considerada como mujer y apta para recibir toda generación. Éste es el sentido en que Platón la llama «Nodriza» y «Aquella que todo lo contiene». La mayor parte la llaman «diosa de infini-

230. Según Suidas, s. v. «Sefrios», los griegos llamaban algunas veces al Sol Sirios. Cf. *Archil*, 61, ed. Bergk.

231. Los egipcios, como hemos visto en el párrafo 43 de este tratado, daban a la Luna el nombre de *Madre del mundo*, porque esparce en el aire los principios fecundantes que ha recibido del Sol. También creían que si el Sol era autor y señor del espíritu, la Luna era señora del cuerpo y que influía mucho en su formación. Firmicus Maternus, en su prefacio del libro V de sus *Matemáticas*, dirigiendo la palabra a la Luna, le dice: «Tú, madre de los cuerpos humanos». Sobre Isis, considerada como principio de la generación, cf. *Himno a Isis*, edición Abel (E.) v. 36. En el undécimo libro de Apuleyo sobre las *Metamorfosis*, se observa que Isis es denominada Venus de Paphos, Venus Celeste, y que, en los primeros días del mundo, aproximó por amor innato a ambos sexos, propagando por la fecundidad eterna las generaciones humanas. Por otra parte, Isis fue confundida con Hathor, la Afrodita egipcia.

tos nombres»<sup>232</sup> porque la divina Razón la conduce a recibir toda especie de formas y apariencias. Siente amor innato por el primer principio, por el principio que ejerce sobre todo supremo poder, y que es idéntico al principio del bien; lo desea, lo persigue, huyendo y rechazando toda participación con el principio del mal. Aunque sea tanto para el uno como para el otro materia y habitáculo, se inclina siempre voluntariamente hacia el mejor principio; a él se ofrece para que la fecunde, para que siembre en su seno lo que de él emana y lo semejante a él. Se regocija al recibir estos gérmenes y tiembla de alegría cuando se siente encinta y llena de gérmenes productores. En efecto, toda generación es imagen en la materia de la sustancia fecundante, y la criatura se produce a imitación del ser que le dio la vida.

---

232. En las *Metamorfosis*, de Apuleyo, libro XI, se llama a Isis alternativamente Reina del Cielo, Ceres, Venus, Febea, Proserpina. «Soy —dice ella, apareciendo ante Lucio— la Naturaleza, la madre de las cosas, señora de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los Manes, primera entre los habitantes del cielo, tipo uniforme de los dioses y de las diosas. Yo soy aquella cuya voluntad gobierna las bóvedas luminosas del cielo, los céfiros saludables del Océano, el lúgubre silencio de los Infiernos. Como potencia única soy adorada por el universo entero bajo múltiples formas, diversas ceremonias, mil nombres diferentes. Los frigios, los primeros que vieron la luz en la Tierra, me llamaron diosa de Pesinonte y madre de los dioses; los atenienses autóctonos me dieron el nombre de Minerva Cecropiana. Soy la Venus de Paphos entre los habitantes de la isla de Chipre; Diana Dictyna para los cretenses hábiles en el lanzamiento de las flechas; Proserpina Estigia entre los sicilianos que hablan tres lenguas; se me denomina Ceres, la antigua divinidad, en boca de los habitantes de Eleusis; Juno, para unos, Bellona para otros; Hécate aquí, Ramnusia allá. Pero aquellos a quienes iluminan los primeros rayos del Sol naciente por su antiguo deber, son los únicos que me honoran con el culto que me es propio, son los solos que me llaman dándome mi verdadero nombre, es decir: la reina Isis.» (Trad. Bétolaud).

**54** No debe considerarse despropósito que los egipcios sostengan en su mitología que el alma de Osiris es eterna e incorruptible, que su cuerpo es despedazado y disimulado varias veces por Tifón, y que Isis, errante por todo lugar, lo busque y llegue nuevamente a recomponerlo.<sup>233</sup> Efectivamente, el Ser, que es también la inteligencia y el bien, es superior a toda corrupción y a todo cambio. De él se desprenden las imágenes modelo en la materia corpórea y sensible; ella es la que recibe determinantes, formas y parecidos, de la misma manera que la cera recibe la huella del sello. Pero esas huellas no son eternas. Son aprisionadas por el principio desordenado y tumultuoso que, relegado en este mundo lejos de las regiones excelsas, lucha contra Horus, contra este dios engendrado por Isis para que sea imagen sensible del mundo inteligible. Por eso se dice que Tifón acusa a Horus de ser hijo bastardo, porque no es puro ni sin mezcla, como su padre, la divina Razón, cuya sustancia es esencialmente simple e incapaz de toda pasividad, mientras que él, por su entrada en el mundo corporal, ha sido corrompido por la materia. Pero Horus triunfa saliendo victorioso de esta acusación con ayuda de Hermes, es decir de la razón, que atestigua y prueba que la

---

233. El alma de Osiris es identificada por Plutarco con la inteligencia divina. Su cuerpo es Horus, el mundo sensible, o la materia percedera ordenada por la inteligencia eterna. Este cuerpo es destrozado por Tifón, pero Isis logra reunir sus trozos y lo reconstituye para que goce de nueva vida. Y, como escribe G. Lafaye, *op. cit.*, pág. 1, Osiris es un dios en tres personas; la primera es él mismo, la segunda Isis. En estas dos formas tiene la facultad de reproducirse eternamente, y de este modo escapa a la acción de Set, principio de destrucción. Set destrozó a Osiris, dispersando sus trozos; Isis, esposa y hermana de la víctima, los reúne y les da vida; de este modo forma la tercera persona que toma el nombre de Horus. Por eso Dios no tiene principio ni fin, perpetuándose por efecto de su propia potencia; en Él el padre y el hijo no se distinguen, siendo idénticos a la madre, que los hace revivir uno por el otro.

naturaleza, al transformarse, reproduce el mundo a imagen del orden inteligible. En efecto, al decir que Isis y Osiris estaban aún en el seno de Rea cuando estas dos divinidades dieron a luz a Apolo,<sup>234</sup> quieren los egipcios darnos a entender que antes de que nuestro mundo fuese visible, antes de que la materia hubiese recibido razón y determinación, la naturaleza, acusada de ser imperfecta en sí misma, recibió con ello su primer nacimiento. Por eso los egipcios pretenden que este dios nació débil y en el seno de las tinieblas; por eso le llaman Horus el Viejo.<sup>235</sup> En efecto, este dios no era el mundo, sino simulacro y sombra del mundo que debía formarse en el futuro.

**55** En lo concerniente al Horus menor, que es el Horus determinado y perfecto, no aniquiló por completo a Tifón, sino que le privó de su fuerza y actividad. Por eso se dice que la estatua de Horus que hay en Coptos lleva en una de sus manos el miembro viril de Tifón.<sup>236</sup> Además, dicen sus mitólogos que Hermes, tras haber quitado a Tifón sus ner-

---

234. Isis y Osiris, como ha dicho Plutarco anteriormente, párr. 12, enamorados mutuamente, se unieron ya antes de nacer en el seno de Rea, originando a Aroueris, Horus el Viejo o Apolo.

235. Rea es la diosa Nout, la Naturaleza o Espacio de los Cielos. Horus el Viejo sale del seno de Nout antes que sus propios generadores, Isis y Osiris. Este Horus, primer parto de la naturaleza imperfecta, parécenos que personifica la materia prima, indeterminada, como tierra o barro sigilario, pero dispuesto ya y presto a recibir las razones, formas o huellas que fluyen del alma de Osiris o de la Inteligencia suprema. En cuanto a Horus el menor, es, como dice Plutarco, párrs. 43 y 55, el mundo organizado, acabado y perfecto, el mundo que se renueva incesantemente, triunfa sobre Tifón. Para E. Grebaut, Osiris, difunto que fecunda a Isis para renacer en forma de Horus, es símbolo del astro que renace día tras día originado por sí mismo. Cf. *Recopil. de los Trab.*, t. I, «De los dos ojos del disco solar».

236. Sobre la emasculación de Tifón, véase el *Libro de los muertos*, XVII, 30, 112-113.

vios, hizo de ellos cuerdas para su lira. Esto es para hacernos comprender que cuando la Razón organizó el mundo, estableció en él la armonía al hacerlo resultado de elementos opuestos, que no aniquiló la fuerza destructora, sino que se contentó con regularizarla. Este principio está también debilitado en la Tierra, mezclado como lo está en este mundo y combinado con elementos capaces de afectarse y modificarse diversamente; pero no por eso deja de ser causa de los terremotos y sacudidas que resquebrajan el terreno, de sequías ardientes y vientos que introducen el desorden en el aire, huracanes acompañados de relámpagos y truenos. Su influencia pestilente se extiende hasta las aguas y el aire que respiramos; salta y sacude su crin hasta en el globo lunar cuyo resplandor molesta y oscurece. Eso creen y dicen los egipcios, cuando afirman que Tifón golpea a Horus en el ojo unas veces, otras se lo arranca, lo traga y lo devuelve luego al Sol.<sup>237</sup> De esta manera indican alegóricamente el menguante mensual de la Luna; por la privación total de este ojo, quieren dar a entender el eclipse de este astro, que restablece el Sol iluminándole de nuevo cuando se ha desprendido de la sombra de la Tierra.

**56** La naturaleza más perfecta y divina se compone, pues, de tres principios, que son: la inteligencia, la materia y el producto de su unión, el mundo organizado, como lo llaman los griegos. Platón tiene la costumbre de designar la inteligencia con el nombre de «idea», «modelo», «padre»; designa la materia con los de «madre», «nodriza», «base», y «asiento de la generación» y el resultado de su unión es denominado por él «descendiente» y «engen-

237. Sobre Tifón concebido como monstruo que, buscando la manera de devorar a la Luna u ojo de Horus, ocasiona las fases de este astro y sus eclipses, cf. Lefébure, *op. cit.*, pág. 51.

drado». Parece probable que los egipcios considerasen el triángulo rectángulo como el más bello de los triángulos, y que compararon a esta figura la naturaleza del universo. También parece que Platón se haya servido de ella para representar, en su *República*, el matrimonio en forma geométrica.<sup>238</sup> En el triángulo rectángulo, en efecto, el número tres representa uno de los lados del ángulo recto; el cuatro, la base; el cinco, la hipotenusa, y el cuadrado de ésta es igual a la suma de los cuadrados de los lados que contienen el ángulo recto.<sup>239</sup> Precisa, pues, representarse el lado del ángulo recto como figuración del macho, la base del triángulo como figuración de la hembra, y la hipotenusa como producto de ambos. De la misma manera debemos considerar a Osiris como primer principio, a Isis como la sustancia que recibe sus influencias, y a Horus como efecto resultante de la unión del uno y del otro. En efecto, el número tres es el primer número impar y perfecto; cuatro es el cuadrado de dos, primer número par, y cinco, compuesto de dos y tres, tiene al mismo tiempo de su padre y de su madre. De la palabra *pente*, «cinco», se dice deriva la palabra *panta*, «universo», y para decir *contar*, se emplea también la palabra compuesta «contar por cinco». Además, cinco elevado al cuadrado da un

---

238. Platón, en el párrafo de la *República*, 546, al que se refiere el autor, quiere designar un número tal que, en su pensamiento, representaba el gran año humano, y que, según él, ejercía cierta influencia sobre las bodas y nacimientos. Es uno de los párrafos más oscuros de dicho filósofo. Cf. epílogo que J. Dupuis añadió a su traducción de las obras de Theón de Esmirna y que lleva por título: «El número geométrico de Platón».

239. Pitágoras fue el que descubrió que, en todo triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados. Efectivamente, representando por tres uno de los lados del ángulo recto, por cuatro la base y por cinco la hipotenusa, obtenemos  $5 \times 5 = (3 \times 3) + (4 \times 4)$ .

número igual al de las letras del alfabeto egipcio, y al de los años que vivió el buey Apis.<sup>240</sup>

Los egipcios tienen también la costumbre de llamar a Horus *Min*,<sup>241</sup> palabra que equivale a «visto», porque el mundo es sensible y visible. En cuanto a Isis, unas veces la llaman *Mout*, otras *Athyri* y *Méthyer*. La primera de estas palabras, dicen, significa «madre»; la segunda «habitación terrestre de Horus» en el mismo sentido que Platón llama a Isis el «asiento» y el «receptáculo» de la generación, la tercera está compuesta de dos palabras que quieren decir «lleno» y «causa».<sup>242</sup>

- 
240. En otros tiempos, dice Plutarco, *De Defec. orac.*, 36, existía la costumbre de decir «contar por cinco», equivalente a *contar*. Creo que la palabra *universo*, «penta» ha derivado de «pente» cinco, por analogía, puesto que el número cinco, la péntada, está compuesto de los dos primeros números. El número cinco, en efecto, representaba la idea de Justicia que unía las partes desiguales (2 y 3). También reunía el primer número hembra (2) con el primer macho (3). También se daba al 5 el nombre de *esférico*, porque cuando se le multiplicaba por sí mismo tantas veces cuantas se quiera, la desinencia del producto continuaba siendo siempre igual a sí mismo. Cf. A. Delatte, *Estudios sobre la lit. pitag.*, págs. 152, 173.
241. *Min*, *Minou* era un egipcio, el gran dios de Chemmis, en el Alto Egipto. Se convirtió en dios de la generación. Se le representaba casi siempre itifálico. Los griegos lo asimilaron al dios Pan, y Chemmis fue denominado Panópolis. Los egipcios le confundieron con Horus, y se le consideró como hijo de Isis. Sobre *Minou*, cf. G. Steindorff. *La religión de los antiguos egipcios*, pág. 22; Eerman, «La religión egipcia», trad. Vidal, pág. 30; Maspero, *Hist. ant.*, t. I, pág. 99.
242. *Mout* o *Maout*, la madre, era la esposa de Amón, dios creador y providencia, y divinidad principal de Tebas. Isis heredó sus prerrogativas. *Athyri* es la diosa Hathor, cuyo nombre significa «habitáculo de Horus», o «seno de los espacios celestes». Esta diosa del amor y de la fecundidad fue, a medida que iba extendiéndose la religión de Osiris, despojada de sus papeles, e Isis se asimiló todas sus formas. *Méthyer* es calificativo que significa la «repleta», que llevaba también Nit en Sais. Cf. Brugsch, *Relig. und Mithol.*, pág. 123. Sobre Hathor, P. Virey, *La relig. del Ant. Egipto*, págs. 82-83, 185. Sobre *Mout*, Sourdille, *op. cit.*, págs. 43-44, 154-157.

La materia del mundo es llena, en efecto, y se relaciona con una buena causa, pura y soberanamente ordenada.

**57** Pudiera suceder que al considerar Hesíodo el Caos, la Tierra, el Tártaro y Eros como primeros elementos del mundo universal<sup>243</sup> no supiese otros principios que los que acabamos de tratar. En este caso tendríamos que atribuir, por una especie de sustitución, el nombre de Isis a la Tierra, el de Osiris a Eros, y el de Tifón a Tártaro. En lo concerniente al Caos, parece que Hesíodo haya querido suponer con él algún lugar, algún sitio apropiado al universo.

La misma naturaleza del asunto que tratamos recuerda asimismo hasta cierto punto el mito que Sócrates narra en el *Banquete* de Platón, sobre el nacimiento de Eros.<sup>244</sup> Dado que Fenía quería tener sucesión, se acostó cerca de Poros adormecido; luego, encinta de él, dio a luz a Eros, que es un niño de naturaleza mixta y compuesta de tendencias diversas, puesto que nació de padre bueno, sabio y apto en todo para bastarse a sí mismo, mientras que su madre es torpe, carente de recursos, siempre tiene necesidad de una cosa por carencia y aspira obstinadamente a otra. En efecto, Poros no es sino el primer bien digno de ser amado, deseado, el primer principio perfecto que se basta a sí mismo. Platón quiere designar con el nombre de Fenía a la materia, que es por sí indigente de todo bien y que, incluso estando saciada, continúa deseando siempre y ser apta para recibir eternamente. El ser que de ellos nace es el mundo

---

243. «En un principio —dice Hesíodo, *Theol.*, v. 116-122— existía el Caos, luego la Tierra de ancho pecho, asiento siempre sólido de todos los inmortales que habitan las cumbres del Olimpo nevoso, luego el sombrío Tártaro en las profundidades de la tierra espaciosa, finalmente Eros, el más bello entre los dioses inmortales.»

244. Véase, a propósito del mito de la génesis de Eros, Platón, *Symp.* Poros tiene el sentido general de *abundancia*, y Fenía, de *indigencia*.

de Horus; no es ni eterno ni está exento de afecciones, pero renace siempre, y, gracias a los cambios resultantes de sus modificaciones y a las evoluciones a que se halla sometido, se conserva siempre joven y persiste sin ser aniquilado nunca.

**58** Por eso precisa servirse de los mitos, no como razones absolutamente probatorias, sino para tomar de cada uno de ellos los rasgos de parecido que se concilian con nuestro pensamiento. Por eso, cuando hablamos de materia, no debemos dejarnos arrastrar por las opiniones de algunos filósofos y figurárnosla como cuerpo privado de alma, sin calidad, sin actividad y sin energía propias. Efectivamente, entre nosotros decimos que el aceite es materia para perfumar; que el oro es materia para hacer estatuas, pero ni el aceite ni el oro están desprovistos de toda calidad. También consideramos el alma del hombre y su inteligencia como materia destinada a servir de receptáculo a la ciencia y la virtud, confiando ambas a la Razón, para que ésta las ordene y dirija armoniosamente, estando en esto de acuerdo con varios filósofos que declararon que nuestro espíritu era el lugar de las ideas, parecido a la arcilla, dispuesta a recibir las huellas de las cosas inteligibles. Hay sabios que creen que el esperma, en la mujer, está exento de poder, que no contiene principio fecundo alguno, y que sirve solamente de materia y alimento a la generación.<sup>245</sup>

Los que sustentan tales opiniones deben pensar también que la diosa Isis participa siempre de la vida del Dios supremo, continúa unida a él por el amor que siente por los bienes y bellezas que de él emanan, y no se le resiste jamás. De la misma manera que afirmamos que un esposo legítimo y fiel ama y desea lógicamen-

---

245. Según Diodoro de Sicilia, I, 80, «Los egipcios creían que el padre es el autor único del nacimiento del hijo, al que la madre solamente ha proporcionado el alimento y alojamiento».

te a su esposa, de la misma manera que decimos que una mujer excelente, casada ya y que se ha unido a su marido, continúa deseándolo, de la misma manera la diosa desea siempre ardientemente a su esposo, se adhiere a él con obstinación, no cesando de querer henchirse de las partes más perfectas y puras de su esencia.

**59** Del mismo modo, cuando Tifón, agarrándose a las últimas emanaciones de ese dios, llega a apoderarse de ellas, se dice que entonces Isis parece entristecerse y afligirse lúgubrementemente. Ella busca todo cuanto queda de Osiris, recogiendo los fragmentos en los pliegues de sus vestiduras; luego, cuando ha recibido ya los desperdicios perecederos, los oculta cuidadosamente, con el fin de presentarlos en el día del nuevo nacimiento, y hacerlos resurgir de su seno. Efectivamente, las ideas, las manifestaciones y emanaciones de este dios, que brillan en el cielo y en los astros, se conservan en estado permanente, pero las que son diseminadas en los elementos sujetos a modificaciones, en la tierra, el mar, los planetas y los animales, se disuelven, corrompen y entierran para volver a aparecer a la luz y manifestarse en otro nacimiento. A eso se refieren los mitólogos cuando nos cuentan que Tifón llegó a ser esposo de Neftis, y que Osiris tuvo secreto comercio con ella. Si consideramos los últimos estados de la materia, que ellos denominan Neftis y Teleuté, veremos que están sometidos a la acción del principio destructor mucho más que los demás. El principio conservador y fecundo infunde en ellos solamente un germen débil y lánguido, germen que aniquila Tifón, exceptuando, sin embargo, los elementos que han sido recogidos por Isis y que ella salva, nutre y reconstituye.

**60** En suma, el mejor principio es el que prevalece, como piensan Platón y Aristóteles. El principio generador y conservador de la naturaleza se mueve hacia él y tiende al ser, y el principio destructor y corruptor se

aleja de él y tiende hacia el no ser. Por eso se le da a la diosa el nombre de Isis, nombre que proviene de la palabra *iestai*, «adelantarse», por moverse y progresar con ciencia y porque su movimiento es animado y dirigido por la reflexión.<sup>246</sup> No es este nombre de origen bárbaro, sino que, del mismo modo que el nombre común a todos los dioses *theós*, «dios», ha sido formado de dos palabras, *theatós* y *théon*, significando el uno «contemplado», y «que corre»<sup>247</sup> el otro, el nombre de la diosa, está compuesto de dos palabras, *épístème* y *kínesis*, reuniendo en él el «movimiento» y la «ciencia», y tanto entre nosotros como entre los egipcios ha recibido el nombre de Isis.<sup>248</sup> Dice asimismo Platón que para designar la «sustancia», *oysía*, los antiguos se servían de la palabra *ísia*.<sup>249</sup> Del mismo modo las

246. Ya nos ha dicho Plutarco, en el párrafo 2 de este tratado, que en la palabra Isis, de *isemi*, «saber», iba incluida la idea de ciencia; ahora añade, sirviéndose de una etimología análoga a la que Platón se sirve en el *Cratylo*, la idea de movimiento sacada de *iesthai*, «adelantarse».

247. En cuanto a la etimología de la palabra *dios*, he aquí lo que dice Platón en el *Cratylo*, 397 B: «Los primeros hombres que habitaron Grecia pareceme no conocieron otros dioses que aquellos que se reverencian hoy entre la mayor parte de los bárbaros, el Sol, la Luna, la Tierra, los astros y el cielo. Como los veían en perpetuo movimiento, “corriendo”, *theonta* siempre, de esta propiedad que poseen de “correr”, *thein*, les llamaron *theor*, “dioses”».

248. Para Platón, *Cratylo*, 412, como aquí para Plutarco, la ciencia o la sabiduría es el cuidado que tiene toda alma digna de razón de seguir el movimiento de las cosas, sin separarse jamás ni adelantarseles. Como el movimiento era el acto manifestado del pensamiento divino, unirse a él por la inteligencia y la acción, es verdaderamente unirse a la inteligencia motriz. Como esta inteligencia es extremadamente buena, únicamente puede conducirnos al bien, y dirigirnos hacia nuestro bien, sean cuales fueren las vicisitudes a las que nos somete la eterna fluencia de los seres y de las cosas.

249. Platón, en el *Cratylo*, 401 C, dice *esía*.

palabras *nóesis*, «inteligencia» y *frónesis*, «sabiduría aplicada», indican que dichas facultades son un «ímpetu del espíritu», *noy forá*, un movimiento del alma que se dirige y lanza hacia delante.<sup>250</sup> Añade también que las palabras *syniénai*, «comprender», *tó agathón*, «el bien», *he areté*, «la virtud»,<sup>251</sup> vienen de las palabras *rénai*, «ir», *théo*, «corro», y *réo*, «fluyo», y que, recíprocamente, las palabras que encierran un sentido contrario, amortiguan al mal que detiene el movimiento de la naturaleza, que le impide moverse y lanzarse: se trata de las palabras *kakía*, «vicio», *aporía*, «duda», *deilia*, «cobardía», *antía*, «desaliento».<sup>252</sup>

250. Platón, en el *Cratylo*, 411 B, dice, en efecto, que *frónesis* significa «inteligencia de lo que se muere y fluye», *foras kai rhoy nóesis*. En cuanto a la palabra *nóesis*, «inteligencia», significa «deseo de la novedad», *néoy ésis*, con la condición de que, por «novedad de las cosas», se entienda que devienen sin cesar. El acto del alma que desea este cambio perpetuo sería, pues, la *nóesis*.

251. Según Platón, *Cratylo*, 412 A, la palabra *syniénai*, «comprender», expresa que el alma «marcha de concierto con las cosas». La palabra *agathón*, el «bien», *Cratylo*, 412 B, es la que conviene a lo que hay de «admirable», *to ágasthó*, en la naturaleza entera. Todos los seres se mueven, unos con rapidez, otros lentamente. No todas las cosas son rápidas, pero algunas son admirables por su rapidez. La expresión *agathón*, el «bien», se aplica a lo que es «admirable por su rapidez», *toy Thooy to ágasto*. En cuanto a la palabra *arethé*, «virtud», *Cratylo*, 415 C, significa «lo que fluye siempre», *del rhéon*, sin constreñimiento ni obstáculo.

252. Para Platón, *Cratylo*, 415 B, la palabra *kakía*, «mal», significa todo cuanto «va mal», *kakos ión*. La palabra *deila*, «cobardía», viene de *desmós ho lan*, «lazo que es demasiado fuerte». La cobardía, añade, será, pues, un lazo muy fuerte y poderoso, que encadena nuestra alma. Lo mismo que la cobardía, la «duda», *áporía*, y, en general, todo cuanto presenta obstáculo al «movimiento» y a la «marcha», *iénai*, *poreyesthai* de las cosas es un mal. El «desaliento», *antía*, y la «duda», *áporía*, son pues, una detención, suspensión del movimiento. En resumen, todo cuanto nos impulsa es un bien, todo cuanto nos detiene un mal.

**61** En lo concerniente al nombre de Osiris, se origina en la asociación de dos palabras: *ósios*, «santo» y *hierós*, «sagrado». En efecto, existe una relación directa entre las cosas que se hallan en el cielo y las que se encuentran en el Hades, y los antiguos acostumbraban a llamar *santas* a las primeras y *sagradas* a las segundas. Ahora bien, el dios que nos revela las cosas celestes, que es la razón de aquellas que se dirigen hacia las regiones superiores, es Anubis. Algunas veces se le llama también Hermanubis. El primero de estos nombres aplicado a este dios expresa las relaciones con el mundo superior; el segundo, sus relaciones con el mundo inferior.<sup>253</sup> Por eso, los egipcios le sacrifican un gallo blanco unas veces, otras amarillo, porque creen que las cosas celestes son puras y luminosas y las de este mundo mezcladas y abigarradas.

No hay que extrañarse ante estos nombres formados a la manera de los griegos.<sup>254</sup> Hay muchos miles de ellos que salieron de Grecia con los emigrantes que, al propagarse en el extranjero, han tomado carta de naturaleza y se conservan hasta nuestros días. Algunos de ellos han sido adoptados nuevamente por los poetas, pero aquellos que designan dichos vocablos con el nombre de *glosas* o *locuciones extranjeras* les acusan de

253. Plutarco interpreta a la manera griega el nombre de Anoubis o Anubis, en el cual halla la palabra *áno* que significa «alto». Hermanoubis o Hermes-Anubis se confunde aquí con Hermes psicopompo o conductor de las almas de los griegos. Anubis, el dios de los horizontes, es quien abre a los difuntos el camino del otro mundo, y el que, como Hermes, guía y conduce a las almas hasta el más allá. Como conoce lo alto y lo bajo, es el «dueño de los secretos». Cf. E. Lefébure, «El vaso adivinatorio», en *Sphinx*, VI, págs. 62-65.

254. Herodoto sostiene una opinión completamente opuesta a Plutarco en cuanto a los nombres de los dioses. «Casi todos los nombres de los dioses —dice en II, 50— se introdujeron en Grecia tomándolos de los egipcios. Mis investigaciones me prueban que los debemos a los países bárbaros y creo que provienen de Egipto más que de otro país.»

haber introducido barbarismos. Según se dice, en las obras tituladas *Libros de Hermes*,<sup>255</sup> al tratar de los nombres sagrados se afirma que el poder que regula la circunvolución del Sol es llamado Horus por los egipcios, y designado por los griegos con el nombre de Apolo; que el que preside la actividad del aire es Osiris para unos y Serapis para los otros, mientras un tercer grupo le denomina Sothis, vocablo egipcio. Pero esta última palabra significa «embarazo o estar embarazada», siendo su equivalente griego *kúesis*, «embarazo», y la lengua griega, apartando de dicha palabra su aceptación habitual, ha dado el nombre de *kúon*, «perro», a la estrella principal de la constelación que los egipcios consideran especialmente consagrada a Isis.<sup>256</sup>

---

255. Los libros de Hermes, o *Libros herméticos*, consistían en una larga serie de obras (según Jámblico unas veinte mil) sobre las artes, la astrología, la religión, la medicina, la moral, etcétera. Ningún autor anterior a la era cristiana menciona estas obras. No obstante, se las considera como las últimas producciones de la filosofía griega, admitiéndose correctamente que entre las ideas alejandrinas que forman su fondo, existen rasgos reales de los dogmas religiosos del antiguo Egipto. Cf. L. Ménard, *Hermes Trismegisto*, Introducción; Champollion-Figeac, en *Egipto antiguo*, pág. 169, llega aún más lejos y no teme afirmar que estas obras contienen «una masa de tradiciones puramente egipcias, y constantemente de acuerdo con los monumentos más auténticos de Egipto». Nos quedan algunos fragmentos importantes que fueron traducidos por vez primera al francés por Francisco de Foix, 1574, y más recientemente por Luis Ménard, 1887. Cf. Reitzenstein, *Poimandrés*, 1904. Para nosotros, los libros de Hermes figuran entre los más preciados documentos de que disponemos en cuanto a la teología y mística greco-egipcia. Para la literatura filosófico-religiosa son de lo más interesante que existe, porque constituyen una etapa de desarrollo del espíritu griego que parte de las religiones de Misterios para llegar hasta la vasta síntesis del Neoplatonismo, debido a la parte aportada por Egipto.

256. La aparición de Sothis o de la estrella de Isis coincidía con las primeras crecidas del Nilo. Esta estrella era para los egipcios, según Porfirio, *De Ant. Nym.*, 24, principio de la generación en el mundo. En efecto, marcaba o indicaba el momento en que Isis (Egipto) es fecundada por Osiris (el Nilo).

Pero, en materia de nombres, no hay que empeñarse en hacer prevalecer una opinión. Sin embargo, por mi parte concedería a la lengua egipcia el nombre de Sarapis antes que el de Osiris. El primero de ellos es extranjero y el segundo griego; pero creo que tanto el uno como el otro designan la misma potencia o poder.

**62** Por otra parte, los nombres egipcios parecen confirmar la doctrina que exponen los nombres griegos, puesto que con frecuencia se llama a Isis *Athéna* significando este vocablo en egipcio «me he originado en mí misma», e indica que dicha diosa obtiene su impulso en sí misma.<sup>257</sup> Ya hemos manifestado que Tifón recibe los nombres de Set, Bebón, Smu, palabras que significan: impedimento violento, obstáculo, oposición. También llaman a la piedra imán «hueso de Horus», mientras el hierro recibe el nombre de «hueso de Tifón», como afirma Manethon. Ahora bien, como el hierro es unas veces atraído y arrastrado por el imán y rechazado, repudiado otras en dirección opuesta, el movimiento del mundo, movimiento bienhechor, saludable, conducido y ordenado por la razón, se vuelve hacia Tifón, le atrae y le suaviza, aquietándole, haciendo más dócil su inflexible y violenta rudeza; luego, irguiéndose de nuevo, Tifón se repliega sobre sí volviendo a caer sin interrupción en la disolución.

Nos dice Eudoxio, a propósito de Zeus, que los mitólogos egipcios cuentan que este dios nació con las piernas adheridas una a la otra, que no podía andar, y que, avergonzado, vivía en solitario. Pero Isis hendió y separó entre sí partes de su cuerpo, facultándole para que pudiera andar ágil y regularmente. Este

---

257. El nombre de Athéna es el que los griegos daban a Neit de Sais. Según Mallet, *El culto de Neit en Sais*, págs. 188-197, el nombre de Neit quiere decir «lo que existe»; lo que es por sí, es decir, lo eterno. Para Proclo, *In Plat. Tim.*, 30, Neit o Athena es la potencia que lo pone todo en movimiento.

mito nos da a entender también que la inteligencia y la razón de este dios reposaban primitivamente en sí mismas en lo invisible e impenetrable, manifestándose después en la generación por medio del movimiento.

**63** El sistro<sup>258</sup> indica también que todos los seres deben agitarse, no debiendo cesar nunca de ser movidos, pero también despertarles y sacudirles haciéndolos salir de su estado de torpeza y marasmo. Los egipcios pretendían, en efecto, que Tifón es apartado y rechazado por la agitación de los sistros, dándonos a entender que el principio corruptor traba y detiene el curso de la naturaleza, pero que la generación, por medio del movimiento, lo desprende y restablece. La parte superior del sistro es de forma redondeada, y esta cimbra contiene los cuatro caulículos<sup>259</sup> que se cimbrean. En efecto, la parte del mundo engendradora y perecedora está encerrada y contenida en la esfera de la Luna; y en la órbita descrita por esta esfera, todas las cosas que se mueven, todos los cambios que sufren en ella, son efecto de la actividad de los cuatro elementos: el fuego, la tierra, el agua y el aire. En la cúspide de la convexidad del sistro hay cincelado un gato con cara humana, y en la parte inferior de sus ramas, por debajo de los caulículos que se cimbrean, vemos por una parte el rostro de Isis, por la otra el de Neftis. Con estos dos rostros querían designar los egipcios el nacimien-

258. El sistro era un instrumento sagrado que se agitaba durante las fiestas de Isis. Según Apuleyo, eran de bronce, plata y hasta de oro; los sacerdotes producían con ellos melodiosos tintineos. Este instrumento servía para acompañar a la flauta travesera. Claudiano, *De IV Cons. Honor.*, v. 574-576, después de Apuleyo, nos habla de esta música egipcia en los siguientes versos: «*Nilotica sistris./ Ripa sonant, Phariosque modos Aegiptia ducit/ Tibia, submissis admugit cornibus Apis*». Sobre la descripción del sistro, cf. Apuleyo, *Metam.*, XI.

259. Unas veces eran varillas móviles, otras laminillas que sacudían.

to y la muerte, porque nacimiento y muerte son los cambios y movimientos a que están sometidos los cuatro elementos. El gato representa la Luna, a causa de la variedad de su pelaje, de su actividad nocturna y su fecundidad. Se dice que este animal pare primeramente uno, luego dos, más tarde tres, luego cuatro, cinco y así hasta siete cada vez, de manera que contándolos todos suman veintiocho, número igual al de los días de la Luna. Desde luego, esto no pasa de pura fábula; pero parece, sin embargo, que en los ojos del gato, las pupilas se hinchan y dilatan en la Luna llena, mientras que se contraen durante el curso de ese astro.<sup>260</sup> En cuanto a la figura humana dada al gato, indica la inteligencia y razón que presiden las fases de la Luna.

**64** Para decirlo todo en pocas palabras, no es justo creer que el agua, el Sol, la Tierra, el firmamento, sean Osiris o Isis; por otra parte, el fuego, la sequía tórrida y el mar sean Tifón. Lo que hay que atribuir a Tifón sencillamente es todo aquello que en esos diversos estados se halla falto de medida y regularidad por exceso o por defecto. En todo aquello que presentan ordenado, bienhechor, útil, debemos considerarlo como obra de Isis, reverenciándolo y respetándolo como imagen de Osiris. Obrando de este modo no nos exponemos a equivocarnos, al contrario, conseguiremos que cesen las incertidumbres y apuros de Eudoxio, que no puede explicarse por qué no se atribuye a Deméter el cuidado de velar sobre las cosas del amor, sino a Isis. Por qué Dionisio no tiene el poder de Osiris de hacer crecer el Nilo, ni el de reinar sobre los muertos. Por nuestra parte, creemos que, debido a una inteligencia común, esos dioses, Isis y Osiris, están determinados a regir todo lo correspondiente al bien. Todo cuanto

---

260. Para Lefébure, *El mito osiriano*, sec. I, «Los ojos de Horus», pág. 88, el gato es emblema lunar, y sus pupilas representan a la Luna.

es bello y está bien en la naturaleza existe por ellos; Osiris concede los principios, Isis los recibe y distribuye.

**65** De la misma manera refutaremos las opiniones, tan extendidas como groseras, de aquellos que gustan de explicar todo lo que se relata sobre la vida de estos dioses, asimilándolo a las variaciones que experimenta la atmósfera, la producción de los frutos, las semillas, las labores agrícolas.<sup>261</sup> Dicen que Osiris está enterrado, cuando el grano que se siembra se hunde en la tierra, y que este dios vuelve a aparecer y revive cuando los gérmenes comienzan a brotar. Por eso se dice que Isis, al darse cuenta de que estaba encinta, ató alrededor de su cuello un amuleto el sexto día del mes de *Faofi*,<sup>262</sup> y que esta diosa, hacia el solsticio del invierno, dio a luz a Harpócrates, criatura imperfecta y nuevamente formada,

---

261. Esta manera de interpretar los mitos egipcios o griegos, relacionándolos con los trabajos de la agricultura y los productos de la tierra, se hizo muy corriente algún tiempo después de Plutarco, entre los nuevos sectarios de Platón y Pitágoras. Eusebio, *Praep. Evang.*, III, 115, relata un párrafo de Porfirio, que expresa en términos propios la opinión que Plutarco expone ahora para combatirla, y este filósofo pitagórico fue, como se sabe, uno de los más celosos partidarios del sistema alegórico. En nuestros días, Lang, Mannhardt, S. Reinach, Frazer, etc. han vuelto a poner en boga esta interpretación, adaptándola a las concepciones modernas del *animismo*. No están faltas de ingenio estas explicaciones, ni carecen de verosimilitud, en cuanto a Egipto. Pero obraríamos erróneamente si imaginásemos que explican todos los mitos, que iluminan y aclaran todo su pensamiento profundo y que constituyen su razón prima, y su última. Sobre la refutación de las doctrinas animistas en general, y particularmente del totemismo en Egipto, cf. el libro de G. Foucart, *Historia de las religiones y método comparativo*, Introducción y págs. 62-122.

262. *Phaophi* o *Faofi*, es el segundo mes del año egipcio. Corresponde a septiembre-octubre. Es el momento en que en la tierra de Egipto, con el descenso de las aguas del Nilo, comienza la siembra. Entonces se dice que Isis ha sido fecundada.

a la manera de los gérmenes que acaban de florecer e iniciar su desarrollo.<sup>263</sup> Por esta misma razón se ofrecen a este dios las primicias de las habas nacientes, y se celebra, tras el equinoccio de la primavera, una fiesta en honor de la primera salida de Isis después del parto, ceremonia llamada de purificación. Al escuchar tales interpretaciones, el vulgo se regocija y las cree, porque lo que se presenta ante su vista, lo que sucede habitualmente a su alrededor, le predispone a aceptar su verosimilitud.

**66** Nada habría en eso de funesto si ante todo se considerase a Isis y Osiris como divinidades afectas a nosotros, si no se les tuviese como cosa propia de los egipcios, si no se diese únicamente sus nombres al Nilo y al país regado por él, y si, al divinizar las charcas y sus lotos, no se privase con ello de tan grandes dioses a los demás hombres por no vivir en el país del Nilo, Boutos y Memfis. No obstante, todos los hombres admiten y reconocen a Isis y a todos los dioses que la acompañan.<sup>264</sup> Verdad es que algunos de entre ellos

- 
263. Según una antigua teoría, Osiris era el antiguo dios de la vegetación, como Dionisio. G. Frazer, en *Adonis, Attis, Osiris*, págs. 330 y ss., reconoce en el mito osiriano todas las características del culto de un espíritu de la vegetación. Nacido del cielo y de la tierra, como el grano fecundado por la lluvia en el suelo, Osiris queda destrozado por la hoz, luego se le entierra nuevamente en las semillas para resucitar en la cosecha próxima. Cf. Wiedemann, «Osiris vegetante» en el *Museon*, 1902; A. Moret, «Del sacrificio en Egipto», en la *Revista de la hist. de las relig.*, LVIII, 1908, págs. 81-101. Si Plutarco condena esta explicación, su condena parece dirigirse, sobre todo, contra aquellos que toman el símbolo por la cosa significada, viendo a Osiris solamente en el grano de trigo y en los tallos jóvenes.
264. Sobre la difusión del culto de Isis, cf. la obra de F. Cumont, titulada, *Las religiones orientales en el paganismo romano*, 1884. Sobre el culto de Isis en Gاليا, cf. Dom. J. Martin, O. S. B., *La religión de los galos*, 2 vols., 1750. Y sobre Isis en París, en cuya capital parece existió un templo dedicado a esta diosa, cf. J.-N. Déal, *Disertación sobre los Parisii y sobre el culto de Isis*, 1826. Véase también, Lafeye, *Hist. del culto de las divinidades de Alejandria*, págs. 162-166.

supieron, hace poco tiempo, darles los nombres con que se les designa en Egipto, pero conocían su respectivo poder reverenciándolo mucho tiempo antes de sus orígenes.<sup>265</sup> En segundo lugar, y esto ya es más grave, de no tener cuidado y obrar con extremada precaución, llegaremos a circunscribir involuntariamente en los vientos, las corrientes de agua, las semillas, las labores agrícolas, las transformaciones de la tierra y las variaciones de las estaciones, todas las divinidades, reduciéndolas a la inexistencia. Así lo hacen quienes afirman que Dionisio es el vino, Hefastos la llama. Cleanto<sup>266</sup> da por eso el nombre de Perséfone al soplo que penetra en los frutos de la tierra y muere con ellos. Dice un poeta, al hablar de los segadores: «Cuando esos hombres robustos desmembran a Deméter». Los que tales opiniones emiten en nada difieren de aquellos que tomasen las velas, los aparejos y el áncora por el piloto de un navío, los hilos y la trama por el tejedor y las pociones y tisanas por el médico. Hacen concebir funestas opiniones, opi-

---

265. Según Plutarco, las ideas divinas, que representan a Isis y a Osiris, fueron conocidas siempre en todo el mundo; el culto que se les rendía, sin conocer sus nombres, era universal. Este principio de la unidad esencial de todos los cultos llegó a ser uno de los dogmas de la escuela alejandrina. El sabio, decía Proclo, debe ser el hierofante de los cultos del mundo entero. Para Herodoto, II, 3, como para Plutarco, en los diferentes países y designados con el término que se les aplique, los tipos divinos eran idénticos, porque con nombres diferentes vivían los mismos dioses, encarnando en todo lugar las aspiraciones y concepciones idénticas de la misma alma humana.

266. Cleantes de Assos, nacido hacia el año 300 a. C., era un filósofo estoico. Caído en la miseria, se dedicó al oficio de aguador, no cesando de cultivar la filosofía; trabajaba por la noche para ganarse el sustento, asistiendo durante el día a las lecciones de Zenón. Tuvo a Crisipo por discípulo, al que se llamó «columna del estoicismo». Sobre la manera como los estoicos interpretaron la mitología, y especialmente los Misterios, cf. Cicerón, *De natura deorum*, I, 42; San Agustín, *De civit. Dei*, VII, 20.

niones impías aplicando los nombres de los dioses a naturalezas insensibles, objetos inanimados, a cosas que necesariamente están destinadas a la destrucción por parte de los hombres aplicándolas a sus necesidades y usos. No es posible considerar como dioses cosas parecidas.

**67** En efecto, Dios no es un ser desprovisto de inteligencia y de vida, y subordinado al poder de los hombres. Por los frutos que nos proporcionan los dioses para subvenir a nuestras necesidades, frutos, que con tal asiduidad y abundancia nos proporcionan, reconocemos su existencia, aunque sin creer sean diferentes en las distintas naciones: bárbaros o griegos, meridionales o septentrionales. Pero lo mismo que el Sol, la Luna, el firmamento, la Tierra y el mar son conocidos de todos, aunque denominados de distinta manera en los diversos pueblos, esta razón única que regula o rige el universo, esta providencia que lo gobierna, una también, esas potencias destinadas a ayudarle en todo, con objeto de homenajes y denominaciones que varían de acuerdo con las distintas costumbres.<sup>267</sup> Esos diversos nombres y esos ritos sirven de símbolos, unos más oscuros, más claros otros, para aquellos que se consagran a los estudios sagrados, y les conducen, aunque no sin peligro, a la comprensión de las cosas, habiendo emprendido un falso camino se han deslizado de

267. La divinidad no podría ser múltiple, dice Plutarco, *Tratado sobre las ei del templo de Delfos*, 20; llena la eternidad de un *ahora* que no cesa jamás. La mejor manera de nombrar a Dios y saludarle es la adopción de la siguiente fórmula empleada por los antiguos: «Tú eres uno», y precisa de todo punto, añade más abajo, *ibidem*, 20, «que lo que es sea *uno*, y que lo que es *uno* sea». Los egipcios definían la divinidad llamándola: «El Uno que es único y no tiene segundo». Sobre esta difícil cuestión de la unidad divina en esta multiplicidad de dioses que era el fondo de la religión egipcia, cf. P. Virey, *La relig. del Ant. Egipto*, págs. 66-83; P. Pierret, *Ensayo sobre la mitología egipcia*, págs. 9-14.

esta superstición como de una charca cenagosa y cayeron sin darse cuenta en el ateísmo como en una sima.<sup>268</sup>

**68** Por eso particularmente en estas cuestiones hay que tomar a la razón, secundada por la filosofía, por iniciadora y guía, con el fin de no admitir más que pensamientos santos sobre la interpretación de los ritos y doctrinas. De este modo no temeremos lo que decía Teodoro,<sup>269</sup> es decir, que los discursos que entregaba con la mano derecha a su auditorio fueran recibidos con la izquierda por algunos de sus oyentes. Lo mismo puede decirse respecto a nosotros, si comprendemos de manera distinta a la debida aquello que establecieron las leyes sabiamente en lo referente a los sacrificios y fiestas religiosas, no dejaremos de deslizarnos en el error. Por lo tanto, hay que referir-lo todo a la razón-verdad e inspirarse en las prácticas que de ella se desprenden, para regular nuestros pensamientos.<sup>270</sup> En efecto, el decimonono día del primer mes, los egipcios celebran una fiesta en honor de Hermes; entonces comen miel e higos y dicen luego: «Dulce es la verdad». El nombre que lleva el amuleto que, según los mitólogos, ciñe Isis alrededor de su cuello, significa:

268. «La penosa ignorancia que ciega al ateo —dice Plutarco, *De Superst.*, X, XII— es gran desgracia para su alma, en la que se apaga el más brillante y potente de sus ojos: la idea de Dios.»

269. «En la Antigüedad existieron varios personajes célebres que llevaron este nombre; creo que aquí se trata de aquél a quien se llamó el Ateo, porque en una de sus obras, que llevaba por título *De los dioses*, y de la que, según Diógenes Laercio, lib. II, seg. 97, Epicuro sacó muchas de sus cosas, destruía toda idea de divinidad.» Nota de Ricard.

270. La palabra *logos* significaba al mismo tiempo, «verdad manifiesta», «razón divina y creadora», «razón humana» y «palabra»; nosotros hemos tenido que añadir en nuestra traducción, para aclarar el pensamiento de Plutarco, las siguientes palabras «para regular nuestros pensamientos». Sobre el *logos*, como representación de idea de fuerza creadora del verbo, la creación por la palabra, cf. A. Moret, *Ritual del culto divino y diario*, págs. 129, 154, 164, nota 1.

«Palabra verdadera».<sup>271</sup> No hay que imaginar que Harpócrates sea dios imperfecto en estado de infancia, ni grano que germina. Bien sienta considerarlo como el que rectifica y corrige las opiniones irreflexivas, imperfectas y truncadas tan extendidas entre los hombres en lo concerniente a los dioses. Por eso, y, como símbolo de discreción y silencio, aplica ese dios el dedo sobre sus labios. En el mes *Mésori*<sup>272</sup> los egipcios le aportan semillas leguminosas, y se las ofrecen diciendo: «La lengua es destino, la lengua es genio». Entre todas las plantas que crecen en Egipto, se dice que la *persea*<sup>273</sup> es la que particularmente se halla consagrada a Isis, porque su fruto se parece a un corazón y su hoja a una lengua. En efecto, entre todos los bienes que son propiedad natural del hombre, ninguno tan divino como la palabra, sobre todo aquella que se dirige a los dioses, y ninguno tiene una acción tan decisiva sobre su felicidad.<sup>274</sup> Por eso cuando una persona está a

- 
271. Isis, dice Plutarco, párr. 65 de este tratado, al reconocer que se hallaba encinta, colgó a su cuello un amuleto. El niño que llevaba en su seno llamábase Harpócrates. Como dios del silencio y de la discreción, simboliza en este caso el estado débil del pensamiento del hombre que, ante los dioses, no pasa nunca de ser niño. Lo mejor que puede hacer es adorarles en silencio. Los pitagóricos, así como los sabios de Egipto, nos dice Porfirio, *De Ant. Nym.*, 27, «honraban con el silencio al dios-principio de todas las cosas». Uno de sus preceptos consistía en cumplir lo que figuraba como principal característica suya, según se dice, el *echemythla*, o sea la «discreción» y el «silencio».
272. *Mésori* es el último mes del año egipcio. El primer día de su año era el 20 de julio. Coincidía con la aparición de Sirio o estrella de Isis. Cf. Champollion-Figeac, *Egipto antiguo*, pág. 236.
273. La *persea* es uno de los árboles sagrados del Antiguo Egipto. Según Maspero, su presencia, *op. cit.*, pág. 9, sobre los monumentos de la XII dinastía, nos prueba que Diodoro, I, 34, sufrió error al atribuir al persa Cambyses el mérito de haber traído este árbol.
274. Esta identidad del pensamiento, la palabra, la acción, es absoluto en Dios. Entre los magos, dice J. Darmesteter, *Ormuzd y Ahriman*, p. 7, «el hombre de bien por excelencia era aquel cuyos pensamientos, palabras y obras eran buenos. El que reunía en sí estas tres virtudes, gozaba de perfecto orden y completa pureza».

punto de entrar en un lugar en el que reside un oráculo, le exhortamos a pensar santamente y pronunciar palabras de buen augurio. Pero, la multitud, tras haber proclamado, ante todo, que no hay que pronunciar más que buenas palabras en las ceremonias y fiestas, se comporta de manera ridícula, porque luego profiere, sobre los dioses, los más impíos propósitos y llega hasta a creerlos.

**69** Pero ¿cómo debemos cumplir los sacrificios sombríos, tristes y lúgubres, si por una parte no debemos omitir aquello que el uso nos prescribe, y por otra parte, no hay que alterar las opiniones que debemos tener sobre los dioses, ni barajarlas con los temores tan trastornadores como absurdos? Entre los griegos, y por el mismo tiempo que se efectúa en Egipto, se celebran muchas ceremonias parecidas a aquellas que los egipcios practican en sus fiestas. Por ejemplo, en Atenas, las mujeres que celebran las Tesmoforias,<sup>275</sup> ayunan

---

275. Las Tesmoforias eran fiestas que se celebraban en Atenas en honor a Deméter. Únicamente las mujeres casadas podían tomar parte en ellas; los hombres quedaban rigurosamente excluidos. Se celebraban estas fiestas después de las siembras, del 9 al 13 de noviembre. El nombre de estas fiestas viene del epíteto *Thesmophóros*, «legisladora», que se daba a Deméter, porque se decía que después de haber enseñado a los hombres el cultivo del trigo, les dio leyes para regir sus hogares y ciudades. Pero la diosa era adorada sobre todo como diosa fecunda, la madre de hermosa progenie que preside la producción legítima de los hijos, lo mismo que la de los frutos de la tierra. Durante parte de estas fiestas, las mujeres quedaban obligadas a la continencia y ayuno riguroso. «La ley cuya fiesta se celebraba —dice Decharme, *Mitol. de la Ant. Grecia*, pág. 377— era la ley que regía su vida de esposa y madre, la antigua y augusta institución del matrimonio, que el poeta autor de la *Odisea*, XXIII, 296, designa ya con el nombre de “Thesmós.”» «Isis, como Deméter, llevaba el epíteto de “Thesmophóros legífera.”» Sobre las Tesmoforias, cf. P. Foucart, *Los Misterios de Eleusis*, págs. 62-71; Preller, *Mitol. griega*, 1894, págs. 778 y ss.

sentadas en tierra. En Beocia se apartan los *megara*<sup>276</sup> de la Afligida, cuando se celebra la fiesta llamada de la Aflicción, porque el descenso de su hija a los Infiernos fue causa de la aflicción de Deméter. Esta fiesta se celebra próximamente cuando aparecen las Pléyades, en el mes de la siembra, mes denominado *Athyra* por los egipcios, *Pyanepsion* por los griegos y *Damatrios* por los beocios.<sup>277</sup> Theopompos refiere que los pueblos que habitan en poniente dan al invierno, a consecuencia de sus creencias, el nombre de Cronos; al verano el de Afrodita, a la primavera el de Perséfone; estiman, además, añade este autor, que todos los seres provienen de Cronos y Afrodita. Los frigios, al creer que su dios duerme durante el invierno y despierta en verano, celebran con bacanales sus *Aletargamientos* en invierno, y sus *Despertares* en verano. Los paflagonios dicen que su dios está sólidamente atado y encerrado durante el invierno, pero que en primavera recobra sus movimientos y se deshace de sus ligaduras.

**70** La estación en que dichas fiestas se celebran induce a creer o sospechar que fueron instituidas porque todos los frutos de la tierra están enterrados en el suelo. Ahora bien, los antiguos consideraban esos frutos, no como dioses, sino como dones divinos, importantes y necesarios para evitar una vida salvaje y feroz. En la estación en que

276. Las *megara*, según Porfirio, *De Ant. Nym.*, 6, eran agujeros o fosos que se consagraban a las divinidades subterráneas y en los que en ciertos días se inmolaban lechoncillos. Sobre los *megara*, cf. Porfirio, *El antro de las ninfas*, seguido de un ensayo sobre las grutas, por P. Saintyves, 68-79. Sobre las cavernas y simas que servían en la religión egipcia, para comunicarse con los del otro mundo, véase E. Lefébure, en *Sphinx*, t. III, «El pozo de Abydos».

277. El mes de la siembra corresponde a la mayor parte de nuestro mes de octubre y primeros días de noviembre.

veían que por una parte desaparecían los frutos de los árboles por completo llegando a faltar totalmente, y que, por otra, también desaparecían los granos, aquellos granos que sembraron con sus manos poniéndolos aparte y privándose de ellos, arañando la tierra y cubriéndolos tras haber depositado en su seno gérmenes cuyo crecimiento y madurez aguardaban con incertidumbre, efectuaban muchas ceremonias análogas a las que se acostumbra a celebrar en los funerales y días de duelo. Pero eso, de la misma manera que decimos nosotros de aquel que ha comprado las obras de Platón, que ha comprado a Platón, y del que representa las comedias de Menandro que representa a Menandro, aquellos pueblos no dudaron en conceder a los dones y larguezas de los dioses los nombres de dioses mismos, honrando y venerando dichos presentes por las necesidades que de ellos tenían. Pero sus descendientes no supieron aceptar con conocimiento de causa esta tradición, y atribuyeron por ignorancia a los dioses las vicisitudes que sufren los productos de la tierra; por este hecho, las apariciones y desapariciones de los productos más indispensables no sólo fueron llamadas por ellos nacimientos y desvanecimientos de los dioses, sino que también llegaron a creer en esas alternativas, adquiriendo de este modo creencias absurdas, perturbadoras e impías, aunque lo absurdo de dichas extravagancias saltase a los ojos. Jenófanes de Colofón juzgó muy bien a los egipcios cuando dijo: «Si creen que existen dioses, no deben lamentarse; si se lamentan, es porque no creen en su existencia».<sup>278</sup> Ridículo es, en efecto, implorar con lamentos que los frutos de la tierra reaparezcan y maduren para llorarlos de nuevo cuando su uso nos haya privado de ellos.

---

278. En su tratado *De la superstición*, 13, Plutarco nos dice también que Jenónades el físico, al ver que los egipcios se daban golpes al pecho lanzando lamentos en sus fiestas, les dio el siguiente consejo, justo por demás: «Si son dioses, no les lloréis; si se trata de hombres, no les ofrezcáis sacrificios».

**71** Aunque no sucedían así las cosas. Se lamentaban ciertamente de la desaparición de los frutos, rogando también a sus autores y dispensadores, los dioses, que los produjesen nuevos, los hiciesen resurgir, para reemplazar a los que habían desaparecido.

Por ello, los filósofos tienen razón al decir que aquellos que no aprendieron a conocer el sentido exacto de las palabras, también se equivocan cuando se trata de servirse de las cosas. Por eso, entre los griegos, aquellos que no han aprendido y no se han avezado a considerar las efigies de los dioses que se les presentan en los bronce, pinturas y piedras, como imágenes de los dioses y testimonios de consideración, sino que las llamaron dioses, se atrevieron hasta a pretender que Lacharés había despojado a Atenas, que Dionisio había cortado los dorados rizos de los cabellos de Apolo, y que Júpiter Capitolino fue consumido y destruido en la guerra civil.<sup>279</sup> No se dieron cuenta de que al agarrarse a los nombres fueron arrastrados a desprender de ellos creencias perversas y adoptarlas. Los egipcios fueron, especialmente, víctimas de esta equivocación en el culto rendido por ellos a los animales. Los griegos, al menos en eso, piensan y se expresan de igual manera cuando dicen que la paloma está consagrada a Afrodita, el dragón a Ares, el cuervo a Apolo, el perro a Artemis, como podemos ver en Eurípides cuando dice: «Te convertirás en el perro magnífico de Hécate, portadora de luz»<sup>280</sup> Pero la mayo-

---

279. Lacharés, que se había apoderado de la soberanía de Atenas, quitó la capa de oro con que Pericles hizo cubrir la estatua de Athenea. Dionisio el Tirano, ordenó que cortasen a Apolo su barba de oro, diciendo, al mismo tiempo que señalaba una estatua de Zeus sin barba, que no era natural que la usase el hijo cuando el padre no la llevaba. El incendio de que habla Plutarco, sucedió, según se cree, hacia el año 671 en Roma; en él se quemó el Capitolio.

280. Cf. Eurípides, ed. *Nauck.*, pág. 525. Hécate, la diosa de las encrucijadas y caminos infernales, fue asimilada a Artemis, diosa de la Luna.

ría de los egipcios, al honrar y tratar como dioses a los mismos animales, no hizo sino llenar su liturgia de prácticas que se prestan al ridículo y a la chacota, cosa que constituye el menor mal, hijo de esta aberración, aportando, además, a sus ritos, funestas opiniones que precipitaron a los espíritus débiles y sencillos en la superstición más burda, haciendo zozobrar en el ateísmo y la más orgullosa sinrazón a los más violentos y valerosos. Por eso no está fuera de propósito examinar aquí lo que hay de admisible en el culto que rinden a los animales.<sup>281</sup>

---

281. «El antiguo Egipto —dice Maspero, *op. cit.*, págs. 34-35— rindió culto a los animales, y cada *nomos* [provincia] alimentaba, junto a su dios-hombre, un dios-animal que proponía a la veneración de los fieles... Todos estos animales fueron en un comienzo adorados como animales, unos, como el león, la esfinge, el cocodrilo, porque eran temidos y se les reconocía fuerza, empuje, agilidad superior a la del hombre; otros, como los bueyes, el ganso, el carnero, porque eran buenos servidores del hombre, facilitándole la vida. Más tarde, modificóse la primera idea, al menos entre los teólogos, y el animal cesó de ser dios, para convertirse en habitáculo, tabernáculo viviente, el cuerpo, en el cual infundían los dioses, por decirlo así, una partícula de su divinidad. El gavián fue encarnación de Horus, y no Horus en sí, el chacal y el buey fueron encarnación de Anubis y Phtah, pero no Anubis o Phtah personalmente. A partir de entonces, los dioses fueron concebidos indiferentemente en su forma animal o en su forma humana, y, algunas veces, en forma mixta en la que los elementos humanos y animales se combinaban de acuerdo con proporciones diversas. Horus, por ejemplo, es unas veces hombre, otras gavián, otras gavián con cabeza humana y otras hombre con cabeza de gavián. En dichas cuatro formas es Horus, no prefiriéndose una de ellas a las tres restantes. Algunas veces, la absorción del dios-animal por el dios-hombre no tenía otra razón de ser más que el simple juego de palabras: Set-Tifón respondía al hipopótamo, porque en egipcio Tifón se dice *Tobhou*, y el hipopótamo *tobou*.»

**72** Eso que dicen sobre que los dioses se metamorfosearon en esos diversos animales por temor a Tifón y se ocultaron de algún modo en el cuerpo de ibis, de perros y gavilanes, es cosa que rebasa toda monstruosidad y todos los cuentos imaginables.<sup>282</sup> Tampoco hay que creer que todas las almas de los muertos llamados a sobrevivir<sup>283</sup> no puedan recobrar nueva existencia, sino únicamente en los cuerpos de esos animales.

En cuanto a los que quieren dar a este culto un origen completamente político, los hay que cuentan que Osiris, estando a la cabeza de un considerable ejército, dividió sus fuerzas en varios contingentes, o, como dicen los griegos, en compañías y destacamentos. A cada contingente le dio una divisa que representaba un animal, y la especie a que pertenecía dicho animal se convirtió para todos aquellos que pertenecían a dicho contingente, en objeto de culto y veneración.

Hay otros que afirman que los reyes que vinieron más tarde, queriendo asustar a sus enemigos, se presentaban ante ellos cubriéndose el rostro con caretas de oro y plata, repro-

---

282. Véase lo que escribe Diodoro, I, 86, a este propósito: «Los dioses, poco numerosos antiguamente, estaban abrumados debido al número y maldad de los hijos de la Tierra, y tomaron forma de ciertos animales para sustraerse a la crueldad y violencia de sus enemigos. Una vez dueños del universo, y por agradecimiento de sus antiguos salvadores, consagraron las especies de animales cuya forma habían revestido, ordenando a los hombres que los cuidasen mientras viviesen, y enterrasen con pompa cuando muriesen».

283. Por almas llamadas a sobrevivir en este mundo, hay que entender las almas insuficientemente purificadas para poder franquear el círculo de los nacimientos y que están condenadas, hasta su liberación final, a volver a caer en el mundo de la generación, a ser comidas por la *Devoradora*.

duciendo los rasgos de animales salvajes.<sup>284</sup> Finalmente, los hay también que relatan lo que hizo uno de sus reyes, conocedor de astucias y ardidés. Conociendo que los egipcios eran espíritus naturalmente ligeros y particularmente dispuestos a los cambios e innovaciones, al ver que su mayor parte les ofrecía resistencia empeñada y difícil de quebrantar cuando obrasen de acuerdo uniendo sus esfuerzos, resolvió sembrar entre ellos, enseñándoles la superstición, un cúmulo eterno de incessantes discordias. Los diferentes animales que propuso a la veneración y culto de sus tribus eran aquellos que, enemigos entre sí, están continuamente en guerra y se devoran entre ellos por naturaleza. Cada una de las tribus quería defender a los suyos, no queriendo tolerar ninguna de ellas que se maltratase a los que había aceptado, y los egipcios se vieron arrastrados sin advertirlo, debido a las enemistades que obligan a luchar a las fieras, a guerrear incesantemente unos contra

---

284. Véase cómo refiere Diodoro, I, 86, la leyenda que acaba de narrarnos Plutarco. «Los habitantes de Egipto, al ser vencidos frecuentemente por sus vecinos, a causa de su ignorancia en el arte de la guerra, concibieron la idea de servirse en las batallas de signos que debían seguir y defender los pertenecientes al grupo que presidía cada uno de ellos; esos signos eran imágenes de los animales que hoy veneran y que llevaban los jefes o conductores clavados en las puntas de sus lanzas, para que los siguiesen las filas de soldados. Como esos signos contribuyeron en gran manera a la victoria, los consideraron como causa de su salvación. El agradecimiento estableció pronto la costumbre de no matar ninguno de los animales representados por aquellas imágenes, y esta costumbre convirtióse rápidamente en culto divino». Trad. Hoeffler. Este concepto se aproxima a la de los totemistas modernos. Sobre el totemismo en general, cf. S. Reinach, *Cultos, mitos y religiones*, t. I, introducción. El autor expone en dicha obra, desarrollándolas y coordinándolas, todas las conclusiones de la escuela antropológica contemporánea. Sobre el totemismo en Egipto, cf. Loret, *Egipto en tiempo del totemismo*, 1906. Sobre su refutación, G. Foucart, *op. cit.*, págs. 62-122.

otros.<sup>285</sup> Por eso, y en nuestros días aún, los lycopolitanos son los únicos de Egipto que comen oveja imitando al lobo, al que adoran como un dios. Los oxirrinquitos, debido a que los cynopolitanos comieron oxirrinco, cogieron perros, los inmolaron y comieron. De ello se originó una guerra. Más tarde los romanos zanjaron la diferencia castigándolos.<sup>286</sup>

**73** Muchos autores pretenden que el alma de Tifón quedó destrozada y repartida entre todos esos animales. Este mito parece dar a entender que todas las naturalezas bestiales y feroces son patrimonio de ese mal genio, y que para aplacarlo, para apaciguarlo, se respeta y honra a esos diferentes animales. Por eso, cuando sobreviene una sequía tórrida y pernicioso, que trae consigo enfermedades excesivamente

285. Diodoro de Sicilia, I, 89, dice: «El pueblo se rebelaba con frecuencia contra sus jefes en tiempo pasado; por eso, uno de sus antiguos reyes, de notable prudencia, dividió el país en varias provincias, prescribiendo a cada una de ellas el animal que debían venerar sus habitantes y el alimento del que tenían que abstenerse. De este modo unos despreciaban lo que otros honoraban, y nunca pudieron entenderse los egipcios entre sí a partir de aquel momento. Esto es confirmado por los hechos, porque todos los habitantes vecinos están en constante querrela a consecuencia de las diferencias que hemos señalado». Los tentiritas, cuenta Eliano, *Nat. Anim.*, X, 24, al hablar de las diferentes tribus egipcias que reverencian diferentes animales, veneran el gavilán. Pero los habitantes de Coptos, que adoran al cocodrilo, creen afligir a los tentiritas, enemigos de los cocodrilos, crucificando a los milanos».

286. «Entre dos ciudades vecinas —dice Juvenal, *Sátira*, XV— Coptos y Tentyra, reina todavía ardiente enemistad, odio inmortal, llaga profunda que nada podría curar. Este exceso de furor, entre ambos pueblos, proviene de que cada uno de ellos aborrece los dioses del otro.» El poeta narra en los versos siguientes, 31-92, una batalla feroz, motivada por este odio implacable, batalla reñida en su tiempo. Sobre la persistencia de estas enemistades motivadas por el culto rendido a los animales, cf. Amélineau, *Proleg. al est. de la relig. egip.*, pág. 242, nota 1.

te desastrosas, u otras calamidades extraordinariamente imprevisas, los sacerdotes eligen algunos de esos animales reverenciados y los conducen a las tinieblas, rodeándose de silencio y calma. Primero intentan atemorizarlos con amenazas. Si la plaga persiste, los toman como víctimas y los degüellan, ya sea para castigar así al mal genio, o para efectuar una gran expiación correspondiente a grandes desgracias. Aún hay más, en la ciudad de Ilythye,<sup>287</sup> Manethon relata que se quemaba vivos a los hombres llamados tifonianos, y que, pasando luego sus cenizas por un tamiz, se las hacía desaparecer aventándolas. Esta especie de expiación se practicaba en público, en épocas fijas, durante los días de la canícula. Por el contrario, las consagraciones de sacrificios de los animales venerados se efectuaban secretamente en épocas irregulares y de acuerdo con las circunstancias. La multitud se enteraba por sus funerales. Los sacerdotes designaban a algunas víctimas pertenecientes a diferentes especies, y, en presencia de todo el mundo, las echaban en la misma fosa, persuadidos con ello de que afligían a Tifón perturbando la alegría que siente ante la muerte de animales sagrados.<sup>288</sup>

287. Ilythye, o ciudad de la diosa que preside los partos, era una ciudad del distrito de Tebas, según atestiguaba Esteban de Bizancio. Sobre los sacrificios que los jónicos dedicaban en Delos, quemando las cenizas de las víctimas y esparciéndolas sobre un sepulcro, para alcanzar fáciles partos, cf. Herodoto, IV, 35. Ilythye tenía como diosa local a Nekhabit, así llamada a causa del loto que simbolizaba jeroglíficamente Egipto del Sur, cuya protectora era ella. Cf. Sourdille, *op. cit.*, págs. 126, 294, nota 2. Sobre el sacrificio en Egipto de hombres y animales tifonianos, cf. E. Lefébure, «El sacrificio humano según los ritos de Busiris y Abydos», en *Sphinx*, t. III, págs. 129 y ss.
288. No sólo se revolían contra los animales sagrados, sino que llegaban hasta amenazar a Osiris en caso de calamidad. En un texto perteneciente a la magia egipcia, el mago, con ánimo de ejercer presión violenta sobre el dios, le dirige esta amenaza: «Compláceme; de no ser así, descenderé a los arcanos de Osiris, y romperé el fétetro para que sea arrastrado por el río». Cf. Maspero, «Sobre dos tabellae devotionis», en el t. II de sus *Estudios de mitol. y arq.*, págs. 297-303.

Los egipcios consideran a Apis y algunos otros como consagrados a Osiris; pero la mayor parte de los animales son atribuidos a Tifón. Si esta distribución es cierta, creo que el ceremonial del que acabamos de hablar debe repetirse en los funerales de los animales que se reconocen y honran en común por todos los pueblos de Egipto, como el ibis, el gavián, el cinocéfalo,<sup>289</sup> el mismo Apis, porque de este modo se llama al macho cabrío que se conserva en Mendes.<sup>290</sup>

**74** Como últimos motivos de este culto, queda su utilidad y su valor simbólico. Algunos de ellos son útiles o simbólicos; otros son, al mismo tiempo, simbólicos y útiles. El buey, la oveja, el icneumon<sup>291</sup> han sido

289. Los cinocéfalos, dice Diodoro, III, 34, «se parecen a hombres disformes, por su cuerpo, siendo su grito gemido de voz humana». En tiempos de los Ptolomeos, dice Eliano, *Nat. Anim.*, VI, 10, los egipcios enseñaron a leer a los cinocéfalos; también les enseñaron a bailar, a tocar la flauta y la cítara. «El cinocéfalo estaba consagrado a Thot. Los monumentos de Egipto nos los presentan adorando, saludando y cantando al Sol naciente y poniente.»

290. «En egipcio —dice Herodoto, II, 46— Mendes quiere decir al mismo tiempo “macho cabrío” y “Pan.” El culto que se le ofrecía era honor que se rendía al principio de la generación, al que representaban. Cf. Diodoro de Sicilia, II, 84, 88. El macho cabrío de Mendes era «el alma de Osiris». Si Plutarco llama Apis al macho cabrío de Mendes, se debe a que este dios, representado algunas veces en los monumentos egipcios en forma de carnero padre, era realmente un macho cabrío. Sobre esta confusión, cf. Dourdille, *op. cit.*, págs. 165-166 y nota 1.

291. Vulgarmente llamado *mangosta* y *rata de Faraón*, «el icneumon —dice Diodoro de Sicilia, I, 87— espiaba el momento de la puesta de los cocodrilos, rompía sus huevos únicamente para servir al hombre, puesto que de ello ningún provecho obtenía; a no ser por su proceder, el número de cocodrilos sería tan enorme, que no sería posible aproximarse al Nilo». Sobre el icneumon, al que se tiene por hermafrodita, y sobre la manera cómo los padres se convierten en madres, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, X, 47; Véase también E. Lefébure, «Los dioses del tipo rata en el culto egipcio», en *Sphinx*, VI, págs. 192-195.

manifiestamente honrados a causa de su utilidad y servicios que nos prestan.

Por el mismo motivo, los de Lemnos rinden culto a las alondras encopetadas, porque descubren los huevecillos de las langostas y los rompen. Los tesalios reverencian a las cigüeñas porque al aparecer súbitamente cuando la tierra hizo surgir multitud de serpientes, dichas aves las mataron a todas. Por consiguiente, los tesalios dictaron una ley que condenaba a muerte a quien matase una cigüeña.<sup>292</sup>

Volviendo a los egipcios, si todavía rinden culto al áspid, la comadreja, el escarabajo, es porque ven en ellos ciertas imágenes atenuadas del poder de los dioses, como la del Sol en una gota de agua.

Hay muchos que creen y afirman que la comadreja concibe por el oído y pare por la boca, lo que equivale a una imagen de la generación de la palabra. En cuanto al escarabajo, pretenden que su especie no posee hembras, que todos son machos,<sup>293</sup> y que depositan su semilla en una especie de materia a la que dan forma de esfera y a la que hacen rodar empujándola con sus patas traseras, imitando con ello el curso del Sol que, al dirigirse de Occidente a Oriente, parece seguir dirección contraria a la que sigue el firmamento.<sup>294</sup>

---

292. «Los egipcios —dice Eliano, *Nat. Anim.*, X, 16— veneran las cigüeñas porque alimentan a sus padres cuando llegan a la vejez, rodeándolos de respeto.» Véase también Porfirio, *De Abst.*, III, 11.

293. Ya nos ha dicho Plutarco, párrafo 10, que los anillos de los pertenecientes a la casta militar llevaban grabado un escarabajo. En este párrafo nos da a conocer la razón de esto, diciendo que el escarabajo designaba al hombre macho o valeroso. Sobre el anillo de los guerreros y sobre la fuerza masculina que simbolizaba, véase Eliano, *Nat. Anim.*, X, 15.

294. Creían los egipcios que el Sol nocturno se deslizaba de Oeste a Este, por el Norte.

En lo concerniente al áspid,<sup>295</sup> como no envejece, y a pesar de carecer de órganos de locomoción, se mueve con facilidad y ligereza, se le compara con un astro.

**75** Al cocodrilo<sup>296</sup> se le venera debido también a cierta razón. Se dice, en efecto, que es la imagen de Dios, por ser el único animal que no tiene lengua. La razón divina no tiene, efectivamente, necesidad de articular sonidos para manifestarse: «Avanzando por un camino silencioso, conduce todas las cosas mortales de acuerdo con la equidad». Dícese también que es el único animal que viviendo en el agua, tiene

295. El áspid de los egipcios se llamaba *uraeus*, Aristóteles, *Hist. Anim.*, VIII, 9, dice que con esta serpiente se hacía un veneno contra el que no se conocía remedio alguno. También Eliano dice, *Nat. Anim.*, XI, 38, que los reyes llevaban en su diadema la imagen de un áspid moteado, como significación de la invencibilidad de su poder. También se le ve algunas veces sobre la cabeza de Isis. Unos treinta días antes de la crecida del Nilo, según Eliano, *op. cit.*, V, 52, los áspides abandonan las riberas del río, marchándose lejos de él, llevando consigo su prole. Se detienen en el punto que bañarán las aguas. Sobre la manera cómo los egipcios domesticaban este reptil, sobre su mordedura, cf. Eliano, *op. cit.*, XVII, 5, IX, 61, I, 54. Sobre el áspid-*uraeus*, cf. Maspero, *Hist. ant. de los pueblos*, t. I, pág. 33.

296. «Para unos egipcios es sagrado el cocodrilo —dice Herodoto, II, 69— para otros no lo es; éstos le tratan como enemigo. En los alrededores de Tebas y el lago Moeris, los habitantes estiman que es sagrado. Cada uno de ellos cría un cocodrilo, domesticándolo, poniendo en sus orejas pendientes y anillos de cristal y oro; ciñen sus patas delanteras con pulseras; le dan alimentos escogidos, que se procuran en los sacrificios. Finalmente, le cuidan con esmero mientras vive, y, cuando muere, lo embalsaman e inhuman en sepulcros consagrados.» Para Diodoro de Sic., I, 89, «los cocodrilos son sagrados por ser los animales que mejor sirven para la defensa del país. Los bandoleros de Arabia y Libia no se atreven a pasar a nado el Nilo por temor a los numerosos cocodrilos; no sucedería esto si los cazadores los persiguiesen encarnizadamente». Sobre los cocodrilos, cf. Eliano, *op. cit.*, II., 33; Diodoro, I, 35.

sus ojos cubiertos por una ligera membrana transparente que baja desde su frente, de manera que puede ver sin ser visto, cosa que constituye asimismo el privilegio del primero de los dioses. El sitio de la región en que la hembra deposita sus huevos, se encuentra en el límite del desbordamiento del Nilo. En efecto, como las madres no pueden poner en el agua, y temen, por otra parte, poner demasiado lejos, tienen exacto presentimiento de porvenir. Continúan viviendo en las proximidades de su puesta, durante la incubación, en las aguas del río, conservando sus huevos en seco y al abrigo de la crecida.<sup>297</sup> Ponen sesenta de ellos; emplean otros tantos días hasta la salida de los pequeñuelos, y los cocodrilos que llegan a más viejos, viven durante un mismo número de años. Por eso el número sesenta es la primera unidad de medida de que se sirven los astrónomos.<sup>298</sup>

Entre los animales que se veneran por ser útiles y simbólicos al mismo tiempo, ya hemos explicado anteriormente lo concerniente al perro.<sup>299</sup> En cuanto al ibis,<sup>300</sup> además de destruir los reptiles cuya mordedura es mortal, nos enseña el primer uso del

---

297. Esa observación relativa al desbordamiento del Nilo y la perspicacia del cocodrilo es citada también por Plinio, VIII, 25, y Eliano, *Nat. Anim.*, V, 42. Según este último autor, *op. cit.*, X, 21, el cocodrilo lleva en su seno los huevecillos durante sesenta días, pone 60 de ellos, incuba durante sesenta días; tiene 60 vértebras, 60 dientes y vive sesenta años.

298. Hay que observar, escribe R. Allendy, en el *Simbolismo de los números*, pág. 391, «que para los pueblos que miden el año por lunas, la coincidencia con el año solar sucede durante un ciclo de sesenta años. Además, los períodos de sesenta días desempeñan un papel importante en la medida del tiempo, correspondiendo a una estación de los egipcios». Sobre el calendario egipcio, cf. Champollion-Figeac, *Egipto Antiguo*, págs. 234 y ss.

299. Sobre el culto del perro en Egipto, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, X, 45.

300. «El ibis —dice Diodoro de Sicilia— procura grandes servicios destruyendo las serpientes, langostas y orugas.» Véase Herodoto, II, 75-76. Los ibis, continúa diciendo este mismo autor, II, 57, se enterraban en Hermópolis, la ciudad de Hermes o de Thot.

lavaje curativo, demostrándonos la manera cómo se administran los clísteres y se purga por sí mismo.<sup>301</sup> Por otra parte, los sacerdotes más escrupulosos en lo referente a los ritos, emplean, para purificarse, agua de la que se sabe bebe el ibis cuando tiene sed, porque este animal no bebe nunca la malsana ni corrompida, al contrario, no se aproxima jamás a ella.<sup>302</sup> El apartamiento de sus patas con respecto a su pico, determina un triángulo equilátero. Finalmente, la variedad, disposición y mezcla de sus plumas negras y blancas, ofrecen la imagen de la Luna redondeada cuando la vemos en la dimensión de sus tres cuartos.<sup>303</sup>

No hay que extrañarse de que los egipcios se hayan contentado con estos pobres rasgos de parecido. También los griegos, en las imágenes pintadas o esculpidas de sus dioses, se han servido muchísimas veces de semejanzas del mismo orden. En Creta, por ejemplo, existía una estatua de Zeus que no tenía orejas. No sienta bien, en efecto, al jefe y soberano señor de todas las cosas, saber nada valiéndose del hombre. A la estatua

---

301. «Para evitar las enfermedades –dice Diodoro de Sicilia, I, 82– los egipcios trataban el cuerpo con lavados, dieta y vomitivos. Entre ellos había quien empleaba diariamente este sistema; otros cada tres o cuatro días; porque decían que el exceso de alimento ingerido en el cuerpo sólo sirve para engendrar enfermedades.»

302. Sobre la manera cómo el ibis bebe y se purifica, cf. Eliano, *Nat. Anim.*, II, 35 y VII, 45.

303. Según Eliano, *Nat. Anim.*, II, 38, el ibis, cuya marcha es grave y comparable con la de una virgen, estaba consagrado a la Luna. En el mismo tratado, X, 28, este autor dice que Hermes lo estimaba mucho (Hermes es el dios Thot egipcio), porque las plumas negras de sus alas pueden compararse con un discurso no pronunciado, que surge en nuestro recogimiento interior, y sus plumas blancas son símbolo del discurso proferido, escuchado, de ese discurso servidor, y mensajero de la palabra interior. Por otra parte, cuando el ibis recoge su cabeza y cuello bajo sus alas, toma la figura de un corazón, y con un corazón representaban los egipcios jeroglíficamente a Egipto. Eliano añade que devora a los escorpiones y serpientes. Cf. J.-E. Savigni, *Hist. nat. y mitol. del ibis*.

de Atenea, añadió Fidias un dragón, y a la de Afrodita de Elida, una tortuga, queriendo decir con ello que las vírgenes tienen necesidad de ser guardadas y que el silencio y la vida en el seno del hogar es lo que conviene a las mujeres casadas.<sup>304</sup>

El tridente de Poseidón es símbolo de la tercera región, que es aquella que el mar, en su jerarquía, ocupa después del Sol y de la Tierra,<sup>305</sup> y de la palabra *trítos* que quiere decir tercero, provienen los nombres dados a Amfitrita y a los tritones.

Por su parte, los pitagóricos han concedido a los números y a las figuras geométricas denominaciones de dioses. Han dado al triángulo equilátero el nombre de Athena, nacida del cerebro de Zeus y llamada Tritogenia,<sup>306</sup> porque las perpendiculares trazadas desde sus tres ángulos hasta sus bases los dividen en partes iguales. A la unidad la llamaron Apolo, porque este número excluye la multiplicidad y afirma la simplicidad de la mónada.<sup>307</sup> La díada ha recibido el nombre de Discordia y

---

304. Sobre esta tortuga que Fidias añadió a su Afrodita de Elida y su significación, véase Plutarco, *Preceptos conyugales*, 32. «Las egipcias —dice en el mismo tratado, 30— según una ley de un país, no tenían derecho a llevar calzado; esto se hacía para que estuviesen en casa durante todo el día.»

305. Cuando, una vez ocurrido el fallecimiento de Cronos, se dividió la herencia universal en tres lotes, Zeus obtuvo la soberanía del cielo, Hades la del mundo terrestre y Poseidón la del océano.

306. Este epíteto de Athena se hace derivar habitualmente de un viejo vocablo del dialecto eólico, *tritó* que significa «cabeza», y de *genós*, «nacimiento». Hay quien pretende que este calificativo viene de *Triton*, o de «mar», y que significa «nacida en el mar». Pero, en la acepción que le dan aquí los pitagóricos, este epíteto aplicado al triángulo nos parece significar «nacida del Ternario», dice Theón de Esmirna, en su *Exposición de conocimientos matemáticos*, II, 42, ed. Dupuis, «representa la primera naturaleza del plano, es como si dijésemos su imagen, porque la primera forma del plano es el triángulo». Cf. A. Delatte, *Estudios sobre la literatura pitagórica*, pág. 148.

307. El mismo nombre de Apolo excluye la multiplicidad, porque significa a (sin), *polos* (varios). Cf. A. Delatte, *Est. sobre la lit. pitag.*, pág. 144.

Audacia<sup>308</sup> y el número tres, el de Justicia, porque entre el perjuicio producido y el perjuicio recibido, tanto por exceso como por defecto, la justicia ocupa el punto medio y establece la igualdad.<sup>309</sup> En cuanto al número llamado cuaternario, es decir, el 36, número que constituye, como se sabe y dice en todos sitios, su juramento más sagrado, es llamado por ellos el universo; se compone de la suma de los cuatro primeros números pares, y de la de los cuatro primeros números impares adicionales unos a los otros.<sup>310</sup>

**76** Por lo tanto, si los sabios más estimados, tan pronto hubieron observado en los objetos inanimados y cosas inorgánicas alguna misteriosa relación con la divinidad, no creyeron deber descuidarlas, despreciarlas, con mayor razón, me parece, debieron respetar las particularidades que, en las criaturas sensibles, dotadas de vida, incli-

308. La díada, o el binario, es el principio de la diferenciación, de la oposición, de la división, y por consiguiente, de la materialidad. Cf. R. Allendy, *El simbolismo de los números*, cap. 11; A. Delatte, *op. cit.*, págs. 144 y ss.

309. El mal es exceso o defecto, porque la perfección en una cosa consiste en que tenga cuanto debe tener, ni más ni menos, que es el principio de la justicia. El bien, o la justicia, aplicada a un ser dado, es, pues, el término medio entre dos términos contrarios. Sobre el ternario, cf. R. Allendy, *op. cit.*, capítulo III.

310. Daban los pitagóricos el nombre de cuaternario a dos números. El pequeño cuaternario era el número 4, considerado ya como el grupo formado por los cuatro primeros números, ya como equivalente a su suma, que es 10. El gran cuaternario era el 36; estaba formado de 8 números, es decir, por adición de la suma de los 4 primeros números impares a la suma de los 4 primeros números pares, que da 36. El cuaternario era para ellos el gran juramento, la clave de su interpretación del mundo; porque velan en él la *fuerza y raíz de la eterna Naturaleza*. Cf. A. Delatte, *op. cit. La Tetractys pitagórica*; E. Chaignet, *Pitágoras*, t. II, págs. 117 y ss.; R. Allendy, *op. cit.*, cap. IV.

naciones y costumbres, les presentaban, según su manera de ser, alguna analogía con el Ser divino. Hay, pues, que aprobar, no a aquellos que las adoran, sino a aquellos para quienes esos seres son ocasión de adorar lo divino, y con buenas razones las consideran como los más claros espejos de la divinidad que engendra la naturaleza, como instrumentos y obras de arte de ese Dios que no cesa de regir y ordenarlo todo.<sup>311</sup>

Justo es, pues, que las sustancias inanimadas e insensibles, no pueden ser naturaleza superior a los seres animados y sensibles, ni aun cuando se reuniese en un mismo montón todo el oro y esmeraldas de la Tierra. Efectivamente, no es en la vistosidad de los colores ni en la elegancia de las formas, ni en el pulido de las superficies, donde reside lo divino. Aún puede decirse más: todo aquello que no ha tenido vida, todo lo que no ha sido creado para vivir, queda reducido a un estado menos estimable que lo que ha muerto. Pero una naturaleza viviente, que ve, que extrae de sí misma el principio de su movimiento, que discierne lo que le es propicio de lo que le es extraño, ha atraído hacia sí y recibido una emanación de la belleza y una porción de esa inteligencia que, según Heráclito, «gobierna el gran Todo».<sup>312</sup> De eso se des-

---

311. «Si se ve con la escuela de Pitágoras —escribe G. Lafaye, *op. cit.*, págs. 70, 105— una manifestación de la divinidad en la propiedad de los números y de las figuras geométricas, es decir, en las abstracciones puras, con mayor razón habrá que adorar a Dios en aquellas de sus obras a las que ha animado con su soplo.» Bajo formas de animales, dice a su vez Porfirio: «Los egipcios adoran la universal potencia que los dioses han revelado en varias formas de la naturaleza viviente».

312. «La sabiduría es una sola cosa, —dice Heráclito, *Frag.*, 41, ed. Diels— consiste en conocer el pensamiento que gobierna todas las cosas.» Sobre las relaciones entre la filosofía de Heráclito y el pensamiento egipcio, cf. J.-A. Faure, *Egipto y los presocráticos*, págs. 102-128.

prende que la divinidad no ha dejado de imprimir su semejanza en tales criaturas, de la misma manera que en las estatuas de bronce y piedra que salen de las manos de los hombres. Verdad es que sus obras pueden reproducir la gradación de los matices y la ligereza de los colores naturales, pero quedan privadas por naturaleza de todo sentimiento y de toda inteligencia.

De todo cuanto se ha dicho sobre el culto rendido a los animales, he aquí aquello que estimo más razonable.<sup>313</sup>

---

313. Plutarco, aunque explica extensamente el culto que los egipcios rendían a los animales, nada nos dice sobre la razón profunda de este culto, cuyo exceso desaprueba. En efecto, según los antiguos, el culto de los animales era objeto en Egipto de una *doctrina secreta*. «Si dijese por qué son sagrados los animales —dice Herodoto, II, 65— me internaría en las cosas divinas, cosas que evito ante todo narrar.» Diodoro de Sicilia, II, 86, dice también: «El culto extraño e increíble que los egipcios rinden a los animales ofrece grandes dificultades para el que investiga sus causas; los sacerdotes poseen secreta doctrina sobre dichas causas». Finalmente, Orígenes, *Cont. Cels.*, I, 20, nos habla de *comentarios* que establecen entre los egipcios «el carácter razonable, como místico, de este culto divino». En cuanto al totemismo moderno, si pretende poder referenciarlos, de manera discutible y discutida, sobre los orígenes de la *zoolatría oficial*, no nos da informes en absoluto, escribe F. Virey, *La religión del Antiguo Egipto*, págs. 37-38, sobre el origen de ciertas *creencias populares*, sobre el origen del culto rendido a otra clase de animales sagrados, «que fueron divinos también, no con el mismo derecho absolutamente que aquellos que encarnaron a los dioses, sino como encarnaciones de antepasados difuntos, como habitáculos de espíritus muertos». Sobre la necesidad que condujo a los egipcios a encarnar sus dioses en un ser diferente a la estructura humana, cf. G. Foucart, *op. cit.*, págs. 77 y ss. Véase también Lafaye, *op. cit.*, págs. 104-107.

**77** Las vestiduras de Isis están teñidas de toda clase de colores variados y mezclados,<sup>314</sup> porque su poder se extiende sobre la materia que recibe toda clase de formas y sufre todas las vicisitudes, puesto que es susceptible de convertirse en luz, tinieblas, día, noche, fuego, agua, vida, muerte, principio y fin. Pero la vestimenta de Osiris no presenta sombra ni variedad; presenta un solo color puro: el de la luz.

El principio, en efecto, está virgen de toda mezcla, y el Ser primordial e inteligible, es esencialmente puro. Por eso los sacerdotes visten a Osiris una sola vez con su ropa; luego la retiran y guardan sin enseñarla ni tocarla. En lo referente a los vestidos de Isis, se sirven muchas veces de ellos porque las cosas materiales y perceptibles a nuestros sentidos, siendo de uso corriente y estando siempre a nuestro alcance, nos dan, durante el curso de sus varias modalidades, múltiples ocasiones de verlos y manejarlos. Pero la visión del Ser que es inteligencia, luz, santidad, así como relámpago que brilla a través de nuestra alma, no puede obtenerse jamás ni percibirse más que una sola vez.<sup>315</sup>

Por eso Platón y Aristóteles dan a esta parte de la filosofía el nombre de *epóptica* o *contemplativa*. Con ello quieren darnos a entender que aquellos que hubieren franqueado, ayudados por la razón, la mezcla confusa de toda clase de opiniones se dirigen hacia ese Ser primero, simple e inmate-

---

314. Las ropas de Isis, tejidas con lino de extremada finura, según Apuleyo, *Metam.*, XI, eran multicolores. Tan pronto adquirían centelleante blancura como tomaban el color del amarillo de la flor de azafrán, mientras otras veces se inflamaban de púrpura rosado. Su manto franjeado se hallaba sembrado de estrellas, recubierto todo él de bordado, representando toda clase de flores y frutos.

315. Una vez encerrada el alma en el cuerpo, dicen los *Libros herméticos*, pág. 226, trad. L. Ménard, se ha elevado hasta la perfección de verdadero bien y de la verdad, no puede descender ya. El poder del amor, el olvido de todas las cosas malas, evitan que el alma que conoce a su creador se separe del bien.

rial, consiguen llegar sin intermediario a la pura verdad que está a su alrededor, y creen haber alcanzado con ello el fin supremo de la filosofía,<sup>316</sup> como en la iniciación.

**78** Pero existe otra creencia que inspira a los sacerdotes de hoy sagrado terror; la ocultan cuidadosamente y no la revelan sino con gran reserva. Esta creencia es que Osiris gobierna y reina entre los muertos, y que es el dios llamado por los griegos Hades o Plutón.

Como la muchedumbre ignora la manera cómo puede ser cierta esta creencia, la transforma; se figura que Osiris, ese dios puro y santo,<sup>317</sup> reside verdaderamente en la tierra y debajo de ella, allí donde están enterrados los cuerpos de aquellos que

316. Por mi parte, leo con Dübner, *oion en teleyt* en vez de *oion entele*, que es lo que presenta Bernardakis. Aristóteles, como Platón, sitúa la felicidad en la práctica de las virtudes morales, y sobre todo en la contemplación de lo inmutable y de lo eterno, objeto del pensamiento puro. Al contemplar a Dios, nos endiosamos. Sobre esto, véase el libro X de la *Ética* y los fragmentos que quedan de su *Protreptikós*. Platón comparó muy a menudo en sus obras toda la adquisición de la filosofía con la santa virtud de las iniciaciones. Su resultado llega a idéntico fin empleando vías diferentes: la unión con Dios. En el *Banquete* y en *Fedro*, Platón establece un paralelismo estrecho entre el método filosófico y la virtud de iniciación. Plutarco, en su tratado *De prof. in vir.*, X, dice: «Los que se dirigen a que se les inicie se reúnen desordenadamente, precipitándose unos sobre otros, lanzando grandes chillidos. Pero, una vez han acabado su curso, cuando se les ha mostrado los objetos sagrados, se sienten invadidos por el silencio y el temor. Lo mismo sucede cuando se llega a los umbrales de la filosofía: se observa gran tumulto, arrogancia, porque los hay que se lanzan sobre una doctrina grosera y violentamente; pero, el que entra, una vez ha traspuesto los umbrales, se halla en presencia de luz intensa, como cuando se abre el santuario a los ojos de los iniciados; inmediatamente cambia su actitud, queda en silencio, se sorprende y acata humildemente la razón, como a Dios».

317. Alusión a la etimología que Plutarco ha dado anteriormente sobre el nombre de Osiris, que hace derivar de *osios*, «santo», y *ierós*, «sagrado».

parece dejaron de existir. Pero este dios habita lo más lejos posible de la tierra.<sup>318</sup> Inalterable e incorruptible, continúa extraño a toda su sustancia capaz de corromperse y perecer. Las almas de los hombres, mientras moran en este mundo contenidas en las mallas de la red del cuerpo y sometidas a las pasiones, no gozan de ninguna participación de Dios; la única participación que de él tienen es aquella que les permite la claridad de su inteligencia por mediación de la filosofía y como a través de un sueño velado. Pero una vez libres de los lazos que les retenían, trocan las almas su estancia en la Tierra por la morada inmaterial invisible, pura y liberada del trastorno producido por las pasiones, entonces ese mismo dios es su jefe y su rey; sienten afecto hacia él, le contemplan insaciablemente y aspiran a esa belleza que los hombres no sabrían expresar ni calificar. De esa belleza se habla en una antiquísima leyenda, cuando se nos dice que Isis siente constante amor; persigue esa

---

318. En efecto, «En mitología —escribe P. Virey, *Religión del Ant. Egipto*, pág. 163— Osiris, como rey de los muertos que es, personifica todo cuanto muere *para renacer*. Es el Sol que muere en su crepúsculo para renacer al siguiente día: es, sobre todo, el Nilo que año tras año desarrolla su poder fecundante cubriendo con sus aguas la tierra negra de Egipto, personificada por su esposa Isis, o que, rechazado por su enemigo Set o Tifón, retira sus aguas o ve cómo se evaporan y se pierden en la tierra; pero en este caso deposita en el seno del suelo la fecundidad que renovará la vida. Es, al mismo tiempo, como el Nilo, principio de la humedad, y como el Sol, principio de calor, cuya unión en el seno de la Tierra separa constantemente las pérdidas sufridas sin cesar por la naturaleza. Osiris es también la espiga del trigo plantada sobre su tallo, unida a la tierra, que es su esposa Isis. La recolección o siega es su muerte; la espiga es destrozada, como lo fue el cuerpo de Osiris por Tifón; pero de la semilla que la humedad descompone en la tierra, surgirá una nueva planta, Horus, reparador de su padre y vencedor de Set o Tifón». Para Plutarco, Osiris se ha identificado con Dios, y, si juzga a los muertos, no quiere eso decir que resida entre ellos. Los muertos no pasan de vivos que trocaron su estado y Osiris es la vida soberana.

belleza, uniéndose íntimamente a ella, colmando a todos los seres que participan en este mundo de la generación, de todas las bellezas y todos los bienes.

Tales son las interpretaciones más convenientes a la naturaleza de los dioses, que podemos atribuir a estas prácticas.

**79** Si hemos de hablar también, como os he prometido, sobre los perfumes que todos los días se queman, preciso es ante todo observar que los egipcios regularon siempre con el mayor cuidado las prescripciones referentes a la salud, y que en sus prácticas religiosas, sobre todo en las de sus purificaciones y regímenes, procuraron siempre unir la santidad a la salud.<sup>319</sup> En efecto, estimaban que el ser infinitamente puro, exento de toda mancha y alteración, no podía ser dignamente honrado por almas y cuerpos que no gozasen de perfecta salud estando exentos de toda enfermedad. A causa de esta creencia, como el aire que respiramos frecuentemente y del que vivimos rodeados no posee siempre las mismas cualidades ni la misma temperatura, como se condensa por la noche, pesa sobre el cuerpo, y comunica al alma una especie de desaliento e inquietud que la hacen sombría y apesadumbrada; los sacerdotes, tan pronto abandonaban el lecho, quemaban resina. Creían de este modo sanear el aire y lo purificaban con la emanación desprendida de ese perfume; creían reanimar el alma encerrada en el cuerpo haciéndola salir de su sopor, porque el perfume de la resina posee una virtud violenta y estimulante.

---

319. Diodoro de Sicilia dice que los egipcios veneraban a Isis como diosa que poseía gran experiencia en la ciencia médica, que gustaba de curar las enfermedades y que halló muchos remedios útiles para la salud. Se dejaba ver por los dolientes durante sus sueños, aportándoles alivios que les curaban.

Más tarde, al mediodía, cuando sentían que el Sol en toda su fuerza extrae del seno de la tierra exhalaciones pesadas y múltiples mezclándolas con el aire, quemaban mirra. El calor de este perfume disuelve y disipa las exhalaciones que ascienden del cieno y el fango condensándose en el aire. Por otra parte, los médicos creen luchar con eficacia contra las plagas contagiosas encendiendo grandes hogueras, pues de esta manera aligeran el aire, dándole tanta más ligereza cuanto más olorosas son las maderas que echan a la hoguera, como el ciprés, el enebro y el pino. Por eso se cuenta que en la violenta peste que devastó Atenas, el médico Acrón<sup>320</sup> adquirió gran fama, debido a su orden de que se encendiesen hogueras junto a los enfermos. Con esa práctica curó a muchos de ellos. Dice Aristóteles que las olorosas exhalaciones de los perfumes, de las flores y de los prados no dejan de contribuir a la salud, al mismo tiempo que sirven de placer a los sentidos, porque ellas, debido a su calor y suavidad, despiertan agradablemente el cerebro naturalmente frío y entumecido. Si además es cierto que los egipcios dan a la mirra el nombre de *Bal*, y si hay que interpretar este nombre como significación de «disipación de la locura», este hecho y esta interpretación constituyen nuevo testimonio de la razón de tal uso.

---

320. Acrón fue un célebre médico que nació en Agrigento, Sicilia. Ejerció su profesión en Atenas, cosa que le hizo pasar por ateniense. Vivió anteriormente a Hipócrates, y Plinio, XXIX, I, dice que fue el jefe de los empíricos, es decir, de aquellos que se atenían únicamente a la experiencia. La peste de que habla Plutarco es lo que, iniciándose en Etiopía, llegó hasta Egipto, pasó a Libia y gran parte de Persia, desde donde se propagó a Atica; en este último país produjo grandes estragos durante la segunda guerra del Peloponeso. Tucídides, libro II de su *Historia*, y Lucrecio, libro VI de su *Poema*, nos dejaron impresionantes descripciones sobre ella. En lo referente a las hogueras que los egipcios encendían en las ciudades en tiempos de epidemia, cf. Eliano, frag. 115, ed. Didot.

**80** El *kyphi* es un perfume cuya mezcla está compuesta de dieciséis especies de sustancias: miel, vino, pasas, juncia, resina, mirra, palo-rosa, seseli; se le añade lentisco, brea, junco oloroso, romaza, y, además de todo eso, enebro gigante y enano porque ya sabéis que hay dos especies, cardamomo y cálamo.<sup>321</sup> Estos diversos ingredientes no se mezclan al azar, sino de acuerdo con fórmulas indicadas en los libros santos, que se leen a aquellos que preparan este perfume a medida que mezclan las sustancias que lo componen. En cuanto al número die-

321. En su receta para componer el *kyphi*, Plutarco nos habla de dieciséis ingredientes, pero los diferentes autores que nos han dicho algo sobre él, no se muestran nunca de acuerdo en cuanto al número ni sustancias que entran en su composición. Los griegos nos han legado tres recetas: la de Plutarco, que comprende dieciséis ingredientes; la de Galieno, *De Antidotis*, II, 2, que menciona dieciséis también, pero con cambio en sus nombres, y la de Dioscórides, *De Materia Medica*, I, 24, que cuenta solamente once. Otros autores llegaron hasta veintiocho, treinta y seis o cincuenta. Los egiptólogos han descubierto tres textos jeroglíficos que nos han transmitido la fórmula egipcia de la receta del *kyphi*: dos de ellos se hallan en Edfou, el tercero en Philae. Los dos textos de Edfou, en forma, son bastante diferentes entre sí; el de Philae no pasa de ser una versión casi literal de uno de los de Edfou. Los egipcios mezclaban dieciséis sustancias. «Si comparamos el *kyphi* egipcio con el griego —escribe V. Loret— obtendremos el siguiente resultado: entre dieciséis aromáticos, diez de ellos se hallan en todas las recetas griegas y egipcias, siendo exactamente los diez de Dioscórides; otros tres, la canela, el cinamomo y el lentisco, que se mencionan únicamente en una sola receta griega, se citan en las egipcias. Finalmente, hay tres ingredientes que no se hallan sino en el texto egipcio, la menta, la alheña y la mimosa.» Sobre el *kyphi*, acerca de la identificación de los ingredientes que lo componen y sobre una traducción simplificada de la receta egipcia «para uso de aquellos que sintieren curiosidad de componer el *kyphi*», cf. V. Loret, «El *kyphi*, perfume sagrado de los antiguos egipcios», en *Journal Asiatique*, 8ª serie, t. X, julio-agosto, 1887, págs. 76-132. Véase también G. Parthey, «Uber Isis und Osiris», en el *Boletín de la Sociedad Franc. de Hist. de la Medicina*, XIII, 1910, págs. 159 y ss., y, del mismo autor, «Sobre los perfumes egipcios», en el *Hombre prehistórico*, 1913, págs. 218 y ss.

ciséis, parece haber sido adoptado a propósito, puesto que es el cuadrado y el único entre todos cuya figura, al tener todos sus lados iguales, ofrece un perímetro igual a su área, aunque esta propiedad desde luego no importa al efecto esperado. Pero, como la mayor parte de esas sustancias mezcladas tienen virtud aromática, de ellas se desprende un soplo suave y salutífero. Bajo sus influencias, el estado del aire cambia, y el cuerpo, suave y agradablemente bañado por sus emanaciones, se deja caer en el sueño adquiriendo disposición evocadora. Las aflicciones y vehemencias producidas por las inquietudes cotidianas se debilitan como lazos que se aflojan, disipándose sin la ayuda de la embriaguez para recibir ensueños, se pulen y bruñen como un espejo.<sup>322</sup> El efecto obtenido es tan purificador como el que alcanzaban, pulsando la lira, los pitagóricos antes de entregarse al sueño, apaciguando y encauzando de este modo el elemento instintivo

---

322. La adivinación por los sueños, u oniromancia, constituía para los pitagóricos el más verídico de los procesos adivinatorios. Jámblico, *Vit. Pyth.*, XXIX, nos dice que precisamente por la adivinación esperaban los pitagóricos llegar a saber la voluntad de los dioses, y conformarse con ella. Durante el sueño, como el alma se halla desprovista de las trabas del cuerpo, entra en contacto con un mundo diferente al que nos rodea en estado de vigilia. Para facilitar este contacto y guardar su recuerdo, los pitagóricos seguían cierto régimen. «Pitágoras y Platón —dice Cicerón, *De Divin.*, II, 58— nos ordenan, para que podamos ver en nuestros sueños cosas más ciertas, que nos preparemos a dormir empleando régimen y alimento apropiados.» Jámblico, *op. cit.*, XXIV, 106, y Plutarco, *Quaest. conviv.*, XIII, 10, dan análogo consejo. Pero no era suficiente seguir un régimen, sino que precisaba todavía, según dice Jámblico, *op. cit.*, XV, 65, «evitar las conversaciones antes de entregarse al sueño, y al caer la tarde, alejar las agitaciones y ruidos del día, purificar la inteligencia trastornada, tranquilizarse y prepararse para recibir saludables ensueños, y apartar de sí los sueños proféticos». Para los pitagóricos el sueño no era *presagio*, sino *coloquio*, *contacto* con una región superior. Cf. G. Méautis, *Investigaciones sobre el pitagorismo*, págs. 30-32. Sobre la oniromancia en los cultos de Isis y de Serapis, cf. Lafaye, *op. cit.*, págs. 102-103.

y apasionado de su alma. En efecto, las sustancias olorosas reanimaron muchas veces el sentimiento que se desvanecía, y muchas fueron también las veces que, debido a su suavidad, apaciguaron y calmaron a los que las absorbían disolviéndolas en su cuerpo. El efecto provocado era parecido a aquel de que nos hablan algunos médicos cuando afirman que el sueño sobreviene cuando las exhalaciones de los alimentos se extienden como trepando alrededor de los intestinos, cuando parece que los tantean suavemente determinando algo parecido a un delicado cosquilleo. También se sirven los egipcios del *kyphi* como brebaje y como mixtura. Lo beben para purificarse interiormente y lo emplean en forma de mixtura a causa de su virtud laxante.<sup>323</sup>

Dejando a un lado estas consideraciones, hay que observar asimismo que la resina y la mirra son obra del Sol, puesto que son las lágrimas que el calor del día hace derramar a los vegetales. Por otra parte, entre todos los ingredientes que entran en la composición del *kyphi*, los hay que prefieren la noche, como todos aquellos que la naturaleza ha designado que sean alimentados por los vientos frescos, la sombra, el rocío y la humedad. La luz del día, en efecto, es una y simple, y dice Píndaro que vemos el Sol «a través del desierto del espacio». La atmósfera de la noche, por el contrario, es compuesto y mezcla de varias luces, de diversas influencias, que, como otros tantos gérmenes, fluyen de todos los astros combinándose en una sola amalgama. Por eso están en lo cierto los egipcios cuando queman durante el día resina y mirra, porque estos perfumes son simples y deben su origen al Sol. En cuanto a los perfumes compuestos, se queman al iniciarse la noche, por ser mezcla y amalgama de toda clase de cualidades diferentes.

---

323. Herodoto, II, 77, dice: «Muy atentos a la conservación de su salud, todos los meses y durante tres días consecutivos, provocan los egipcios evacuaciones tomando vomitivos y enemas, porque creen que todas las enfermedades humanas son originadas por los alimentos». Sobre la medicina egipcia, cf. Maspero, *Revista Crítica*, 1876, t. I, págs. 233-239.

## ÍNDICE

|                     |    |
|---------------------|----|
| Prolegómenos .....  | 9  |
| Isis y Osiris ..... | 15 |